

HARLEQUIN
Jazmín
PARA SIEMPRE
Rebecca Winters
¿Y si se cumple el deseo?

Editado por Harlequin Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

¿Y si se cumple el deseo?, n.º 116 - noviembre 2014
Título original: Marry Me Under the Mistletoe
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-5565-6
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Capítulo 1

Solo quedaban dos semanas hasta Navidad y había tantas cosas que hacer…

La tienda Hansel y Gretel, en la calle Lemon, en el centro de Providence, Rhode Island, era el local favorito para clientes que buscaban objetos hechos a mano, cajas de música y los famosos Cascanueces, soldaditos de madera con diferentes uniformes.

Andrea Fleming terminó su café matinal y se puso a toda prisa una falda de lana azul marino y un jersey con un dibujo de Snoopy ataviado con un gorrito de Santa Claus.

Después de pasar el cepillo por su largo pelo rubio, se puso unas cómodas plataformas y bajó a la tienda.

Vivía allí desde la muerte de su marido, catorce meses antes. Mientras estuvieron casados vivían en casa de los padres de él, en Braunschweig, Alemania, donde sufrieron el accidente de coche en el que su marido murió de forma instantánea. A ella habían tenido que operarla y su madre permaneció a su lado hasta que se recuperó lo suficiente como para subir a un avión y volver a casa sin su marido y sin esperanzas de tener hijos.

Aunque su madre, divorciada, quería que viviese con ella, Andrea había preferido reformar el piso que había sobre la tienda y convertirlo en un moderno loft. Se sentía más cerca de Gunter en aquel sitio, que siempre le había parecido un lugar encantado.

Los abuelos de Gunter eran los creadores del famoso Cascanueces Braunschweig y ella tenía veintitrés años la primera vez que apareció en la tienda. Su pelo rubio y ojos azules la habían enamorado y se habían casado un año después.

Habían celebrado la boda en Providence, con su familia y amigos, pero la familia de Gunter había organizado otra en Alemania y las dos habían sido maravillosas.

Nadie podría haber imaginado que iba a morir tan joven, pero en un momento había perdido a su marido y la posibilidad de formar una familia. Nunca tendría un hijo propio…

Un sollozo escapó de su garganta.

«No pienses en eso ahora».

Después de subir el termostato de la calefacción para que el local estuviese calentito, fue a la trastienda para abrir las cajas que habían llegado el día anterior. En la primera encontró una preciosa mecedora de madera que colocó en el escaparate, al lado del árbol. Cualquiera de los múltiples muñecos, gnomos o ángeles navideños quedaría bien encima, pero esa mecedora pedía a gritos algo especial. Tendría que pensarlo mientras terminaba de desembalar.

En la última caja encontró un muñeco hecho de tela color chocolate, con una banda dorada en el cuello y una campanita colgando. Los ojos eran dos botones brillantes y, las mejillas, dos bolitas rojas, pero lo más gracioso era su traviesa sonrisa. Parecía estar diciendo: «Puedes correr todo lo que quieras, pero no podrás atraparme».

–¡Es perfecto! –exclamó, mientras le ponía la etiqueta–. Si Gunter no hubiera muerto tendríamos una niña o un niño que te querría tanto… –dijo luego, con los ojos llenos de lágrimas.

Rodeada de cosas que significaban tanto para un niño, sabía que aquella tienda le recordaría constantemente su pérdida, pero era también un tesoro familiar y un legado que adoraba.

Y, por supuesto, estaba el consuelo de trabajar con su madre, que había hecho todo lo posible para ayudarla a superar la muerte de su marido.

Andrea creía estar un poco mejor, pero por alguna razón desconocida aquel muñeco le tocaba el corazón. Era en momentos agridulces como aquel cuando tenía que hacer un esfuerzo para no sucumbir al dolor de saber que nunca podría tener hijos.

Aunque su madre le decía que algún día conocería a otro hombre y que podría adoptar un niño, Andrea no podía imaginarlo. ¿Qué hombre querría a una mujer que no podía darle una familia?

Apretando el muñeco contra su corazón, se acercó al escaparate y lo dejó sobre la mecedora, rodeado por los nuevos Cascanueces de la colección bávara. Cuando pulsó el interruptor, el escaparate se llenó de colores, luces y sonidos. Se llenó de vida.

En el suelo, alrededor del árbol, había colocado una banda de gnomos con tambores, timbales y trompetas. Niños y adultos se detenían para admirarlos. La alegre banda de gnomos atraía a los clientes, que entraban para verlos de cerca y acababan comprando otros regalos.

Por impulso, sacó el móvil del bolsillo y subió al escaparate para

hacer un par de fotografías. Cuando las vieran las chicas Gingerbread…

Se llamaban así por el hotel Gingerbread, donde habían pasado los veranos de niñas. Ese era el nombre que se habían dado Andrea y sus mejores amigas Emily y Casey. Habían perdido recientemente a Melissa, el otro miembro de ese grupo tan especial.

Se habían conocido muchos años antes, en el hotel Gingerbread de Barrow's Cove, en Massachusetts, donde pasaban los veranos con sus familias. Se habían hecho amigas entonces y era un lazo que perduraba hasta el presente, pero tras la muerte de Melissa, Andrea no podía soportar más tristezas.

En lugar de pensar en ello se concentró en ordenar la tienda antes de que llegase su madre. Durante las fiestas abría a las nueve y media en lugar de las diez, de modo que era casi la hora.

Pasó la aspiradora por la moqueta y regó las flores de pascua que decoraban el interior del local. La dueña de la floristería de al lado le había enviado un centro de flores con lirios asiáticos y rosas rojas que dejó sobre el mostrador.

Con la profusión de luces y adornos, debía admitir que la tienda parecía sacada de un cuento.

Antes de abrir, fue a la oficina en la trastienda para leer sus correos y, asombrada, vio un mensaje de gingerbread3, que era el nombre de usuaria de Casey Caravetta. Como Andrea era la más joven, el suyo era gingerbread4. Emily era el 1 y Melissa había sido el 2.

Qué coincidencia. Había estado pensando en sus amigas y recibía un correo de Casey.

Andrea rezó para que fuese una buena noticia. El novio de Casey había roto su compromiso un año antes y ella todavía no se había recuperado.

Hola, Andrea, c'est moi. *¿Podrías dejarlo todo y venir al hotel Gingerbread? Necesito hablar contigo.*

Vaya, no parecía que Casey estuviese más animada que la última vez que hablaron. ¿Y qué hacía en el hotel Gingerbread en pleno invierno?

Las fiestas me entristecen y sigo teniendo problemas con mi familia (como siempre).

He venido a nuestro sitio favorito porque hizo magia por Emily, pero

deberías ver lo viejo que está.

Me dan ganas de llorar.

Ya sabes que Carol siempre ha sido como una madre para todas nosotras y está cuidando de mí. Es un cielo. Y Harper está tumbada a mis pies ahora mismo, mirándome con esos ojos de cachorrita.

Los cálidos recuerdos de días pasados llenaron el corazón de Andrea. Lo habían pasado de maravilla allí cuando eran niñas, sin saber lo que les esperaba en la vida.

Daría cualquier cosa por verte y que no estás lejos de Barrow's Cove. Sé que estás muy ocupada en esta época del año, pero necesito tu consejo y tu sabiduría, especialmente después de lo que has sufrido.

Andrea no se sentía capaz de dar consejos. De hecho, se sentía vacía.

Dime cuándo puedes venir, aunque solo sea una noche. ¿Recuerdas que hablamos de hacer una fiesta aquí en Nochebuena para que Emily y Cole pudieran renovar sus promesas matrimoniales?

Si no puedes venir ahora mismo, ese sería un momento perfecto, así que, por favor, inténtalo, ¿de acuerdo?

Un beso,

Casey.

Andrea apagó el ordenador y salió de la oficina para abrir la tienda. Afortunadamente, era miércoles y no viernes porque durante el fin de semana los clientes apenas la dejaban parar.

El hotel del lago Barrow, a las afueras de Barrow's Cove, Massachusetts, solo estaba a una hora de Providence. Si su madre se encargaba de la tienda, podría pasar la noche con Casey y volver al día siguiente…

Andrea comprobó el informe del tiempo en la aplicación de su teléfono. Aunque había nevado en el norte, las carreteras estaban limpias y no tardaría mucho en guardar un par de cosas en una bolsa de viaje.

Había decidido qué Cascanueces regalaría a sus amigas por Navidad y lo único que tenía que hacer era envolverlos en papel de regalo y guardarlos para dárselos en la fiesta en Nochebuena.

Mientras lo pensaba, un señor mayor entró en la tienda y cuando le dijo que solo quería mirar un poco, Andrea llamó a su

madre por teléfono. En cuanto le habló del mensaje de Casey, su madre la animó a ir no solo una noche sino un par de días, recordándole que nunca tomaba vacaciones.

Andrea adoraba a su madre, pero no le gustaba estar lejos de la tienda, que era lo que la ayudaba a levantarse cada mañana. Demasiado tiempo libre y empezaba a pensar en cosas que le encogían el corazón, de modo que volvió a encender el ordenador y envió un mensaje a Casey diciendo que iría al hotel.

Unos minutos después, mientras envolvía un regalo, vio a un hombre alto y de porte llamativo mirando el escaparate con una niña de cinco o seis años en brazos. La niña, que llevaba un anorak rosa con capucha de piel, tenía unos rizos rubios que le llegaban por los hombros y los mismos ojos verdes que su padre.

Sonriendo al ver la expresión ilusionada de la cría, Andrea se acercó al escaparate. En contraste con el pelo rubio de la niña, su padre era moreno y tenía una barba incipiente que solo le quedaba bien a cierto tipo de hombre. Debía reconocer que era muy atractivo.

Cuando la niña rio al ver los gnomos que tocaban el tambor, él esbozó una sonrisa que la dejó sin aliento, tal vez porque sospechaba que no sonreía a menudo.

De repente, él la miró como si hubiera leído sus pensamientos y Andrea se volvió hacia el mostrador, avergonzada. Era la primera vez que le ocurría algo así desde la muerte de Gunter. Muchos hombres atractivos habían entrado en la tienda desde que volvió de Alemania, pero aquel hombre era otra cosa.

Un segundo después volvieron a sonar las campanitas de la puerta y el carismático extraño se acercó a ella, con la niña de la mano. Con esos brillantes ojos verdes, tenían que ser padre e hija, aunque los de él eran un tono más oscuro.

–Buenos días. ¿Puedo ayudarlo?

–Eso espero –Rick Jenner miró a la rubia dependienta–. ¿Tiene unos gnomos como los del escaparate?

–Sí, claro.

Cuando los dejó sobre el mostrador, su hija lo miró con ojos implorantes.

–¿Puedo llevarme el muñeco del escaparate, papá?

–No, Tessa. Es muy caro.

–¿Qué es caro?

–Que cuesta demasiado –respondió él, sacando una tarjeta de

crédito de la cartera.

–Pero quiero verlo de cerca –insistió la niña, con lágrimas en los ojos.

Si recibiese un dólar cada vez que su hija quería algo…

–No te muevas de aquí, ahora mismo te lo traigo –la joven dependienta salió de detrás del mostrador y fue al escaparate para sacar al muñeco de la mecedora.

Santo cielo. Su hija era una manipuladora nata; un talento que había heredado de su difunta esposa, que a su vez había sido malcriada por sus padres, especialmente por su madre, Nancy.

Él había amado a su mujer y su matrimonio había sido estupendo, pero Tessa requería constante atención y eso había provocado algunas discusiones entre ellos.

Él quería que su hija aprendiese que no podía tener todo lo que quería.

Cuando la joven volvió a su lado, Rick notó el aroma de su colonia, algo floral, encantador.

–Si te sientas en la mecedora, puedes tenerlo en brazos.

Rick deseó que no se hubiera molestado, pero era demasiado tarde porque Tessa ya estaba alargando los bracitos hacia el muñeco. La felicidad de su hija era cegadora.

–Es tan bonito.

Con un gesto perfectamente natural, Tessa le dio un beso en la mejilla. Luego lo abrazó y, con los ojos cerrados, empezó a mecerse como haría una madre con su bebé.

Se le encogió el corazón, pero había tenido suerte. Había decidido ir de tiendas para hacerse una idea de lo que Tessa quería y ya sabía cuál sería el regalo que Santa Claus dejaría bajo el árbol.

–Debemos irnos, cariño. Tenemos que hacer algunas compras antes de llevarte al colegio. Dale las gracias a la señora por dejarte jugar con el muñeco.

Tessa la miró.

–Gracias.

–De nada.

Rick la ayudó a bajar de la mecedora y colocó el muñeco encima, pero su hija lo miró con los labios temblorosos.

–¿Puedo llevármelo, papá?

–No, me temo que no.

–Por favor…

–Tessa, ya está bien.

–Se lo vendo a mitad de precio –dijo la dependienta, en voz baja.

Rick levantó la cabeza y se encontró frente a los ojos de color zafiro que habían llamado inesperadamente su atención desde el otro lado del escaparate.

–Gracias, pero no.

En ese momento, Tessa se echó a llorar y la dependienta se inclinó hacia ella.

–¿Le has escrito la carta a Santa Claus?

–Sí –respondió la niña–. Mi abuela me ha ayudado, pe-pero… no le he pedido este muñeco tan bonito –añadió, con voz temblorosa.

–Seguro que tu papá te ayudará a escribir otra carta a Santa Claus incluyendo el muñeco –la joven miraba a Rick mientras lo decía.

–¿De verdad?

–Claro.

Rick parpadeó, sorprendido. ¿Claro? La, sin duda, bienintencionada intervención de la dependienta era irritante. Además, estaba cayendo en las manos de su hija.

Tessa suspiró.

–¿Y Santa Claus sabrá que mi muñeco está en esta tienda?

La joven esbozó una traviesa sonrisa, llamando su atención hacia la provocativa forma de sus labios.

–Sí.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo.

–Vamos, Tessa –Rick tomó a su hija en brazos para salir de la tienda.

–¡Feliz Navidad! –exclamó la dependienta.

Él se volvió para mirarla.

–Feliz Navidad y gracias por ser tan amable con mi hija.

Con la niña en un brazo y el paquete en la otra, Rick salió de la tienda a grandes zancadas.

¿Estaba siendo sarcástico?, se preguntó Andrea. Era evidente que no tenía intención de darle el capricho a la niña y no agradecía nada que ella hubiese intervenido.

Tal vez no podía pagar el muñeco porque estaba sin trabajo. Al fin y al cabo, había dicho que costaba demasiado. Si ese era el caso, y como compensación por haberlo puesto en un aprieto, decidió concederle a la niña su deseo de Navidad.

Sabía dónde enviar el regalo porque sus datos estaban en la tarjeta de crédito: *Richard Jenner, Rose Drive, Elmhurst*.

Elmhurst era un barrio residencial, de modo que debía de estar en lo cierto sobre la situación del padre y aquel podría ser su proyecto de Santa Claus. Cada año, en la iglesia hacían una lista de familias necesitadas para llevar felicidad a niños cuyos padres carecían de medios económicos. Las navidades eran el momento de ser más generoso.

Tomando uno de los gnomos, Andrea lo colocó bajo el árbol y llevó el muñeco y la mecedora al piso de arriba. Después de envolverlo todo con su mejor papel de regalo, lo enviaría a casa de los Jenner con una nota: *Para Tessa, de Santa Claus.*

Volvió a bajar a la tienda para atender a los clientes hasta que llegó su madre, pero durante el viaje al lago Barrow no dejaba de recordar el incidente. Lo que ella daría por tener una niña a la que darle todos los caprichos. Con esas facciones de querubín, Tessa Jenner era absolutamente adorable.

Cuando llegó al hotel Gingerbread y vio el estado en que se encontraba supo que Casey no había exagerado. A pesar de las reformas que había hecho Cole Watson, el marido de Emily, era evidente que el paso del tiempo había dejado su huella en el edificio. Carol Parsons, la propietaria, había perdido a su marido y ya no podía encargarse de todo.

En la cocina, el corazón del antaño fabuloso edificio con molduras blancas bajo el tejado que le daban aspecto de casita de cuento, Andrea miró alrededor.

Había que arreglarlo o cambiarlo todo. Le gustaría arrancar aquel viejo papel con girasoles y el desgastado suelo de vinilo blanco y darle el aspecto que tenía cuando era niña.

Pero agradecía que una cosa no hubiera cambiado: Casey, su exótica amiga de rizado pelo oscuro, y ella estaban sentadas frente a la misma mesa donde de niñas habían disfrutado de tantas comidas y cenas en verano.

—¿Queréis otra taza de chocolate?

Andrea saltó de la silla para abrazar a Carol. La propietaria del hotel, una viuda de cincuenta y muchos años, tenía un aspecto estupendo con una camiseta azul cielo y unos pantalones vaqueros. Pero lo mejor de Carol era que tenía un corazón enorme.

Para risa de todas, Harper, la golden retriever con mezcla incierta, empezó a correr a su alrededor olisqueándolas y esperando

que Carol le diese un trozo del pastel de café que acababa de sacar del horno.

–Tú ya has hecho más que suficiente –dijo Andrea–. Es más de medianoche y deberías estar en la cama. Casey y yo nos iremos a dormir dentro de poco.

–Os conozco y una vez que empezáis a hablar no hay forma de pararos, pero como tenéis que volver mañana a Providence, voy a dejaros solas para que podáis charlar a placer. Por la mañana haremos bollitos de mantequilla.

–Ay, me encantan –Casey suspiró.

–Me muero por ellos –apostilló Andrea.

Carol sonrió mientras salía de la cocina.

–Vamos, Harper.

La perrita fue corriendo tras ella y Andrea y Casey se quedaron solas, rodeadas por seis sillas vacías. En una de ellas nunca volvería a sentarse Melissa…

Una vez, aquella mesa había sido ocupada por gente que reía, que era feliz. Andrea se preguntó si algún día volvería a serlo, pero su tristeza era tan grande que no podía imaginarlo.

Casey la estudió en silencio durante unos segundos.

–Sé lo que estás pensando.

Andrea asintió con la cabeza.

–La vida nos ha cambiado a todos. ¿Te acuerdas de ese dicho: «La vida es lo que pasa mientras estás haciendo otros planes»?

–Ah, sí. Yo misma podría haber escrito esa frase.

–Seguramente lo hizo Eva, la de Adán –bromeó Andrea.

–Pero yo creo que las cosas podrían estar cambiando para Carol.

–¿Ah, sí?

Casey sonrió.

–Cole ha contratado a un tal Martin Johnson para que la ayude con las reformas. Es viudo y, por lo que me han contado, Carol y él se llevan de maravilla.

–¿Cómo es?

–Alto, de ojos azules, con un pelazo blanco estupendo.

–¿No sería maravilloso que un romance floreciese por aquí?

Casey asintió con la cabeza mientras se miraban la una a la otra, muy serias.

–Me alegro tanto de que hayas venido… Me da un poco de envidia Emily, que está en su segunda luna de miel.

–A mí me pasa lo mismo, así que vamos a planear qué haremos

con este sitio para convertirlo en un escenario mágico en el que Emily y Cole puedan renovar sus promesas matrimoniales.

Una vez que lo acordaron todo, Andrea dijo:

–Cuéntame por qué estás triste.

–Me da vergüenza compadecerme de mí misma cuando tú lo has pasado tan mal.

–Eso da igual. Cuéntame.

Casey exhaló un suspiro.

–Supongo que esperaba encontrar algún día la felicidad que encontramos aquí, pero no se puede dar marcha atrás al reloj. Cuando pienso en ti y en Gunter… No sé cómo puedes lidiar con ello. Es tan injusto…

Andrea sabía que acabarían hablando de sus problemas.

–Digamos que la palabra «justo» debería ser borrada del diccionario. Afortunadamente, sus padres tienen tres hijos más y cuatro nietos a los que dar cariño. Y yo tengo a mi madre y la tienda.

–Y no sabes cuánto me alegro. Sé que el trabajo te está salvando la vida, pero ¿cómo vas a pasar página si ves a Gunter cada vez que miras alrededor? No solo trabajas en la tienda, también vives allí.

Andrea suspiró.

–Mi madre me suplica que vuelva a casa con ella, pero aún no estoy preparada y no sé si lo estaré algún día. Hay un viudo que está interesado en ella… En fin, yo quiero que salgan juntos y si no vivo en su casa el camino será más fácil.

–Adoro a tu madre –dijo Casey–. Cualquier hombre sería afortunado de encontrar a una mujer como ella, pero yo quiero que tú vuelvas a enamorarte.

–Las posibilidades de que eso ocurra son mínimas.

–¿Por qué? Intuyo que un hombre guapísimo aparecerá de repente. Entrará en tu tienda y lo encontrarás tan irresistible como a Gunter.

–Tal vez.

Andrea sintió que le ardía la cara al recordar al padre de Tessa. Era un hombre muy atractivo, pero tenía la impresión de que más que enamorarla habría querido apartarla de un manotazo.

El señor Jenner tenía una hija, aunque no llevase alianza, y seguramente estaba casado o tenía alguna relación, de modo que no tenía sentido malgastar energía hablando de él. Además, la última persona en la que estaría interesado sería una mujer viuda que no

podía tener hijos.

Aunque sintió la tentación de hablarle a Casey del incidente, se contuvo. Podía desahogarse con su cuñada, Marie, a quien siempre podía abrirle su corazón. La muerte de Gunter las había unido mucho porque se necesitaban la una a la otra en aquel momento tan triste.

–Tiene que ocurrir algún día, Andrea. Eres demasiado joven y demasiado guapa.

–E incapaz de tener hijos, no lo olvides.

–Siempre puedes adoptar.

–Eso es lo que dice mi madre, pero no quiero pensar en ello.

–Claro, lo entiendo.

Sin saber qué decir, Andrea se levantó.

–Es muy tarde. ¿Por qué no nos vamos a la cama? Mañana tomaremos chocolate, daremos un paseo por la orilla del lago y pensaremos en lo maravillosa que va a ser la vida de Emily y Cole cuando nazca su hijo.

Casey asintió con la cabeza.

–Nunca había estado aquí en invierno. Si las circunstancias fueran diferentes para ti y para mí, este podría ser un albergue muy romántico. Imagina lo bonito que debe de estar bajo la nieve.

–Si las cosas fueran diferentes –repitió Andrea, sonriendo para disimular sus atribuladas emociones.

Al menos habían hecho planes para la fiesta de Nochebuena, pero aunque estaba feliz de ver a Casey, la conversación había abierto viejas heridas y la tristeza amenazaba con abrumarla. Tenía que volver al trabajo, donde no podía pensar.

–Casey…

–Sé lo que vas a decir –la interrumpió su amiga–. Estás tan inquieta como un gato que quiere salir de su jaula.

–El hotel no es una jaula.

–Lo es cuando necesitas ocupar tu mente con otras cosas. Vuelve a Providence después del desayuno, cariño. Si quieres que sea sincera, a mí me pasa lo mismo, así que seguramente también yo volveré a casa. Tengo un proyecto para el bebé de Emily.

–¿Ah, sí?

–Voy a hacerle una colcha para la cuna con una fotografía del hotel Gingerbread.

–Qué bonito. Acabas de darme una idea para mi regalo.

Cuando llegasen más mecedoras y muñecos de trapo, apartaría

uno para el bebé de Emily y Cole.

Andrea no dejaba de recordar a Tessa meciéndose con el muñeco en brazos. Cuánto le gustaría ver la cara de la niña el día de Navidad, cuando descubriese el regalo que Santa Claus le había dejado. Tener una hija como Tessa Jenner sería maravilloso, pero no iba a ser así y cuanto antes se olvidase de ella, mejor.

Apagaron las luces y subieron a sus habitaciones sin decir nada. Casey estaba triste y ella también. Se habían dicho todo lo que tenían que decirse por el momento y las dos necesitaban volver a sus cuevas para lamerse las heridas.

Capítulo 2

–CamiÓn uno, responda a incendio en galería de arte entre la calle Lemon y la Sexta.

La orden, recibida por los altavoces del cuartel, puso a todo el mundo en acción. Y, al escuchar la dirección, Rick sintió una descarga de adrenalina.

¿La calle Lemon? Había pasado frente a esa galería con Tessa por la mañana. Solo una floristería la separaba de la tienda de regalos Hansel y Gretel.

No quería volver por allí y había pensado enviar a Sharon, su empleada, a buscar el muñeco no solo por problemas de tiempo sino porque prefería evitar a mujeres tan guapas como la dependienta de esa tienda que, además, no llevaba alianza de casada.

Tras perder a su mujer quería evitarle a Tessa, y a sí mismo, el sufrimiento de perder a otro ser querido.

Para él, una relación romántica estaba descartada.

Desgraciadamente, si el fuego se extendía, todo el inventario de la tienda, incluyendo el muñeco del que se había enamorado su hija, podría arder antes de que la noche terminase.

Eran casi las diez y, con un poco de suerte, la dependienta ya se habría ido a casa, pero empezó a sudar al imaginarla desmayada por inhalación de humo o algo peor.

Rick sabía de primera mano lo que era eso porque de niño había estado a punto de morir en un incendio.

Esa experiencia había cambiado su vida para siempre.

–¡Vamos! –gritó a su equipo mientras se dirigía al camión.

Mientras Arney conducía, llamó al jefe de batallón para discutir métodos de procedimiento y al llegar vio que salía humo por una ventana del tercer piso.

–Mel, tú ve con Arney. José, tú conmigo –añadió.

–Muy bien.

Por el rabillo del ojo, Rick vio otro camión frente al edificio. Un par de hombres había entrado ya con mangueras.

–¿Listo, José?

Juntos colocaron la escalera en un callejón que daba acceso al edificio y, después de ponerse las máscaras, empezaron a subir. Su trabajo era buscar heridos o personas inconscientes atrapadas en el interior.

Salía humo por la ventana del tercer piso, donde el cristal había volado, y el segundo camión tenía problemas para abrir la puerta del local. El humo era muy espeso, pero la intuición le decía que las mangueras habían extinguido parte del incendio y lo que quedaba era humo del aislamiento eléctrico.

Jose y él entraron arrastrándose por el suelo, pero unos minutos después comprobaron que no había nadie salvo los bomberos. El humo empezaba a despejarse y eso significaba que la ventilación estaba funcionando.

Había docenas de cuadros quemados amontonados en una de las habitaciones del último piso y algo en la colocación resultaba extraño. Rick tenía la impresión de que había sido un incendio provocado; alguien había colocado así la pila de cuadros a propósito. Cuando volviese al cuartel se lo contaría a Benton Ames, el jefe de escuadrón y su mejor amigo.

Después de inspeccionar el resto del local, bajó por la escalera encharcada y, una vez en la calle, se quitó la máscara.

Afortunadamente, el fuego no se había extendido y ni la tienda de regalos ni la floristería habían sufrido daños. Aliviado, ayudó a José a bajar la escalera y volvieron al cuartel. Su turno de diez horas estaba a punto de terminar y al fin podría volver a casa.

Benton lo llamó por teléfono unos minutos después.

–Pásate mañana por la calle Lemon y habla con los propietarios de las tiendas. Pregunta si han sufrido algún daño por el humo.

Eso significaba que volvería a verla, pensó Rick, con el corazón tontamente acelerado. Por alguna razón, la atractiva dependienta lo afectaba y no entendía por qué.

Media hora después llegaba a casa. Sharon Milne, la niñera de Tessa, habría metido a la niña en la cama a las ocho y media. Su hija le había hecho prometer que la ayudaría a escribir la carta a Santa Claus por la mañana.

Después de ducharse y afeitarse, Rick se puso un albornoz y entró en la habitación de su hija. Caminó de puntillas y se sentó al borde de la cama para mirarla.

Dormida le recordaba mucho a su difunta esposa, Tina, que

había muerto a causa de una leucemia el año anterior, un mes antes de las navidades.

Había sido terrible, pero él hacía todo lo posible para que su hija lo superase. Haría cualquier cosa por su hija…

Tessa estaba muy enfadada con él cuando la dejó en el colegio esa mañana. No entendía por qué no podían volver a la tienda para llevarse el muñeco, pero había varias razones. Rick le había dado la consabida charla sobre ser agradecido por las cosas que tenía, pero no servía de mucho.

Tras la muerte de Tina le había concedido todos los caprichos para consolarla, pero no tardó en darse cuenta de que era un error. Tessa esperaba conseguir siempre lo que quería, y solía hacerlo.

Rick apartó el flequillo de su cara, pensativo. No quería que su hija creciera portándose como si fuera una princesa.

Pero había algo más que lo turbaba. ¿Cómo podía explicarle a una niña de cinco años lo que había sentido al ver a la dependienta de la tienda de regalos mirándolo a través del escaparate con esos brillantes ojos azules?

Era la clase de mujer que sus compañeros llamarían «un cañón»: rubia y curvilínea, de facciones clásicas.

Pero seguramente estaría casada y tendría hijos, de modo que debería dejar de pensar en ella. Que no llevase alianza no demostraba nada, pero llevaba tanto tiempo sin fijarse en nadie que le sorprendía que una mujer lo interesase de tal modo.

El psiquiatra del departamento le había dicho que un día, tarde o temprano, volvería a sentirse vivo, pero no había esperado que las primeras señales apareciesen esa mañana.

Se había enfadado para enmascarar su sentimiento de culpa porque sentía como si estuviera siendo infiel a Tina al fijarse en otra mujer. La joven era increíblemente amable y cariñosa con Tessa, pero no quería que le hiciese ningún favor.

Había pensado que no tenía dinero para pagar el muñeco, por eso se ofreció a cobrarle la mitad. Y debía admitir que eso había herido su orgullo, pero después de pensar en ello durante todo el día tuvo que reconocer cuáles eran sus verdaderos sentimientos… y lo último que quería era sentirse atraído por una mujer.

«Acéptalo, Jenner. Te duele sentirte atraído por ella».

Era la verdad. Tal vez porque era la primera mujer que le gustaba tras la muerte de Tina y eso hacía que se sintiera vulnerable.

Nadie podría ocupar el sitio de Tina como madre de Tessa. No podría confiarle esa labor a nadie y él no quería una mujer en su vida. No quería volver a sentir nada.

Le había dolido demasiado perder a Tina y haría lo que tuviese que hacer para proteger a su hija.

Frustrado al pensar que tendría que ir a la tienda al día siguiente, se inclinó sobre Tessa para darle un beso en la frente antes de salir de la habitación. Tal vez podría pedirle a algún compañero que fuese en su lugar.

Antes de irse a la cama pasó por el salón y colocó la banda de gnomos bajo el árbol que habían decorado juntos. Cuando los viera por la mañana, Tessa se pondría a dar saltos de alegría.

Si pudiese quitarse de la cabeza a aquella mujer… pero no podía dejar de pensar en ella, empezando por su sonrisa y siguiendo con sus brillantes ojos azules.

A la mañana siguiente, Arney detenía el camión de bomberos frente a la galería de arte. El equipo de inspección ya estaba allí haciendo su trabajo y Rick se acercó a Benton, el jefe de escuadrón. Él y su mujer, Deanna, tenían una hija que iba al colegio con Tessa.

Benton le dio una palmadita en el hombro.

–Tenías razón, esto es obra del mismo pirómano que incendió los grandes almacenes hace tres semanas. Bajo la pila de cuadros hemos encontrado un cartón de leche con gasolina.

–Seguramente usó la escalera de incendios para romper la ventana. Pensé que había explotado por el fuego.

–He hablado con el jefe de policía y van a vigilar esa zona hasta después de las fiestas.

–Muy bien.

–¿Cómo va todo?

Rick no tenía que fingir con su amigo.

–Mejor no preguntes.

–Ya me lo imaginaba, pero Deanna y yo vamos a hacer una fiesta el sábado por la noche y queremos que vayas. Entre los invitados está Susie Anderson y nos ha preguntado si ibas a ir –Benton levantó las manos–. Ya sé lo que vas a decir, pero al menos prométeme que lo pensarás.

–Susie es una buena profesional y una persona simpática, pero para mí es uno de los chicos. Todo el mundo intenta liarme con ella,

pero no puedo. No siento la chispa y sin eso…

–Entonces, ve con una amiga para que Susie no se haga ilusiones. Y lleva a Tessa, así podrá jugar con Julie.

–Me lo pensaré –Rick se volvió hacia sus hombres–. ¿Mel? Arney y tú cubrid la floristería y la tienda Hansel y Gretel. José, ve a hablar con el propietario de la tintorería. Yo me encargo de la imprenta.

Pero mientras se dirigía hacia allí no pudo evitar mirar hacia la tienda de regalos, donde el día anterior había visto un par de ojos azules y un rostro angelical rodeado por un halo dorado. Había sido como si lo golpease un rayo.

Sin embargo, ni el muñeco ni la mecedora estaban en el escaparate y eso significaba que alguien los había comprado o que ella los había vuelto a meter en el interior de la tienda.

Tal vez ese día hubiera otro empleado, pensó. Le pediría a Mel o Arney que lo averiguasen y, si era así, entraría para comprar el muñeco.

Rick cruzó la calle para hablar con el propietario de la imprenta, que aún olía a humo, pero afortunadamente no había sido afectada por el fuego. Luego volvió al camión, donde los chicos estaban esperando.

Nadie había podido darles información alguna sobre un posible pirómano porque las tiendas estaban cerradas cuando comenzó el incendio.

Rick reunió los informes y leyó el de Arney sobre la tienda de regalos. La propietaria era Valerie Bernard, de cincuenta y tres años, que vivía en College Hill, uno de los mejores barrios residenciales de Providence. A juzgar por los caros y originales regalos de su tienda, no le sorprendía.

Y era la persona con la que Arney había hablado porque su firma estaba en el informe.

No había habido daños, pero el olor a humo persistía.

–¿Has hablado con algún otro empleado?

–No –respondió Arney–. La propietaria estaba sola.

Rick tomó una decisión.

–Esperad un momento. El olor a humo es más fuerte en este lado de la calle y quiero inspeccionar el local. Puede que necesiten un ventilador.

Entró en la tienda con la vaga esperanza de ver a la joven que había aparecido en sus sueños, pero la persona que estaba tras el

mostrador era una atractiva mujer de pelo rubio cuyo rostro le resultaba vagamente familiar.

–Siento volver a molestarla, señora. Soy el capitán Jenner, del servicio de bomberos. Quería saber si necesita un ventilador.

La mujer esbozó una sonrisa.

–No es necesario, pero le agradezco muchísimo que apagasen el incendio a tiempo. Nuestro inventario es irreemplazable. Nos traen los productos de Alemania y algunas piezas son únicas, hechas a mano.

–Lo sé. Entré ayer con mi hija y vimos un muñeco en el escaparate… ya que estoy aquí, me gustaría comprarlo.

La mujer miró el escaparate y frunció el ceño.

–¿Qué muñeco?

–Un muñeco de trapo con dos botones por ojos. Estaba sentado en una mecedora que también me gustaría comprar. Tal vez lo hayan vendido o alguno de sus empleados lo haya llevado al almacén.

–La única persona que trabaja aquí es mi hija, Andrea.

–Ah –Rick tragó saliva. Por eso su rostro le resultaba tan familiar.

–El muñeco debió de llegar cuando yo no estaba. Espere un momento, voy a comprobarlo.

La mujer volvió de la trastienda unos minutos después, con gesto apenado.

–No lo encuentro y mi hija está fuera de la ciudad, pero vuelve esta tarde. Cuando llegue le preguntaré qué ha sido del muñeco.

Rick sabía qué había sido de él: la joven pensaba regalárselo a Tessa porque creía que él no tenía dinero para pagarlo. Sin duda, lo habría escondido en el alguna parte.

–Me temo que estoy de guardia hasta las siete, pero cuando termine mi turno pasaré por aquí. Gracias por su ayuda, señora Bernard. Me alegro de que su tienda se haya salvado. Es un sitio precioso.

–Muchas gracias. Pertenece a mi familia desde hace setenta y cinco años –dijo la mujer, mientras lo acompañaba a la puerta–. Pero si no fuera por hombres valientes como usted, no tendría una tienda que abrir esta mañana. Estoy muy agradecida y los demás vecinos también. Encantada de conocerlo, capitán Jenner.

–El placer es mío, señora Bernard. Que tenga un buen día.

Andrea entró en el callejón y aparcó el coche al lado del de su madre. Era un alivio estar de vuelta en casa, aunque una hora más tarde de lo que había planeado debido a un atasco en la autopista por culpa del hielo.

También había parado un momento en su librería favorita para comprar un libro de cuentos con preciosas ilustraciones que de niña le encantaba.

Otro regalo de Santa Claus.

Cuando entró en la tienda fue recibida por un fuerte olor a humo y su corazón se aceleró. Asustada, tiró al suelo la bolsa de viaje y corrió al interior del local, pero su madre, que estaba atendiendo a dos clientes, la recibió con una sonrisa, de modo que no podía ser nada grave.

Hasta que se fueran los clientes no podría hablar con ella, así que entró en la trastienda para enviar un email a Casey diciendo que había llegado bien.

Tenía varios correos en el buzón, todos de la familia de Gunter, pero decidió leerlos más tarde, salvo uno de Marie, a quien echaba de menos. Eran casi de la misma edad y tenían muchas cosas en común, además del cariño que las dos habían sentido por Gunter.

Su cuñada la invitaba a pasar unos días con ella y su marido, Rolfe, en el sur de España. Ellos pagarían el billete de avión y se alojarían en la villa de un amigo de Rolfe.

Mientras contemplaba tan generosa oferta, aún podía oler a humo y levantó la cabeza, sorprendida.

¿De dónde salía ese olor? Estaba deseando saber qué había pasado, pero los clientes las mantuvieron ocupadas durante horas. Por fin, cuando tuvieron un respiro, Andrea abrazó a su madre.

–¿Y esto?

–Porque te quiero. Y porque eres la mejor madre del mundo.

–Yo podría decir lo mismo de ti, cariño. Me alegro de que hayas vuelto.

–Bueno, cuéntame qué ha pasado. ¿Por qué huele a humo?

–Ayer hubo un incendio en la galería de arte, cuando todo el mundo se había ido a casa.

–¿En serio?

–Dicen que podría haber sido intencionado. Ha sido una suerte que los bomberos llegasen a tiempo.

Andrea sintió un escalofrío.

–No quiero ni imaginar que un fuego destrozase todo lo que hay en la tienda. Siento mucho no haber estado aquí, mamá.

–No seas boba, tú no podrías haber hecho nada. Además, la vida tiene sus riesgos.

Sí, pero ella no se había dado cuenta hasta que un conductor borracho chocó contra su coche, matando a su marido…

–Casey y yo llegamos a la misma conclusión anoche.

–¿Lo habéis pasado bien?

Andrea se mordió los labios.

–Me alegré mucho de verla, a ella y a Carol. Hemos hecho planes para Nochebuena, pero el hotel está en venta y Casey está muy triste. No ha superado su compromiso roto, así que… En fin, he vuelto un poco deprimida, pero se me pasará.

–Esta noche te vienes a casa conmigo.

–Eso estaría bien –asintió Andrea.

–Ah, por cierto, tengo que preguntarte por un muñeco que estaba en el escaparate. Ha venido un hombre buscándolo, pero no he podido encontrarlo.

El corazón de Andrea dio un vuelco.

–¿Recuerdas su nombre?

–Se presentó como «capitán Jenner». Es uno de los bomberos que extinguieron el incendio anoche y ha venido para ver si necesitábamos un ventilador.

¿El padre de Tessa era bombero? Y ella pensando que estaba sin trabajo y era demasiado orgulloso como para aceptar caridad…

Su madre la miró con curiosidad.

–¿Por qué estás tan callada?

En ese momento, un cliente entró en la tienda.

–Luego te lo cuento.

Una hora después, Andrea le contó lo que había pasado, aunque omitiendo ciertos detalles. ¿Cómo iba a explicarle lo que había sentido si ni ella misma lo entendía?

–Pensé que no podía pagar el muñeco y a la niña le gustaba tanto que me ofrecí a vendérselo a mitad de precio.

Su madre asintió con la cabeza.

–El pobre se llevó una desilusión al ver que no estaba. ¿Por qué no se lo llevas al cuartel de bomberos? Está solo a seis manzanas de aquí y así le ahorrarás otro viaje a la tienda. Es lo mínimo que podemos hacer por él después de haber extinguido el incendio, ¿no crees?

–Sí, tienes razón.

–Pero antes de irte, me gustaría ver el muñeco. ¿Quién lo envió?

–El fabricante de Adirondack. Es un nuevo producto que está introduciendo en el mercado. Lo bajaré ahora mismo.

–¡Qué bonito! –exclamó su madre al verlo–. Es una preciosidad. Tiene cara de travieso.

–Estoy de acuerdo.

Una cliente se acercó entonces para examinarlo.

–Me gustaría comprarlo. Tengo una hija de cuatro años que se volverá loca con él. Y la mecedora es preciosa, creo que también me la llevaré.

–Lo siento –se disculpó Andrea–. Ya están vendidos, pero déjeme su nombre y su número de teléfono y me pondré en contacto con usted en cuanto llegue el nuevo pedido.

–¿Cree que llegará antes de Navidad? Mi amiga Renee seguramente también querrá comprar uno para su sobrina.

–Seguro que sí, les he dicho que me corría prisa.

Andrea miró a su madre antes de volver a subir al loft para envolver sus tesoros en papel de regalo y meterlos en una caja. Una vez hecho, decidió cambiarse de ropa.

Gran parte de su vestuario había sido comprado en Alemania y, después de pensarlo un momento, se puso un traje de lana color cereza que había comprado en Munich con Marie. Gunter había dicho que le quedaba perfecto.

Tenía el cuello redondo, ribeteado en verde oscuro, con ocho botones plateados en la chaqueta. Le encantaba aquel traje con la falda de capa porque le recordaba a los objetos que vendía en su tienda, pero solo se lo había puesto una vez mientras vivía en Alemania.

Seguramente el capitán Jenner no estaría en el cuartel en ese momento, pero tenía que intentarlo porque su madre se lo había pedido. Y también porque había decidido hacer un esfuerzo para pasar página, interesarse en sí misma y preocuparse de lo que se ponía en lugar de llevar siempre pantalones vaqueros.

Aunque le había encantado volver a ver a Casey, el viaje al hotel Gingerbread no la había animado, sino al contrario. Solo habían hablado de penas y sueños rotos y había vuelto a casa realmente deprimida.

Tal vez fuera el momento de salir de su depresión.

Mientras echaba gasolina en el depósito del camión, Rick oyó a Cabrera gritando: «¡Ochenta y seis!». «¡Ochenta y seis!».

Ese era el código que indicaba que una mujer había entrado en el cuartel, pero no una mujer cualquiera sino un bombón. Después de lidiar con situaciones de peligro día y noche, no había nada como escuchar ese código para levantar el ánimo.

Rick observó, divertido, cómo sus compañeros dejaban las tareas para admirar a la *femme fatale* que había entrado en sus dominios. Un minuto después, Arney entraba corriendo. Estaba casado y era padre de dos hijos, pero sus ojos se habían iluminado y sonreía de oreja a oreja.

–Ha venido una mujer a verte y lleva un paquete gigante envuelto en papel de regalo.

Rick parpadeó, sorprendido.

Tenía que ser la hija de la dueña de la tienda. Por alguna razón, estaba decidida a que su hija recibiera el muñeco, aunque tuviese que ir al cuartel personalmente.

–Yo diría que ella es un regalo de Navidad, no sé si me entiendes –Arney le guiñó un ojo.

Rick lo entendía perfectamente.

–No es lo que…

–Yo terminaré de cargar el camión mientras tú atiendes «tus asuntos», jefe.

–Gracias.

Rick no podía enfadarse con sus hombres por intentar convencerlo para que empezase a vivir otra vez. Nadie tenía mejores amigos y no podían haber hecho más para ayudarlo durante aquel terrible momento de su vida.

Eran su segunda familia, pero no lo entendían. Por el momento, ninguno de sus amigos había perdido a una esposa y no sabían lo que era tener que empezar de nuevo con otra persona. Hacían falta años para conocer a alguien, soportar sus fallos, conocer sus demonios y seguir amándolo.

Él odiaba estar solo, volver a casa y no tener una esposa que lo abrazase. Odiaba su cama vacía y no poder compartir nada, pero no soportaba la idea de salir con extrañas. En su opinión, ser viudo era una situación desoladora.

Además, debía pensar en Tessa. No tenía la menor esperanza de encontrar a una mujer que fuese una buena madre para su hija.

¿Sería capaz de querer a Tessa de verdad? ¿Podría confiarle a su hija mientras él estaba haciendo su trabajo?

Se le rompía el corazón cuando Tessa se dormía llorando entre sus brazos. Ya no lo hacía tan a menudo, pero aún había veces…

¿Y si una nueva relación no funcionaba? ¿Qué haría si tenía que decirle a Tessa que no volvería a ver a una mujer con la que podría encariñarse? No quería que su hija sufriera por segunda vez. No tenía respuestas, ni mapa que lo ayudase a navegar por un mar tan traicionero, de modo que era mejor seguir solo y ser el mejor padre posible para su hija.

Rick dejó que Arney cargase el depósito de gasolina mientras él iba a la entrada del cuartel, donde todos estaban mirándolo con la misma sonrisa que Arney.

La vio en cuanto dobló la esquina y, por segunda vez en dos días, se quedó helado. Tenía un aspecto tan adorable con ese traje… Parecía uno de los regalos de su tienda.

–¿Quería verme? –le preguntó, después de aclararse la garganta.

Parecía agitada y le pareció que también ella se había quedado un poco sin aliento.

–No sabía si estaría aquí. Mi madre me dijo que había ido a buscar el muñeco para su hija… Siento mucho que no pudiera encontrarlo. Lo había llevado arriba, a mi apartamento.

–¿Vive sobre la tienda?

–Sí.

Rick tragó saliva. Si el incendio de la galería se hubiera extendido y ella hubiera estado durmiendo…

–¿Sola?

Ella asintió con la cabeza.

–Renové la parte de arriba y la convertí en un loft después de… mi último viaje a Alemania.

¿Por qué había vacilado antes de terminar la frase?, se preguntó Rick.

–Me alegro de encontrarlo aquí –siguió–. Debería haber imaginado que quería comprar el muñeco y la mecedora sin que su hija lo supiera y, como le hice una promesa, por favor, acéptelo como un regalo de Santa Claus.

Él metió una mano en el bolsillo del uniforme para sacar la cartera.

–Deje que se lo pague.

–No, por favor. Me gustó tanto ver cómo su hija abrazaba al

muñeco… Fue un momento mágico que todo niño debería experimentar y aceptar su dinero arruinaría ese momento para mí.

Rick volvió a guardar la cartera y tomó la caja para dejarla en el suelo.

–Supongo que pensó que no tenía dinero para comprarlo.

–Bueno, con esta crisis la verdad es que se me pasó por la cabeza. Perdóneme, no debería haber sacado conclusiones precipitadas. A su hija le gustaba tanto… En fin, también yo fui niña una vez y comprendo lo que sentía.

–Tampoco iba muy desencaminada. El sueldo de un bombero deja mucho que desear –bromeó él.

–En fin, si le sirve de algo, ya sabe que el mundo los necesita –dijo Andrea–. Mi madre quería darles las gracias por apagar el incendio a tiempo, por eso he venido.

Fue una desilusión, pero Rick intentó disimular.

–Me dijo que había salido usted de la ciudad.

–Así es.

–¿Con algún amigo?

–No, para ver a una amiga.

Eso no respondía a su pregunta y ella no parecía dispuesta a darle más información.

En otras palabras: «olvídate del asunto, Jenner».

Ella no estaba interesada, solo había sido amable con su hija. ¿Y no era eso lo que quería? ¿Nada de relaciones, nada de mujeres? Entonces, ¿por qué se sentía tan decepcionado?

En ese momento sonó la sirena.

–Incendio en el hotel Cheshire, entre la calle Lemon y Weybosset.

¿La calle Lemon otra vez?

La joven lo miró, asustada.

–Eso no está lejos de la galería de arte.

El pirómano atacaba de nuevo, pero Rick estaba decidido a atraparlo y meterlo en la cárcel.

–El deber me llama, pero créame si le digo que Tessa agradecerá de corazón estos regalos –le dijo mientras se dirigía al camión.

Capítulo 3

Rick Jenner se alejó a toda prisa y Andrea tuvo que disimular un suspiro. El hombre iba a salvar vidas y edificios sin pensar en sí mismo y eso era admirable, pero a ella se le encogía el corazón.

Escuchó la sirena del camión mientras entraba en su coche, pensativa. Tessa no sabía lo afortunada que había sido hasta el momento. Cada vez que su padre iba a extinguir un incendio, existía la posibilidad de que no volviese…

Ella sabía lo que era eso.

Pero después de cumplir con su misión no había nada más que hacer salvo volver a trabajar y, respirando profundamente, Andrea arrancó sintiéndose extrañamente decepcionada.

Poco después pasó por la intersección donde se había producido el incendio y pisó el freno para observar un momento. La policía había acordonado la zona y vio tres camiones de bomberos. Todos llevaban casco y era difícil distinguir sus caras, pero uno de los más altos tenía que ser el capitán Jenner.

Aunque le gustaría detener el coche, no se atrevió. Jenner pensaría que estaba allí por él, que esa era la razón por la que había ido al cuartel, usando a su hija como excusa.

Era tan atractivo que seguramente las mujeres lo perseguían.

Impaciente consigo misma, pasó de largo y aparcó el coche en el callejón, a tres manzanas del hotel.

Su madre estaba en la tienda, hablando con una pareja que intentaba decidirse entre varios Cascanueces. Por su expresión, debían de llevar largo rato intentando decidirse y seguramente necesitaba ayuda.

Andrea tomó uno de sus favoritos de la estantería y lo llevó al mostrador.

–Es el rey Ricardo. Si yo fuese un hombre, este es el que más me gustaría. Tiene un aspecto varonil y orgulloso.

Como esperaba, la pareja aceptó el consejo y cuando salieron de la tienda, su madre la abrazó.

–Cuánto me alegro de que hayas venido.

–Estás cansada, mamá. Quiero que te vayas a casa ahora mismo. Yo iré en cuanto cierre la tienda.

–No puedo decir que no, la verdad es que estoy agotada. ¿Te apetece una tortilla y una ensalada?

–Me parece perfecto.

Su madre la miró con curiosidad.

–¿Has llevado el regalo al cuartel de bomberos?

–Sí, pero unos minutos después de llegar empezó a sonar la sirena. Hay otro incendio aquí al lado.

–¿Otro incendio?

–Sí, luego te lo contaré. Venga, vete antes de que caigas redonda.

–Me voy, me voy. Por cierto, estás muy guapa con ese traje. Hacía tiempo que no te lo ponías.

–Es mi traje navideño.

–Me alegro. Te espero en casa, cariño.

–Muy bien.

Andrea estuvo media hora sacando mercancía de las cajas y cuando terminó leyó los correos de la madre de Gunter. Aparentemente, su hija mayor, Lisa, estaba esperando su tercer hijo para finales de mayo.

Emily también estaba esperando un hijo.

Todo el mundo parecía estar esperando…

Aunque aquel sería tan buen momento como cualquiera para responder, Andrea no podía dejar de pensar en el incendio del hotel. O, más bien, en el bombero que había ido a extinguirlo.

Encendió la radio para escuchar las noticias locales, pero cuando iban a empezar entró otro cliente… y estuvo a punto de desmayarse al ver que era el capitán Jenner.

Se había quitado el uniforme y bajo la cazadora de aviador llevaba un jersey negro de cuello alto y un pantalón vaquero. Estaba tan atractivo como con el uniforme y la verdad era que no había podido dejar de pensar en él desde que se marchó del cuartel.

Sus colegas y él eran increíblemente valientes. No podía ni imaginar lo que debía ser enfrentarse con un infierno cada vez que sonaba la sirena.

–Nadie podría decir que acaba de apagar un fuego.

Él esbozó una sonrisa devastadora.

–Lo controlamos antes de que se convirtiera en un desastre. Mi turno de trabajo ha terminado y me alegra decir que viviré para ver

otro día.

Andrea apagó la radio.

–Su familia debe de contener la respiración hasta que vuelve a casa.

–Según las estadísticas, ser bombero solo es la decimotercera profesión más peligrosa del mundo.

–Ah, solo la decimotercera, qué alivio –bromeó Andrea. Él rio, una profunda risa masculina que la calentó por dentro–. En serio, ¿cómo lo soporta su mujer?

–A Tina no le gustaba. La ironía es que ella murió de leucemia hace un año. Después de tantos años preocupada por mí, su tiempo en este mundo terminó junto con nuestros planes de darle un hermanito a Tessa.

El final de un sueño. Andrea sabía mucho de eso.

–Lo siento.

Él asintió con la cabeza.

–Así es la vida.

–Lo sé –Andrea se aclaró la garganta. Hora de cambiar de tema–. ¿Está buscando otro regalo?

–Tessa y yo hemos decidido comprar un regalo especial para Sharon, su niñera –respondió él. Pero, naturalmente no había llevado a la niña. Lo último que quería era verla emocionada otra vez con el muñeco–. La señora Milne es viuda de un militar y ya vivía con nosotros antes de que muriese mi mujer. Tessa la adora, así que tiene que ser un regalo perfecto, por eso he venido a su tienda.

–Me parece muy bien. ¿Cree que le gustaría un Cascanueces? Mire, los grandes están aquí. Dígame cuál le gusta.

Rick observó los muñecos de madera.

–Son todos muy bonitos.

–¿Cómo era su marido?

–Ha dicho varias veces que estaba espléndido de uniforme.

Como aquel hombre cuando estaba de servicio.

–Espléndido, ¿eh? –Andrea señaló su soldado favorito–. Le presento al general. Sirvió en el ejercito de Napoleón, en el escuadrón de caballería.

Sus manos se rozaron cuando se lo ofreció y el contacto la hizo sentir una oleada de calor por todo el cuerpo. Rick sostuvo su mirada un momento antes de examinar el Cascanueces.

–Es muy bonito.

–A mí… me encanta –dijo Andrea, con voz ronca–. El uniforme blanco lo hace muy llamativo. Es una réplica exacta de los uniformes que llevaban, desde el tricornio negro a los botones dorados de la guerrera.

–Es exactamente lo que Tessa querría regalarle –dijo él, después de aclararse la garganta–. Me lo llevo.

–Muy bien, voy a buscar su caja en la trastienda. Y no la tire, estos soldaditos se convierten en piezas de colección y tienen más valor si conserva la caja.

–Ah, no lo sabía.

Andrea no pudo respirar hasta que se alejó de él. Por Dios. Siempre había oído hablar de las hormonas enloquecidas, pero nunca lo había experimentado hasta ese momento. Si un médico la examinase en aquel instante pensaría que tenía fiebre.

Después de encontrar la caja en cuestión, volvió al mostrador con ella.

–Mire, aquí hay un pergamino en el que habla de la historia del general.

–Estupendo, le va a encantar.

A Andrea le temblaban las manos mientras envolvía el regalo y le ponía una cinta roja.

–Feliz Navidad. Voy a cerrar, así que le acompaño a la puerta.

Sabía que estaba siendo demasiado obvia, pero deseaba que se fuera y no volviese nunca. No quería hacer el ridículo. Él no debía saber que volver a verlo la había afectado de tal modo.

Curiosamente, él no parecía querer marcharse tan pronto. Si supiera que era viuda saldría corriendo, pero no le había preguntado.

–Gracias otra vez por su generosidad con mi hija. Feliz Navidad.

–Feliz Navidad.

Rick Jenner vaciló un momento antes de salir, pero en cuanto desapareció Andrea cerró la tienda y corrió a su habitación para tomar su bolso. Después apagó las luces, conectó la alarma y subió a su coche.

Pasar frente al hotel incendiado era como tocarse una herida. No quería ni pensar en la profesión de Rick Jenner. No tenía sentido interesarse por él. Después de perder a Gunter, jamás querría volver a pasar por algo así.

Si él había muerto en un accidente de coche, ¿qué posibilidades tenía Rick Jenner de sobrevivir? Se ponía en peligro cada día,

cuando subía al camión para apagar un incendio.

Sin embargo, se sentía poderosamente atraída por él. Tocaba algo profundo en ella, despertándola a la vida después de más de un año. Se sentía tan vulnerable en aquel momento que le daba miedo. La intuición le decía que un hombre como él podría convertirse en una adicción.

¿Pero qué podría ser peor que una relación con un bombero? Lo esperaría cada noche temiendo que estuviese herido o hubiera muerto… que hubiese encendido la radio para escuchar las noticias demostraba que ya sentía cierta ansiedad y aún no se conocían.

Él incluso había admitido que a su mujer no le gustaba lo que hacía. ¿A que mujer le gustaría, a menos que ella misma fuese bombero o policía?

Los recuerdos del accidente en el que murió Gunter la asaltaron entonces.

«Lo sentimos, señora Fleming, su marido ha fallecido».

Andrea lamentaba haber conocido al capitán Jenner y cuando llegó a casa de su madre tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas; unas lágrimas que no tenían sentido.

Llevaba meses intentando pasar página y, de repente, aparecía él con esa preciosa hija suya, recordándole lo que había perdido, lo que ya no tendría nunca.

Rick había prometido ver una película con Tessa y, deseando no pensar en Andrea, entró en casa y colocó el regalo para Sharon bajo el árbol de Navidad.

Los padres de Tina también habían llevado regalos, demasiados. Los de sus padres llegarían después, más moderados. Tessa miraba a todas horas los paquetes, envueltos en alegres papeles de colores, esperando con impaciencia que llegase Santa Claus. Aunque él había escondido algunos en el sótano, junto con el gran regalo, y solo los sacaría el día de Navidad.

Tendría que trabajar en el turno de tarde al día siguiente, pero el día después lo tenía libre y había pensado pasarlo con los padres de Tina. Sus padres y uno de sus hermanos, que vivían en Cranston, pasarían Año Nuevo con Tessa y con él.

–Rick, ¿eres tú?

Sharon tenía radares por orejas, lo cual era bueno cuando tu trabajo consistía en cuidar de una niña. Para Rick, Sharon era el

ancla que estabilizaba su mundo y el de Tessa. No había mejor persona en el mundo y no sabía qué haría sin ella.

–¿Dónde está la niña más guapa del mundo?

–¡Estoy aquí, papá! –Tessa, recién bañada, apareció corriendo con su pijama de princesas para echarse en sus brazos y Rick la besó con todo su corazón. Su hija hacía que todo mereciese la pena–. Estaba esperándote. Ven al salón, estamos viendo *Las navidades de Charlie Brown* y Sharon ha hecho palomitas.

–Ah, qué bien –Rick la llevó en brazos al salón y se sentó con ella frente al televisor.

–Charlie Brown es muy divertido –dijo Tessa–. Y yo quiero tener una camiseta de Snoopy como la de esa señora de la tienda –añadió luego.

Rick recordaba lo bien que le quedaba. Esa tarde, cuando volvió para comprar el regalo de Sharon…

«¿A quién quieres engañar, Jenner?».

Había entrado en la tienda porque no pudo evitarlo después de verla en el cuartel con ese traje tan bonito.

Había causado tal sensación entre los chicos que no iban a dejarlo en paz.

El recuerdo de Tina hacía que se sintiera incómodo, pero no tanto como para evitar que quisiera verla.

El inevitable sentimiento de culpa había pasado y si tenía que volver al psiquiatra lo haría por ir a la tienda cuando no era necesario. Tenía que volver a verla y había usado una excusa, pero no se arrepentía.

–Antes de que se me olvide, Deanna ha llamado para invitarte a una fiesta el sábado.

–Sí, me lo dijo Benton. Todo depende de a qué hora termine mi turno ese día –dijo Rick, aunque en realidad no quería ir–. Ahora mismo es hora de que esta señorita se vaya a la cama. Vamos a cepillarnos los dientes y luego te leeré un cuento.

Entre Tina y él debían de haberle leído cientos de cuentos. Su suegra siempre le llevaba libros porque sabía que así se sentía más cerca de su mamá.

–Buenas noches, Sharon –se despidió Tessa.

–Buenas noches, preciosa.

–Gracias por todo –murmuró Rick–. No podríamos vivir sin ti.

–Seguro que sí –dijo la mujer, sonriendo.

–¿Mamá? –Andrea acababa de dejar unas cajas en el suelo–. ¿Qué haces aquí tan temprano?

–Había pensado ayudarte con la contabilidad. Ven a la trastienda un momento, he traído bollitos.

–Me has salvado la vida.

Andrea suspiró. El día había amanecido gris y se alegraba de tener compañía. Además, no había podido dejar de pensar en el capitán Jenner y estaba furiosa consigo misma.

–Me temo que este frente frío nos está robando clientes.

–Hace un frío horrible, esto parece Siberia.

Andrea la miró, enarcando una ceja.

–No habrías venido tan temprano a menos que ocurriese algo. ¿Qué es?

–Tu padre me llamó anoche.

–No me digas que Monica ha vuelto a dejarlo.

Su madre asintió con la cabeza.

–¿No lo dejó las navidades pasadas?

Las dos rieron.

–Sí.

Afortunadamente, su madre podía reírse del asunto porque había dejado de amar a su padre años atrás. Andrea había rezado para que conociese a otro hombre, alguien que la mereciese, pero no había tenido suerte.

–Espero que no hayas caído en la trampa.

–No, pero va a venir a Providence y quiere verte.

–Seguro que no viene.

En ese momento sonaron las campanitas de la puerta.

–Tal vez sea tu padre.

–No lo creo. Él llamaría antes –Andrea se levantó–. No puedo creer que alguien haya salido de compras con este tiempo.

Cuando entró en la tienda vio a Tessa Jenner acompañada de una mujer mayor.

–Hola, Tessa. Me alegro de volver a verte.

–Hola –las mejillas de la niña estaban rojas del frío.

–¿Qué puedo hacer por ti esta mañana tan fría?

–Hemos venido a comprar un regalo para mi papá, pero es un secreto.

–Ah, qué emocionante.

La mujer que iba con ella sonrió.

–Soy la señora Milne, la niñera de Tessa.

–Encantada de conocerla. Yo soy Andrea.

–Tessa me ha suplicado que viniéramos –dijo la mujer.

–Me alegro. ¿Qué clase de regalo están buscando?

La niña señaló una estantería.

–Quiero ese soldadito.

–¿Cuál de ellos? Hay cinco.

–El que tiene una corona y una capa. Tiene el pelo negro como mi papá.

Andrea tomó el soldadito y lo bajó de la estantería.

–¿Sabes una cosa? Tienes razón. Se parece un poco a tu papá. Es el rey Arturo, un gran rey. Voy a buscar su caja a la trastienda, vuelvo enseguida.

Mientras la señora Milne le daba su tarjeta de crédito, los inocentes ojos verdes en un rostro angelical estaban clavados en Andrea.

–¿Dónde está el muñeco? Ya no está en el escaparate. ¿Puedo jugar con él otra vez?

«Oh, no».

–Ya no está aquí –respondió Andrea.

–¿Dónde está? –exclamó la niña con los labios temblorosos.

¿Era esa la razón por la que había insistido en ir a la tienda, para jugar con el muñeco? Andrea tuvo que pensar a toda velocidad para no estropearle la sorpresa.

–Uno de los ayudantes de Santa Claus vino a buscarlo.

Esperaba una sonrisa, pero Tessa arrugó la carita.

–¡No es verdad, mi papá aún no ha enviado la carta a Santa Claus y mi muñeco ya no está! ¡Prometiste que me lo traería por Navidad! –la niña empezó a llorar, abrazándose a las piernas de la señora Milne, y a Andrea se le encogió el corazón.

–Lo siento –se disculpó, sin saber qué hacer.

La mujer asintió con la cabeza.

–Será mejor que nos vayamos –dijo, llevándose a una desolada Tessa hacia la puerta.

Andrea se volvió hacia su madre, que había salido de la trastienda al escuchar los lloros de la niña.

–No sabía qué decirle. El señor Jenner quería regalárselo por Navidad y no quería estropear la sorpresa…

–No te preocupes, se le pasará el día de Navidad, cuando vea el muñeco. Y tenías razón, es una niña monísima.

–Pero se ha llevado un disgusto horrible…

–Cuando tú tenías su edad, también te llevabas algún disgusto que otro. No pasa nada.

–Sí, pero Tessa cree que le he mentido.

–Cariño, ya sabes cómo son los niños.

–No, la verdad es que no lo sé y no lo sabré nunca. Y casi me alegro después de este incidente, porque parece que no se me dan muy bien.

–Andrea…

–Es verdad.

Nunca tendría una familia. Su destino no era ser la esposa y la madre de nadie y tenía que dejar de autocompadecerse.

Después de comer, Andrea estaba enseñándole a un cliente una caja de música cuando el padre de Tessa entró en la tienda con un jersey verde de cuello alto bajo la cazadora de aviador. Y parecía enfadado.

–Me han contado lo que pasó esta mañana –le dijo, sin preámbulos.

–¿Tessa está bien? ¿Se le ha pasado el disgusto?

–Está bien, sí. Le he explicado que Santa Claus ya sabía lo que quería sin necesidad de recibir la carta.

–¿Y se ha quedado tranquila?

–Lo suficiente como para ir al colegio. Siento que le haya hecho pasar un mal trago.

–No quería que creyese que le había mentido, pero ha sido ella quien lo ha pasado mal, pobrecita.

–Le agradezco que haya guardado el secreto. Por desgracia, Tessa está acostumbrada a salirse con la suya. Es algo que estoy intentando controlar.

Andrea sacudió la cabeza.

–Y yo no he ayudado nada.

Él enarcó una ceja.

–No es culpa suya. Tras la muerte de Tina, me temo que he mimado demasiado a mi hija. Y la familia también, sobre todo los padres de mi mujer.

–Es normal.

–Sí, lo sé, pero darle todos los caprichos no va a hacer que olvide su pena y es un precedente negativo para el futuro.

–Es usted un padre muy responsable.

–Lo intento, pero no puedo ocupar el lugar de su madre. Aunque Sharon, la niñera de Tessa, me ayuda mucho.

Andrea sonrió.

–Desde luego. Yo fracasé, pero ella supo consolar a la niña.

–A Sharon le gustó mucho la idea del ayudante de Santa Claus.

–No sabía qué decir.

Los dos se quedaron en silencio un momento.

–No lleva alianza, así que supongo que no está casada.

Andrea tragó saliva.

–Mi marido murió en un accidente de coche hace catorce meses. Como su mujer y usted, pensábamos que estaríamos juntos toda la vida.

–Lo siento mucho –dijo él.

–Sí, en fin… si ha venido a pagarme los regalos, ha hecho un viaje en balde.

–No, ya sé que no aceptaría dinero. He venido, entre otras cosas, para darle las gracias. Me ha convencido de que Santa Claus existe.

–Si he podido hacerle eso a un hombre de su edad, es que los milagros existen.

–¿Un hombre de mi edad? –repitió él, levantando las cejas.

–Tiene más de diez años, ¿no? –Andrea rio–. ¿Qué otras razones tenía para venir?

Él cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

–Un amigo mío ha organizado una fiesta mañana por la noche en su casa. Si no tiene nada que hacer, ¿le gustaría ir conmigo?

La invitación dejó a Andrea sorprendida.

–Me temo que no puedo, pero muchas gracias.

–¿Tiene otros planes, tal vez con la persona con la que se fue de la ciudad?

Andrea se sorprendió aún más. Su madre debía de habérselo contado.

–No, no. Fui al lago Barrow, a ver a una amiga que lo ha pasado mal últimamente.

–¿Y logró animarla?

–Me temo que no –respondió Andrea. Aunque el viaje le había servido para darse cuenta de que ella debía salir de su depresión.

–Yo solía hacer esquí acuático en el lago Barrow cuando era niño. Si no recuerdo mal, había un hotel.

–Sí, el hotel Gingerbread. Yo iba allí con mi familia todos los

veranos. Es donde vamos a hacer la fiesta.

–Pero solo estuvo allí un día.

–No quería dejar sola a mi madre en esta época del año.

–Es una señora encantadora.

–Se lo diré de su parte –dijo Andrea.

–¿Está saliendo con alguien? –le preguntó él entonces, sin andarse con rodeos.

–No, no hay nadie en mi vida en este momento.

–Pero no quiere ir conmigo a la fiesta. ¿Es demasiado pronto para usted?

–Sí –respondió Andrea.

–Soy un hombre adulto, así que voy a ser directo: si la llamase dentro de un mes para invitarla a cenar, ¿cree que me diría que sí?

Ella sostuvo su mirada.

–Me temo que no –respondió, igualmente directa.

Tenía que proteger su corazón de aquel hombre que había elegido un trabajo tan peligroso. Sabía que no podría soportar esa angustia por segunda vez.

–Me alegra que no se ande por las ramas, aunque no me guste la respuesta. Tal vez volvamos a vernos, señora…

–Fleming, capitán Jenner.

Cuando salió de la tienda, Andrea estaba tan nerviosa que no sabía qué hacer. Después de cerrar, se hizo un bocadillo y miró un rato la televisión para olvidarse de Rick Jenner, pero no sirvió de nada y decidió irse a la cama. Aunque tampoco eso la ayudó.

Después de una noche sin conciliar el sueño estaba destrozada, pero no iba a sentirse culpable por haberle dejado claro que no iba a salir con él. Su oficio era demasiado peligroso como para arriesgarse a conocerlo mejor.

Se alegró de tener muchos clientes porque de ese modo no podía pensar, pero a las siete en punto llevó a su madre a la puerta de la tienda.

–Si no te vas ahora mismo llegarás tarde a la fiesta de la iglesia y seguro que Rex Medors estará allí.

–Espero que sí, pero prométeme que irás mañana a casa. Hablaremos durante el desayuno.

–Mientras no hablemos del capitán Jenner… –Andrea le había hablado de aquel hombre tan atractivo y su madre entendía sus miedos–. Que lo pases bien.

Decidió cerrar a las ocho, pero cuando iba a activar la alarma un

figura alta entró en la tienda.

¡Rick Jenner!

Bajo la cazadora de aviador llevaba una camisa blanca y un pantalón gris y se le quedó la boca seca admirando las largas y poderosas piernas y las facciones masculinas bajo las luces navideñas. Era un hombre muy apuesto.

–Parece que he llegado justo a tiempo. Como ve, he decidido no esperar un mes para volver a verla.

Andrea estaba sin aliento.

–No debería haber venido. Ya le dije…

–Sí, lo sé. Pero me gustaría hacerle una pregunta: ¿ha salido con algún hombre desde que su marido murió?

–No, creo que es evidente.

–Yo tampoco he salido con otra mujer desde que murió Tina. Si quiere que sea sincero, señora Fleming, tampoco a mí me gusta la atracción que hay entre nosotros, pero ahí está y tal vez si viene a la fiesta conmigo se nos pasará.

Quizá se le pasaría a él, pero Andrea se conocía demasiado bien. Aquel hombre había llamado su atención y no podía dejar de pensar en él. Aunque era incapaz de pensar con esos ojos verdes clavados en ella.

–He llevado a Tessa a la fiesta porque Sharon tenía que visitar a su hermano. En esas circunstancias, no creo que estemos allí mucho tiempo.

–Lo siento, capitán Jenner, pero no creo que sea buena idea.

–La esperaré mientras se cambia de ropa.

–Pero le he dicho…

–Lo sé, lo sé, pero ¿qué hay de malo en pasar una hora juntos?

Debería negarse, pero en el último momento aceptó como una tonta.

–¿Habrá otros niños además de Tessa?

–Matt y Julie, los hijos de los anfitriones. ¿Por qué?

–Porque es Navidad y creo que debería llevarles un regalo.

–Ellos no esperan nada.

–Ya, pero no puedo ir con las manos vacías. Deme un minuto para elegir algo.

Con su mirada clavada en la espalda, Andrea tomó un par de vestiditos bávaros y un gorrito tirolés.

–Es demasiado generosa –comentó él mientras los envolvía en papel de regalo.

–La Navidad es para los niños, ellos son los que más la disfrutan.

Andrea corrió escaleras arriba y, después de cepillarse el pelo, se puso el traje rojo que había llevado al cuartel para que no pensara que se arreglaba especialmente para él.

Con el abrigo y el bolso en la mano, bajó a la tienda y echó el cierre. Rick la tomó del brazo mientras iban hacia su Toyota rojo.

–¿Ha tenido un día muy ajetreado?

–Sí. ¿Y usted?

–¿No deberíamos tutearnos? Mis amigos me llaman Rick.

–Muy bien, de acuerdo… Rick. ¿Cuántos incendios has apagado hoy?

–Solo cuatro.

Andrea sintió un escalofrío.

–¿Han encontrado al responsable del incendio en la galería?

–No, aún no. No es fácil identificar a un pirómano. El último provocó ciento cincuenta incendios antes de que lo detuvieran.

–¡Qué horror!

–Desde luego, pero no hablemos de trabajo esta noche.

No, mejor no. Lo que hacía para ganarse la vida la mantenía despierta por las noches.

Rick Jenner empezó a hablar del tiempo mientras iban a Duncan Circle, un barrio próximo al centro. Todas las casas de la zona tenían decoraciones navideñas, e incluso vio un belén casi de tamaño natural.

Rick detuvo el coche frente a una de ellas, donde ya había otros coches aparcados, y la ayudó a quitarse el abrigo mientras entraban. Los invitados se había congregado en el salón y, mientras le presentaba a Deanna y Benton James, dos niñas llegaron corriendo, con un niño más pequeño detrás.

–¡Papá! –Tessa lo abrazó.

–Hola, cariño.

–Ven al salón –le pidió la niña–. Estamos viendo una película.

–Iré enseguida. ¿Te acuerdas de Andrea, la señora de la tienda de regalos?

La niña asintió con la cabeza, sin mirarla.

–Hola, Tessa.

–Y estos son Julie y Matt, los hijos de Deanna y Benton.

–Encantada.

Andrea tenía el corazón encogido. Estaba claro que la hija de Rick no se alegraba de verla.

–Me alegra conocer a tus amigos, Tessa. ¿Lo estáis pasando bien?

Los otros niños asintieron, pero la hija de Rick seguía mirándola sin decir nada.

–He traído un regalo de Navidad para cada uno.

Los ojos de Julie brillaron de alegría.

–¿Tenemos que esperar hasta el día de Navidad para abrirlos?

–No, podéis abrirlos ahora mismo.

Los dos niños rasgaron el papel de regalo, pero Rick tuvo que animar a Tessa, que no parecía interesada. Julie gritó de alegría al ver el vestido y Matt se puso el gorrito tirolés en la cabeza mientras Deanna recogía del suelo el papel de regalo.

–Les has alegrado el día, Andrea. Gracias por ser tan generosa.

–Ya le he dicho que tenga cuidado o se quedará sin beneficios –bromeó Rick.

–Merece la pena –dijo ella.

–¿Habéis dado las gracias, niños? –les recordó Deanna.

–Gracias, Andrea –dijo Matt.

–Me gusta mucho mi vestido –Julie suspiró, encantada–. Es precioso.

Tessa se limitó a murmurar algo ininteligible, con el suyo colgando de una mano.

–¿Por qué no vais a la habitación a probaros esos vestidos tan bonitos? –sugirió Deanna.

–Vamos, Tessa –dijo Julie, corriendo por el pasillo.

Rick frunció el ceño cuando su hija la siguió a regañadientes.

–Lo siento. No sé qué le pasa a mi hija.

Andrea se había dado cuenta de que su aparición era una sorpresa desagradable para Tessa. No parecía gustarle ver a su padre con otra mujer.

–Creo que sigue disgustada por lo del muñeco.

Él se pasó una mano por el cuello.

–No puedo creer que se porte así.

–No pasa nada, no te preocupes.

Deanna los miraba, comprensiva.

–Se le pasará. Por cierto, tengo que decirte que ese traje es precioso. ¿Dónde lo has comprado?

–En Alemania.

–Ojalá hicieran cosas tan bonitas aquí. Claro que hay que tener tu figura para que quede bien.

–Gracias, Deanna.

–Yo estoy de acuerdo –dijo Benton.

–Vais a hacer que se ruborice –bromeó Rick–. Vamos, Andrea. Voy a presentarte a los demás.

Todos eran colegas de trabajo, incluso una atractiva pelirroja llamada Susie Anderson, que no apartaba los ojos de Rick.

Y Andrea lo entendía. Había conocido a muchos hombres guapos, pero Rick Jenner se llevaba la palma con su pelo oscuro y sus penetrantes ojos verdes. Gunter, rubio y de ojos azules, tenía un atractivo diferente.

Mientras Rick hablaba de los recientes incendios en la zona con Benton y los demás, Andrea se volvió hacia Susie, que parecía simpática.

–¿Desde cuándo trabajas en el departamento? –le preguntó.

–Ocho años.

–Imagino que todo el mundo te preguntará por qué te dedicas a algo tan peligroso.

La mujer sonrió.

–Vengo de una familia de bomberos. Mi abuelo, mi padre y todos mis hermanos lo son. Yo soy la más joven de cinco hijos y la única chica. Es el mundo que conozco y quería demostrarles que yo también podía hacerlo.

Andrea sonrió.

–Eres una heroína. A mí me daría pánico entrar en un edificio en llamas. De verdad, no sé cómo encuentras valor para hacerlo.

Susie se encogió de hombros.

–Te acostumbras. Yo me volvería loca trabajando detrás de un escritorio.

–Tampoco a mí me gustaría eso.

–Por supuesto, lo dejaría si encontrase al hombre de mi vida y formásemos una familia, pero hasta entonces… En fin, siento lo de tu marido, Andrea. No imagino nada peor que perder a un esposo de esa manera.

–Fue horrible, pero la vida sigue.

–Es cierto. Mi abuelo murió en un incendio y mi abuela tuvo que sacar adelante a sus hijos. Es mi ídolo.

Andrea suspiró. La conversación estaba deprimiéndola y, como si hubiera leído sus pensamientos, Rick se dirigió hacia ella con una bandeja de canapés. Pero los niños entraron en el salón en ese momento y Tessa se acercó a su padre, preciosa con su vestido

nuevo.

–¿No vienes a ver la película?

–Aún no, cariño.

Julie miró a Andrea.

–¡Es mi vestido favorito en el mundo entero!

–Estás preciosa. Y tú también, Tessa. Esos vestidos se llaman *dirndls*. Años atrás, todas las niñas de Alemania los usaban.

–¿Tú también tienes uno? –preguntó Julie.

–Sí, tengo varios. El primer regalo de mi marido fue un vestido muy parecido a ese.

–¿Tu marido es de Alemania?

–Sí.

–¿Y por qué no ha venido a la fiesta?

–Porque murió hace un año.

–Ah, entonces ahora está en el cielo –dijo la niña–. ¿Lo echas de menos?

Andrea tragó saliva.

–Mucho.

–Mi abuela también se murió y también está en el cielo –añadió Julie.

El silencio de Tessa sobre la muerte de su madre la entristeció. Tal vez aún no hubiera superado su pérdida.

–Tu vestido también es muy bonito –insistió Julie–. ¿Es de Alemania?

–Así es.

–¿Tú eres de Alemania?

–No, yo soy de aquí.

–Es la dueña de la tienda Hansel y Gretel –intervino Rick–. La que vende esos muñecos de madera tan bonitos y las cajas de música…

–¡Yo quiero ir!

–Pídele a tus padres que te lleven.

Cuanto más hablaba Julie, más se apretaba Tessa contra las piernas de su padre. Por suerte, Deanna se acercó en ese momento.

–Venid conmigo, niños. He puesto *Las navidades de Charlie Brown* en el DVD.

–Mi padre y yo ya la hemos visto –dijo Tessa.

–Entonces, veremos una de Rudolph. Tenemos muchos vídeos navideños.

–Pero…

–Nada de peros –la interrumpió su padre–. Es una fiesta y Andrea tiene que hablar con todo el mundo.

Tessa observó a su padre con lágrimas en los ojos.

–¿Pero irás luego a ver la película con nosotros? Me lo has prometido.

–Iré dentro de un rato, cariño.

Cuando los niños se fueron, Andrea se volvió hacia Rick.

–Creo que es el momento de irme. Mi padre está en Providence y esperaba verme esta noche. ¿Te importa despedirme de todos? Si Tessa no ve que me voy, mejor. Imagino que sabes a qué me refiero.

–Sí, claro –asintió él–. Voy a buscar tu abrigo. Deanna se encargará de Tessa hasta que vuelva.

–Puedo tomar un taxi…

–No, de eso nada –la interrumpió él–. Yo te he traído aquí y yo te llevaré a casa.

–Espero que a tus amigos no les parezca una antipática por marcharme así.

–No, claro que no. Deanna ha visto cómo se portaba mi hija y lo entenderá perfectamente. No te preocupes.

–No quiero que tu hija sufra por mí.

–Lo sé –murmuró él, turbado–. Hasta esta noche no sabía que podía portarse así y precisamente contigo. Lo siento, Andrea.

–No, por favor. La pobre está acostumbrada a tenerte solo para ella y mi presencia aquí la hace creer que ese lazo está en peligro. Lo comprendo.

Como primera cita había sido un desastre, pero había servido como recordatorio de por qué una relación con Rick no podría llegar a ningún sitio.

Mientras la ayudaba a ponerse el abrigo, Andrea notó que apretaba su brazo y sintió un escalofrío.

–No mires, pero hay una rama de muérdago sobre la puerta y ya sabes que todo vale… –empezó a decir mientras buscaba sus labios, pillándola por sorpresa.

–Rick…

Sus ojos brillaban como brasas bajo las luces navideñas.

–Llevo queriendo hacer esto desde que llegamos aquí y me niego a pedir disculpas.

Después de decir eso salieron de la casa y fueron hasta el coche sin decir una palabra.

Con el pulso acelerado, Rick condujo rápidamente, pero con

pericia, hasta la tienda y aparcó en el callejón. Luego, sin abrir la boca, salió del coche y dio la vuelta para abrirle la puerta.

–Quiero entrar contigo.

El corazón de Andrea latía violentamente.

–No, en serio…

–No es lo que piensas. Benton tiene una teoría sobre el pirómano. Según él, ese lunático podría incendiar otro local en esta calle y yo estoy de acuerdo con él. Quiero entrar para inspeccionar el local.

–¿Arriba también?

–Esa es la parte que tengo que inspeccionar. El incendio en la galería de arte empezó en el tercer piso. ¿Tu padre está aquí?

–No, aún no o su coche estaría aparcado en el callejón.

Andrea sentía cierta angustia mientras entraban en la tienda. Había pensado que iba a despedirse de Rick Jenner en la fiesta, pero estaba invadiendo su espacio privado.

–Ese inventario de cosas de madera atraería a cualquier pirómano –murmuró él–. Sé que te he alarmado, pero es mejor estar alerta. No tardaré mucho, no te preocupes.

–Tengo un buen sistema de alarma y lo revisaron en octubre.

–Me alegro, aunque los pirómanos saben desactivar cualquier alarma. La policía está patrullando esta zona, especialmente por la noche, así que deberías sentirte segura.

–¿Por qué hay gente que provoca incendios? No lo entiendo.

Rick se encogió de hombros.

–En algunos casos lo hacen para ocultar la prueba de un delito o para vengarse de alguien. Tengo la sensación de que a este le gusta provocar incendios por diversión o porque busca notoriedad.

–Qué horror.

Andrea subió a su apartamento a toda prisa. Había estado tan ocupada que no había tenido tiempo de ordenarlo y, después de colgar el abrigo, corrió a la cocina para meter los platos en el lavavajillas. Cuando terminó, fue a su dormitorio para hacer la cama. Rick iba a pensar que era un desastre…

Cuando estaba estirando la colcha, él entró en la habitación. Lo vio mirar la cama y luego la fotografía de Gunter sobre la mesilla. Sin duda, él tendría una de su mujer en el mismo sitio, pensó.

Primero inspeccionó el cuarto de baño y luego se acercó a la ventana del dormitorio, que cerró antes de volverse hacia ella.

–La escalera de incendios da a la calle principal y un intruso no

se arriesgaría a que lo vieran.

–Ah, vaya, qué tranquilizador.

–Pero, como precaución, deberías poner cerrojos en las ventanas. Así sería más difícil para un posible intruso y tú tendrías tiempo de escapar si alguien quisiera entrar. ¿Qué usas como protección personal?

–Llevo un aerosol de pimienta en el llavero y tengo otro contra osos en el cajón de la mesilla.

–¿Un aerosol contra osos?

–Cosas de mi padre.

–¿Tienes una pistola?

–¡No!

Sin hacer más preguntas, Rick se dirigió al salón.

–Tienes un apartamento precioso, muy moderno. En un edificio tan viejo como este es una sorpresa.

–Antes de casarme vivía con mi madre. Gunter y yo pensábamos comprar una casa, pero murió antes de que pudiésemos hacerlo y el loft me pareció el sitio perfecto porque estaba encima de la tienda.

–Si no fuera por Tessa, yo habría vendido mi casa para librarme de los recuerdos, pero otro cambio habría sido desastroso en ese momento.

–Sí, claro. Tessa no quiere más cambios.

–¿Qué quieres decir?

–Le gusté poco el otro día y le gusto menos desde que me ha visto contigo en casa de Benton y Deanna.

Rick apretó los labios.

–No saques conclusiones, Andrea. Los niños son muy particulares.

–Tu hija no quiere compartirte con nadie y lo entiendo.

Él respiró profundamente.

–Tiene que compartirme todos los días cuando me voy a trabajar. Entre el cariño de sus abuelos, de Sharon, de mis colegas y sus amigos del colegio está aprendiendo a adaptarse.

–Eso no es lo mismo y tú lo sabes. Cuando me vio contigo se cerró en banda. Siente celos al verte con otra mujer y yo no quiero ser esa mujer.

–Es una fase. Se le pasará.

–A veces esas fases duran años.

Rick la miró en silencio durante unos segundos.

–Hay algo más, ¿verdad?

–¿La reacción de Tessa no te hace pensar que esto sería un desastre? Tu hija te necesita.

–No has respondido a mi pregunta. Sé que te sientes atraída por mí, pero haces todo lo posible para fingir que no es así. ¿Por qué?

–Mira, te agradezco que inspecciones mi apartamento, pero si has terminado deberías volver con tu hija. Así no temerá haberte perdido.

Rick dio un paso adelante.

–Tomaré en consideración el consejo, pero antes quiero que me digas la verdad. Hazme ese favor y te juro que no volveré a molestarte.

Andrea no podía mirarlo.

–Esta noche tu hija lo ha pasado mal y eso me ha convencido del todo. No estoy interesada en tener una relación contigo, lo siento.

Rick la tomó del brazo.

–Estás mintiendo o no habrías ido a la fiesta conmigo.

–Eso no…

–Y puedo demostrarlo.

Antes de que Andrea pudiese hacer nada, Rick inclinó la cabeza para apoderarse de su boca y, a pesar de sí misma, ella le devolvió el beso. Sin poder evitarlo, abrió la boca para recibir la seductora presión de los labios de Rick Jenner.

Tenía razón, aquello era lo que estaba esperando y un gemido de puro placer escapó de su garganta. Un segundo después, él la aplastaba contra su pecho hasta que no quedó espacio entre los dos. Se sentía como enfebrecida y el beso se convirtió en otro y en otro hasta que perdió la cuenta. Rick era insaciable y también ella. Era increíble cuánto deseaba que aquello no terminase nunca.

–No sabía que hubiera una mujer como tú. En cuestión de días has puesto mi mundo patas arriba… Dame una oportunidad de amarte.

De no haber sonado un timbre en ese momento, Andrea no sabía cómo habría terminado la noche, pero lo que de verdad la asustaba era que esos minutos entre sus brazos eran la vida para ella.

Capítulo 4

Rick sabía que no había imaginado el sonido del timbre y, a regañadientes, se apartó.

–¿Tu padre?

Los dos estaban sin aliento.

–Supongo que sí.

–¿A estas horas?

–Mi padre aparece cuando le conviene, él es así.

El timbre sonó de nuevo.

–Será mejor que abras.

–Lo sé, pero antes tengo que… arreglarme un poco.

Rick estudió sus facciones. Tenía los labios hinchados y su incipiente barba había dejado una marca en su piel.

En resumen, estaba preciosa.

–¿Quieres que baje a abrir mientras tú… reparas los daños?

Andrea se puso colorada.

–Si no te importa…

–No, al contrario.

Con el corazón latiendo como no lo había hecho en mucho tiempo, Rick bajó al primer piso y abrió la puerta. Decir que el padre de Andrea se quedó sorprendido al verlo era decir poco. El hombre lo miró de arriba abajo con unos ojos azules que le recordaban a los de su hija.

–¿Quién es usted? –le espetó, demasiado territorial para ser el padre de una mujer adulta.

–Soy el capitán Jenner, del servicio de bomberos. Y supongo que usted es el señor Bernard.

–Sí, claro.

–Su hija bajará enseguida.

Rick cerró la puerta mientras el hombre miraba alrededor.

–Huele a humo.

–Hubo un incendio en la galería de arte la otra noche.

–Ah.

–He venido a decirle a su hija que la policía estará patrullando

por la zona. El incendio fue obra de un pirómano y debe tener cuidado cuando esté sola.

–Nunca me ha gustado que viviese encima de la tienda, pero no me hace ningún caso. La madre de Andrea permite que sea demasiado independiente.

Rick intentó disimular una mueca mientras escuchaban pasos en la escalera.

–Hola, papá. Mamá me dijo que vendrías.

Andrea se había puesto unos vaqueros y una camiseta que llenaba a la perfección, pero sospechaba que no quería que su padre supiera nada de lo que había pasado entre ellos.

–Ya conoces al capitán Jenner –le dijo, dándole un beso–. Está inspeccionando los edificios de la zona, pero ya se iba.

–Encantado de conocerlo, señor Bernard.

–Le agradezco mucho que cuide de mi hija. Le he dicho mil veces que no debería vivir aquí sola… ¿le ha contado que tiene un spray de pimienta?

–Sí.

–Es bueno, deja ciego al atacante.

Rick miró a Andrea.

–Pon cerrojos en las ventanas.

–Sí, ya.

–Buenas noches a los dos.

Después de despedirse prematuramente de Andrea, cuya respuesta lo había excitado como nunca, Rick tuvo que hacer un esfuerzo monumental para controlarse, pero no podía dejar de pensar en ella.

Mientras volvía a la fiesta tuvo tiempo de preguntarse por la relación con su padre. Andrea era una persona muy cariñosa, pero parecía controlar sus emociones con él. Tal vez aún no hubiera superado el divorcio de sus padres o quizá no lo hubiera perdonado.

Había muchas cosas que no sabía de ella, pero pensaba descubrirlas. Y algo había quedado perfectamente claro: cuando sonó el timbre, Andrea no quería despedirse de él. Su deseo había sido tan explosivo como el suyo. Los dos habían experimentado un momento de éxtasis, por mucho que ella quisiera disimularlo.

Pero tenía razón sobre su hija. Tessa había sentido celos de Andrea y Rick decidió seguir su consejo y llevársela a casa. Habría otras noches para dormir en casa de sus amiguitos.

Siendo como era una buena amiga, Deanna no le hizo preguntas

sobre la repentina marcha de Andrea y él se lo agradeció. Mientras se despedía de sus colegas, comprobó que Susie ya se había ido.

Se alegraba de que lo hubiera visto con Andrea, de ese modo terminarían las especulaciones de que estuviera interesado en una relación con ella. Susie era una chica estupenda, pero no era la mujer para él.

Antes de marcharse buscó a Benton, que estaba en la cocina hablando por teléfono, y que le hizo un gesto para que esperase.

–Al parecer, nuestro pirómano sigue cierto patrón –le dijo Benton después de cortar la comunicación–. Una de mis fuentes cree que podría tratarse de alguien del departamento. Es demasiado hábil… Esos fuegos han sido provocados por un bombero.

Rick apretó los dientes. Tener que sospechar de sus compañeros le rompía el corazón.

–Qué desastre.

–No sería la primera vez que encontramos una manzana podrida.

–No, ya lo sé.

–Si es cierto, esto podría ser una venganza. Mis chicos están estudiando todos los expedientes para intentar averiguar quién puede tener algo contra el departamento o contra alguien en particular.

–Yo conozco a uno que me odia, pero llevamos un año sin vernos.

–¿Quién es?

–Chase Hayward. Cuanto tengamos más tiempo te hablaré sobre él.

Benton frunció el ceño.

–Podría ser una pista, pero si se te ocurre otro nombre, dímelo.

–Cuenta con ello y gracias por la fiesta. Siento que Andrea haya tenido que irse tan rápido. Su padre ha venido a Providence a verla y tenía que irse a casa.

–No importa. Mientras no te haya estropeado a ti la noche…

–No, no, solo complica las cosas un poco –dijo Rick. El beso lo había dejado sin aliento, pero eso era algo que no iba a contarle a su amigo–. Hablaremos mañana.

Tessa se había quedado dormida en el sofá, pero despertó con una sonrisa mientras le ponía el anorak y volvió a quedarse dormida en cuanto la metió en el coche.

Mientras conducía, no dejaba de pensar en Andrea. Una lástima

que su padre hubiera aparecido precisamente en ese momento. Un beso no era suficiente.

Le parecía imposible, pero su vida parecía tener un nuevo propósito, una nueva ilusión. Y le gustase o no, Andrea Fleming era responsable de esa metamorfosis.

Por la mañana, Tessa entró corriendo en su habitación para abrazarlo, pero sus primeras palabras le amargaron el día:

–No me gusta que salgas con Andrea.

Sorprendido, Rick se incorporó.

–¿Por qué?

–Porque no me gusta –respondió Tessa, con voz trémula.

–¿Puedes decirme por qué?

–Julie dice que podría ser mi nueva mamá y yo no quiero una mamá nueva.

Después de decir eso, la niña enterró la cara en su pecho y se puso a llorar.

Rick la meció entre sus brazos. ¿Qué podía decir para consolar a una niña a la que quería más que a su propia vida? Durante el último año se había dicho a sí mismo que no quería otra mujer en su vida, pero no había contado con que apareciese Andrea.

Y no quería dejar de verla. No sabía dónde iba su relación, tal vez a ningún sitio, pero algo le decía que era una persona especial.

–Andrea solo es una amiga, cariño. Y está muy triste.

Tessa levantó la cabeza.

–¿Por qué?

–Porque hace un año su marido murió en un accidente.

–¿Y ahora está en el cielo, como mamá?

–Eso es.

Tessa se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

–Seguro que llora mucho.

–Seguro que sí.

La niña tocó su cara, recordándole que debería afeitarse.

–Tú antes llorabas también.

Rick tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

–Todos lloramos a veces para desahogarnos.

–¿Y ahora estás mejor? –le preguntó Tessa.

–Mejor que antes, sí.

–Yo también.

–Entonces, vamos a desayunar y luego haremos un muñeco de nieve en el jardín.

–¡Sí!

Por la ventana podía ver la nieve que había caído por la noche. No mucha, pero sí la suficiente como para cubrirlo todo con un precioso manto blanco.

–Haré tortitas con forma de Mickey Mouse, ¿qué te parece?

–¿Con sirope de caramelo?

–Por supuesto.

Media hora después, ya duchados y vestidos, estaban terminando las tortitas cuando sonó su móvil. Y al ver que era el jefe del batallón, Rick frunció el ceño.

–Hola, Rob, ¿qué ocurre?

–Sé que es tu día libre, pero necesitamos ayuda.

–¿Qué pasa?

–Hace un momento ha habido una explosión en un almacén de muebles del centro y estamos pidiendo ayuda a todos los cuarteles de la ciudad.

–No digas más, llegaré en cuanto pueda –Rick cortó la comunicación haciendo una mueca–. Lo siento, cariño, pero tengo que irme, es una emergencia. Ve a decírselo a Sharon.

–¿Quieres más huevos revueltos, papá?

–No, gracias, pero me vendría bien otra taza de café.

Su padre, que había dormido en el sofá, había abierto su regalo de Navidad antes de la fecha porque ese día estaría cazando, como era su costumbre.

Mientras él encendía la televisión para ver el informe del tiempo, Andrea entró en su habitación para llamar a su madre y se alegró al saber que iba a cenar con Rex esa noche.

–Ayer estuve con Rick, pero no puedo seguir hablando ahora mismo. Te llamaré cuando se haya ido papá.

–Muy bien. Estoy deseando que me lo cuentes.

Cuando salió de la habitación, su padre estaba viendo las noticias.

–«… estamos en el centro de Providence, donde se ha declarado un incendio en un almacén de muebles. Han tenido que acudir bomberos de toda la ciudad…»

Su padre lanzó un silbido.

–No me gustaría nada ser el bombero que conocí anoche.

Andrea ya estaba temblando por Rick. Aquel era su día libre, pero para apagar un incendio de tal magnitud tendrían que acudir todos los bomberos de la ciudad y estaba segura de que no se quedaría en la cama en una situación así.

–«… los recientes incendios en la zona centro de la ciudad parecen indicar que es obra de un pirómano…»

Andrea recordó lo que Rick había dicho: «tengo la sensación de que le gusta provocar incendios por diversión o porque busca notoriedad».

Cuando su padre apagó la televisión deseó que no lo hubiera hecho, porque no podía pensar en otra cosa.

–Será mejor que vuelva a casa para arreglar las cosas con Monica.

–¿Qué ha pasado?

–Cuando me casé con ella le dije que no quería saber nada de sus hijos, pero Monica no lo acepta.

Andrea tuvo que morderse la lengua. Su padre apenas fue capaz de lidiar con la única hija que había tenido, de modo que hacerlo con los hijos de otra mujer era impensable. Menudo golpe para su madre descubrir quién era el hombre con el que se había casado.

La diferencia entre él y alguien como Rick Jenner, que adoraba a su hija y le dedicaba todo su tiempo, era asombrosa.

Andrea lo acompañó a la puerta sin decir nada.

–Me alegro de haberte visto.

Su padre la abrazó después de darle su regalo de Navidad: otro aerosol contra osos.

Siempre había sido un tacaño a menos que se tratase de comprar un nuevo rifle o munición, de modo que Andrea le dio las gracias sin hacer comentarios.

–La ciudad está bonita bajo la nieve, pero yo preferiría estar en Alaska, cazando.

Sí, claro. Eso era lo único que le interesaba, como siempre.

–Conduce con cuidado.

En cuanto desapareció, Andrea subió a su habitación para buscar sus cosas y volvió a bajar para subir al coche. Una vez en la calle podía ver la columna de humo del incendio y se puso enferma al escuchar las noticias. Sin pensarlo dos veces, se dirigió al cuartel de bomberos. Si veía allí el Toyota rojo de Rick sabría que lo habían llamado para ayudar…

Y cuando lo vio, aparcado entre otros coches, empezó a sudar. Pero tal vez estuviera en el cuartel. Tenía que averiguarlo.

Desafortunadamente, enseguida descubrió que el capitán Jenner había sido llamado para ayudar en las labores de extinción.

Era demasiado tarde para pensar que alguno de los bomberos que estaba de guardia le diría que había pasado por allí y, además, le daba igual.

Y ella jurando que no estaba interesada en una relación… No lo estaba, pero un incendio de tal magnitud le producía pánico.

Pensó entonces en Tessa. La posibilidad de que su padre no volviese a casa era demasiado horrible y, sin saber qué hacer, llamó a su madre de nuevo.

–¿Has visto las noticias sobre el incendio?

–Estoy viendo la televisión y pensando en el capitán Jenner.

–Yo estaba desayunando con papá cuando me he enterado.

–¿Dónde está él ahora?

–Ha vuelto a casa para hablar con Monica –respondió Andrea–. Iré a la tienda más tarde, ahora tengo que hacer una cosa.

–Muy bien, cariño.

Andrea fue a la ferretería y cuando salió el humo en el cielo no era tan negro como antes. Le gustaría ir al lugar del incendio, pero no quería pensar en ello, de modo que se dirigió a la tienda.

Mientras, sin poder evitarlo, escuchaba las noticias con el corazón encogido, se dedicó a poner los cerrojos en las ventanas. El incendio estaba casi controlado, pero había varios bomberos heridos y uno de ellos había muerto de camino al hospital, pero todavía no habían dado los nombres.

Andrea dejó escapar un gemido de angustia. Podría ser Rick o alguno de los compañeros que estaban en la fiesta…

No podría respirar tranquila hasta que lo supiera y, sin dudarlo, se dirigió al hospital. Cuando le dijeron que Rick Jenner estaba allí pensó que su corazón iba a saltar de su pecho y por fin, después de mucho suplicar, logró que la dejasen entrar a verlo.

Andrea dejó escapar un suspiro de alivio al verlo sentado en la cama, con una mascarilla de oxígeno. No parecía estar herido y cuando la vio entrar de repente sus ojos parecieron más verdes. Rodeándolo había varios bomberos que apestaban a humo, entre ellos Arney y José, que la reconocieron de la fiesta.

–Hola, Andrea –la saludaron a la vez–. Qué alegría verte. ¿Cómo es posible que el jefe tenga tanta suerte?

Ella sonrió.

–Debo decir que anoche estabais más presentables –bromeó.

–Sí, bueno, ahora estás viendo cómo somos de verdad.

–Que alguien me la presente –dijo otro bombero al que no conocía.

–Te presento a Chase Hayward. Andrea es la propietaria de la tienda de regalos Hansel y Gretel.

–¿Ah, sí? Pues entonces tendré que pasar por allí.

Ella esperaba que no lo hiciera. No le gustaba nada su actitud.

–Chase ha venido de otro cuartel para ayudar –le explicó Arney.

El médico entró en ese momento para examinar a Rick, evitando que el hombre siguiera hablando, y Andrea se alegró. Algo en su actitud la molestaba.

–¿Puede volver al cuartel con nosotros, doctor? –le preguntó José.

–No puedo darle el alta todavía y, en cualquier caso, mañana no podrá ir a trabajar. Por el momento, necesita descanso. Sigan mi consejo y hagan lo mismo.

Ellos no parecían muy contentos, pero Andrea estaba de acuerdo.

Cuando el médico se marchó, Rick se quitó la mascarilla para mirarla a los ojos.

–Bueno, chicos, ya podéis marcharos.

Su voz sonaba más ronca de lo habitual, pero parecía estar bien y Andrea rezó en silencio para dar las gracias.

–Nos vamos, sí.

Arney sonrió mientras le daba una palmadita en el hombro. De una forma o de otra, todos le hicieron un gesto de cariño antes de irse.

Esa camaradería revelaba que eran una familia unida de la que ella no formaba parte. Aquella era la vida de Rick, su mundo, en el que se sentía feliz. Un mundo en el que ella se sentía excluida.

Chase, el único que no había hecho ningún gesto cariñoso, fue el último en salir. Y no miraba a Rick sino a ella, de una forma que la hizo sentir incómoda.

–Estaremos en contacto –le dijo.

Andrea estuvo a punto de decir: «No, por favor», pero se contuvo.

Cuando se quedó a solas con Rick insistió en que volviera a tumbarse, pero él no le hizo caso. Tal vez estuviera equivocada,

pero algo en ese bombero parecía haberlo puesto tenso.

–¿Cómo sabías que estaba aquí?

–No lo sé, una corazonada.

–Pensé que no querías saber nada de mí –dijo Rick, sin poder disimular su satisfacción.

–Sí, bueno, es que hablaban del incendio en todos los canales…

–Pero tú sabías que era mi día libre.

–Sí, pero era un incendio tan grande que pensé que habrían llamado a todos los bomberos de la ciudad. Además, pasé por el cuartel y vi tu Toyota aparcado allí.

–¿Fuiste al cuartel? –repitió él, con un brillo de alegría en los ojos.

–Me asusté cuando dijeron que había varios heridos y que uno de los bomberos había muerto.

Rick asintió con la cabeza.

–Padre de cuatro hijos, además.

–Qué horror –a Andrea le temblaba la voz–. Gracias a Dios no has sido tú. La pobre Tessa…

–No pienso morirme si puedo evitarlo.

–Sí, claro.

–Y ya que estás aquí, ¿te importaría llevarme al cuartel cuando me den el alta?

–Te llevaré a tu casa, no al cuartel –respondió ella, sin dudar–. Órdenes del médico. Ya iremos a buscar tu coche más tarde. Y no sigas hablando, descansa un poco. Si me das tu número de teléfono le diré a Sharon que llegarás a casa en un par de horas.

–Muy bien, de acuerdo –asintió él, sin dejar de mirarla a los ojos.

El médico había dicho que tenía la tensión un poco alta, pero no era por la inhalación de humo sino por la presencia de Andrea. Después de pensar que nunca volvería a verla, la sorpresa de verla allí había hecho estragos con sus órganos vitales. No tenía nada que ver con el incendio.

Muchas cosas podían pasar en veinticuatro horas y él pensaba usarlas sabiamente.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Andrea, nerviosa, cuando por fin le dieron el alta.

–Sí, perfectamente.

–No es verdad.

Rick miró su perfil mientras conducía.

–Siento mucho que la muerte de uno de mis colegas te alarmase. Imagino que fue un recordatorio de lo que le pasó a tu marido y lo siento.

–En fin, la vida es así.

–¿Qué has hecho después de que se fuera tu padre?

–Aparte de preocuparme por ti, comprar unos cerrojos y ponerlos en las ventanas como me dijiste.

–Me alegro de que hayas seguido mi consejo.

–Si evitan que entre el intruso, te estaré eternamente agradecida –dijo ella–. ¿El incendio en el almacén también ha sido provocado?

–Benton cree que sí, pero aún no han encontrado pruebas.

–¿Cuál es tu opinión?

–Creo que este pirómano se lo está pasando en grande.

–Háblame de tu compañero, el que ha muerto. ¿Qué edad tienen sus hijos?

–Tenía dos hijos adolescentes y dos que ya están en la universidad –respondió Rick, viendo que Andrea intentaba contener la emoción–. Ser bombero es como alistarse en el ejército, todos conocemos los riesgos.

–Sí, claro.

–¿Tu padre estará en la ciudad mucho tiempo? –le preguntó, para cambiar de tema.

–Viene dos o tres veces al año, pero siempre de paso. No se queda más que un día.

–Es evidente que te llevas mejor con tu madre.

–Desde luego –asintió Andrea–. Mi padre nunca ha sido un hombre muy familiar.

–Pues él se lo pierde, pero me dijo que no le gustaba que vivieras sola.

–Porque el loft es pequeño y no tengo una habitación para él.

–¿Es por eso?

–Odia dormir en el sofá –respondió Andrea, deteniendo el coche frente a la casa que él le indicó–. ¿Qué planes tienes para el resto del día? –quiso saber.

Rick no pudo responder porque Tessa salió corriendo a recibirlo.

–¡Papá! –exclamó, lanzándose sobre él.

–Hola, cariño.

La niña miró a Andrea con cara de pocos amigos.

–Tu papá necesitaba que alguien lo trajese a casa porque tenía muchas ganas de verte, pero yo me marcho.

Tessa miró a su padre de nuevo.

–Sharon me ha dicho que has respirado mucho humo, pero yo voy a cuidar de ti porque mamá me dijo que lo hiciera.

La dulzura de su hija hizo que se le encogiera el corazón.

–Tú siempre cuidas muy bien de mí, cariño.

–Bueno, me voy –se despidió Andrea cuando Rick salió del coche.

Y, sin saber qué hacer, Rick la dejó ir, pero había visto un brillo de lágrimas en sus ojos azules.

–Sharon dice que tienes que darte una ducha y meterte en la cama –empezó a decir Tessa, tirando de él hacia la casa.

–Nos alegramos de que hayas vuelto sano y salvo –dijo la mujer.

–Yo también, Sharon, yo también.

Rick estaba tan adormilado por la medicación que apenas tenía fuerzas para llegar al dormitorio. Cayó sobre la cama y se quedó profundamente dormido hasta que la sed lo despertó, pero cuando abrió los ojos descubrió que eran más de las nueve. Esa era la hora a la que había llegado a casa el día anterior, de modo que había dormido doce horas.

Se dio la vuelta, respirando profundamente para ver si sus pulmones funcionaban. Todo parecía estar bien, pero una vez de pie seguía sintiéndose débil. Le hacía falta un buen desayuno, de modo que fue a la cocina en camiseta y pantalón de chándal, esperando ver a Sharon y Tessa, pero no estaban allí. Había, sin embargo, una nota en la nevera.

Nancy se ha llevado a Tessa para que tú pudieras dormir. Yo volveré dentro de un rato, voy al supermercado. Tus compañeros han traído tu coche, así que no te preocupes por nada y descansa.

Rick tomó un vaso de leche, un plátano y unos huevos revueltos antes de comprobar los mensajes. Había media docena, pero por supuesto ninguno de Andrea. Aunque no tenía el número de su móvil, le había dado el de su casa para que pudiese hablar con Sharon, pero en el fijo tampoco había mensaje alguno.

Rick recordó las lágrimas en sus ojos mientras se alejaba en el coche; estaba claro que no quería hacer nada que disgustase a su hija y, aunque lo emocionaba su sensibilidad, no quería que se distanciase. Tenía que encontrar la manera de hacer que Tessa y ella se llevasen bien.

Mientras iba a su habitación oyó la música de la banda de gnomos que había colocado bajo el árbol de Navidad y frunció el ceño. Qué raro. No recordaba haberla oído mientras iba a la cocina…

Sorprendido, iba a entrar en el salón cuando chocó con un fabuloso cuerpo femenino en vaqueros y con un jersey de color melocotón.

Andrea. En su casa. Sharon debía de haberla dejado entrar.

–Me había parecido oír ruido en la cocina.

–Necesitaba comer algo. ¿Qué haces aquí?

Ella se mordió los labios.

–No quería darte un susto. He puesto la banda de gnomos para avisarte de mi presencia.

Rick la tomó por la cintura.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–No mucho, Sharon se marchó hace unos minutos.

–Qué sorpresa tan agradable –murmuró él, con voz ronca.

Tal vez estuviera soñando, pero lo único que sabía era que tenía que besarla de nuevo. Había estado deseándolo desde la otra noche.

–No, Rick –le suplicó ella–. No he venido para eso.

Pero era demasiado tarde. Él la apretó contra la pared del pasillo para devorar su boca y lo más milagroso fue que ella le diera permiso.

Entre el floral aroma de su pelo y el calor de su precioso cuerpo, Rick se sentía transportado. Se olvidó de todo mientras acariciaba su espalda y su pelo. Estar así con ella lo hacía sentir joven, lleno de vida otra vez. Y el temblor de su cuerpo le decía que Andrea también estaba disfrutando.

–Me estás torturando.

–No lo hago a propósito –susurró ella, sobre su cuello.

–Sí lo haces. ¿Tú sabes lo preciosa que eres? ¿Cuánto me excitas? –Rick la besó de nuevo–. Desde que te vi al otro lado del escaparate he tenido que luchar contra lo que siento por ti, pero te deseo, no puedo evitarlo.

–Lo sé –admitió ella–. Nunca pensé que volvería a sentir esto y no lo quería… sigo sin quererlo –por fin, Andrea se apartó de sus brazos–. He venido para ver si estabas bien. ¿Cómo te encuentras?

¿Podía hacerle esa pregunta después del beso?

–Ojalá despertase cada mañana sintiéndome así de bien.

Andrea se puso colorada.

–Me alegro.

–Necesito ducharme y afeitarme. Prométeme que no te irás o tendrás que soportar a un bombero con una barba insoportable.

Ella lo miró, traviesa.

–No me importa la barba.

–¿Por qué milagro estás aquí?

–Llamé para ver cómo estabas y Sharon me dijo que seguías durmiendo y que Tessa estaba en casa de su abuela. Cuando le pregunté si podía hacer algo, me dijo que podía quedarme contigo mientras ella iba al supermercado.

–Qué bien.

–Como prometí quedarme hasta que ella volviera, te doy mi palabra de que no me marcharé, pero después de ducharte tienes que meterte en la cama. Órdenes del médico.

Rick esbozó una sonrisa.

–Sí, enfermera –murmuró, robándole un beso antes de desaparecer por el pasillo.

Aun sabiendo que ella lo esperaría, decidió darse la ducha más rápida de la historia.

Capítulo 5

Rick estaba recuperándose de una inhalación de humo, pero por cómo la había besado en el pasillo no parecía tener ningún problema en los pulmones.

Mientras se sentaba en el sofá, Andrea tuvo que reconocer que era irresistible y estar a solas con él podría ser desastroso. Pero, con un poco de suerte, Sharon volvería pronto.

Rick parecía tener tanto poder sobre ella que cuando estaba a su lado no podía pensar con claridad. En el fondo, había sabido desde el principio que podía convertirse en una adicción y la única manera de romperla era con fuerza de voluntad.

–¿Andrea?

Ella se levantó para salir al pasillo.

–¿Sí?

–Estoy esperando. Es la última puerta a la izquierda.

Como le había dicho que debería tumbarse y descansar, no podía negarse a entrar en la habitación, pero se le encogió el estómago al verlo recién duchado y afeitado sobre la cama, con un pantalón de chándal y una camiseta. Estaba guapísimo fuera cual fuera su condición física.

–¿Por qué has tardado tanto? –bromeó él, con esa voz ronca que la hacía sentir escalofríos–. Ven, siéntate a mi lado.

Como no había ninguna silla, Andrea decidió sentarse a los pies de la cama, pero esa media sonrisa hacía que su corazón se acelerase. Aquel hombre podría llevarla donde quisiera y eso era un peligro.

–¿Quieres beber algo?

–No tengo hambre ni sed, lo que quiero es hablar contigo. Sin Tessa, este es el momento perfecto para aclarar las cosas entre nosotros.

Andrea llevó oxígeno a sus pulmones.

–Estoy de acuerdo… ¿pero no te duele la garganta?

–No, ya no. Doce horas de sueño me han dejado como nuevo y encontrarte aquí me ha alegrado el día.

«Encontrarte vivo ayer me alegró la vida».

–Tengo que hacerte una confesión: cuando volvía de Barrow's Cove compré un libro para Tessa. Iba a enviárselo, pero todo ha cambiado desde entonces y he pensado que podrías ponerlo bajo el árbol y decirle que es de Santa Claus. Está en mi bolso, en el salón.

Rick se inclinó hacia delante con expresión preocupada.

–Eres un cielo con mi hija. Siento haber sido tan antipático contigo al principio.

–Nunca has sido antipático conmigo. Un poco serio, pero lo entiendo. No debería haber dicho nada sobre el muñeco sin saber cuáles eran tus intenciones.

–Eres una persona muy generosa, pero debes saber que he decidido no andar de puntillas con Tessa en lo que a ti respecta. Y tú tampoco deberías hacerlo, porque pienso seguir viéndote. Ayer le dije que eras mi amiga y eso le dio mucho que pensar.

Andrea se levantó, asustada.

–No podemos ser amigos. Eso no funcionaría.

–¿Por qué no?

–Tú sabes por qué.

–¿Por Tessa?

–En parte, sí.

Rick se levantó de la cama y, de repente, el dormitorio pareció demasiado pequeño.

–¿Cuál es la otra parte?

–No quiero tener una relación, Rick. No estoy preparada. Yo… no puedo darte lo que quieres y tú no puedes satisfacer mis necesidades. Es mejor que nos separemos como amigos.

Él la miró muy serio.

–¿Cómo puedes ser tan fría cuando hace unos minutos estábamos comunicándonos en la más elemental de las maneras? Tú no querías parar y yo tampoco.

Ella levantó la barbilla.

–Eso se llama atracción sexual, pero hace falta algo más para que una relación dure para siempre.

–Los dos hemos aprendido una lección brutal sobre las expectativas, Andrea, pero entre nosotros se ha encendido un fuego y no va a apagarse de repente.

–Lo hará si no volvemos a vernos –respondió ella.

–¿Crees que sería tan fácil? Yo lucho contra fuegos todos los días y algunos son imparables. Eso es lo que nos pasa a nosotros.

Andrea sacudió la cabeza.

–No creo que no podamos apagarlo si ponemos todo de nuestra parte para que así sea. Conocí a esa compañera tuya tan atractiva, Susie, en la fiesta. Deanna me dijo que es soltera y durante el tiempo que estuvimos allí noté que no dejaba de mirarte. Una relación con una mujer como ella sería lo mejor para ti, Rick.

Él apretó los labios.

–¿Qué quieres decir?

–Que los dos tenéis la misma profesión y os entendéis mejor que nadie. Tu profesión es lo que haces y lo que eres.

–Si estuviera interesado en Susie no te habría llevado a la fiesta.

–Lo que quiero decir es que hay muchas mujeres maravillosas en el mundo que querrían formar una familia contigo.

–Pero tú no eres una de ellas.

–No, yo no puedo serlo.

–¿Por qué no, Andrea? Sé que ocultas algo y estoy dispuesto a descubrirlo…

–¡Hola, Rick!

Sharon no podría haber elegido mejor momento para volver del supermercado.

–Tengo que irme –Andrea se levantó y salió de la habitación, pero Rick fue tras ella.

–¡Si queréis que prepare algo especial para comer, decídmelo! –gritó Sharon desde la cocina.

–¡No tenemos hambre! –respondió él.

Andrea fue al salón para tomar su bolso, pero cuando estaba sacando el libro envuelto en papel de regalo, Tessa entró corriendo en la casa.

–¿Ya estás mejor, papá?

–Sí, cariño –respondió él, tomándola en brazos–. ¿Dónde está tu abuela?

–Ha tenido que ir al dentista.

–¿Lo has pasado bien?

–Sí, muy bien, pero quería volver a casa contigo. Has dormido mucho rato –la mirada de Tessa se clavó en el regalo que Andrea tenía en la mano–. ¿Se lo has traído a mi papá?

Por fin, una conexión. Desde su charla con Rick, Andrea sentía como si le hubiera dado permiso para hacer lo que iba a hacer, pero no las tenía todas consigo.

–No, lo he traído para ti.

–Pero aún no es Navidad.

–He pensado que te gustaría tenerlo ahora –dijo ella, ofreciéndoselo.

–¿Qué es?

Rick la dejó en el suelo.

–Ábrelo y lo verás.

Tessa rasgó el papel con manitas ansiosas.

–¡Mira, papá, es como el muñeco de trapo que le he pedido a Santa Claus! –gritó. Y, por primera vez desde el desastre en la tienda, la hija de Rick la miró con una sonrisa en los labios.

–Prometí que Santa Claus te traería el muñeco, pero mientras esperas el día de Navidad, esto será divertido. Era uno de mis cuentos favoritos de niña.

–Los míos son los de *La señora Piggle Wiggle*.

A Andrea se le encogió el corazón.

–A mí también me encantaban esos cuentos.

–Mi favorito es el del chico que no quiere limpiar su habitación.

–Ah, sí, mi madre solía leérmelo. Mi favorito es *La cura del rábano*.

Tessa soltó una risita.

–¿Quieres leerme el cuento del muñeco?

Andrea miró a Rick como pidiendo permiso y en sus ojos vio un calor que la quemó por dentro.

–Me encantaría. Ven a sentarte conmigo en el sofá.

Juntas pasaron las páginas, identificando a todos los personajes mientras ella leía la historia, con Tessa totalmente concentrada.

Andrea siempre recordaría aquel momento como un tesoro, pero debía irse, de modo que cerró el libro y lo puso en las manitas de Tessa.

–Ha sido divertido, ¿verdad?

–Sí, mucho.

–Gracias por dejar que te lo leyera, pero ahora tengo que irme.

–Ah, qué pena.

Vaya, eso sí que era una sorpresa.

–Pero seguro que a tu papá le encantará volver a leértelo. Estaba esperando que llegases a casa y tiene que volver a la cama –Andrea miró a Rick–. En fin, me marcho. No te molestes en acompañarme.

Para su sorpresa, Tessa la siguió a la puerta.

–Me gusta mucho el libro.

–Me alegro, cariño.

Andrea salió de la casa y cerró la puerta tras ella. Era mejor cortar de golpe, pensaba, mientras iba a casa de su madre.

–¿Mamá?

–¡Estoy en la cocina!

Andrea la encontró haciendo los bollos de nueces que regalaba a sus amigos en Navidad.

–¿Cuándo llegará Rex?

–En un par de horas, pero quiero que me cuentes qué tal con el padre de Tessa.

–Me fui de la fiesta pronto por papá –respondió Andrea, aunque no era cierto del todo–. Pero Rick insistió en inspeccionar el local de arriba abajo y sugirió que pusiera cerrojos en las ventanas.

–Buena idea, cariño. La verdad es que también a mí me preocupa que vivas allí.

–No me va a pasar nada.

–Entonces, ¿por qué pareces tan tensa?

–¿No es evidente? –Andrea apartó la mirada.

–Soy tu madre, cuéntamelo.

–He cometido un terrible error. Él me ha besado y yo… he dejado que lo hiciera.

–¿Y ha sido horrible?

–No, claro que no, al contrario. Ese es el problema.

–¿Por qué?

–Porque yo no quería que pasara.

–Si no hubieras querido no habría pasado, cariño. Y si quieres que te diga la verdad, yo me alegro de que haya pasado. Gunter murió hace catorce meses y tú eres libre para enamorarte de otro hombre.

–Mamá…

–Tengo ojos en la cara y el capitán Jenner es un hombre muy atractivo. No serías una mujer de sangre caliente si no te hubieras fijado.

–Pero ese es el problema, que es demasiado atractivo.

Su madre rio mientras echaba la crema en una fuente de cristal.

–Andrea, eres muy joven y tienes toda la vida por delante. Tú sabías que tarde o temprano otro hombre aparecería en tu vida. Tenía que pasar. ¿Por qué la idea de conocer a este hombre te produce tanta angustia? No dejes que el sentimiento de culpa arruine tu vida, hija.

–No es sentimiento de culpa, mamá.

–Entonces, ¿qué es?
–Ya te lo he dicho: no quiero enamorarme de un hombre que realiza un trabajo tan peligroso. No podría soportarlo por segunda vez…
Su madre la estudió en silencio durante unos segundos.
–¿Lo dices en serio?
–Claro que sí. Además, me preocupa Tessa. La pobre perdió a su madre y cualquier día podría perder a su padre también. Esa pobre niña debe de estar todo el día angustiada por él. Deberías haberla visto antes… había estado con su abuela, pero entró corriendo en casa para preguntarle si estaba bien. Se me encogió el corazón al ver cómo lo abrazaba, mamá.
–Claro, lo comprendo.
–Rick me ha contado que a su difunta mujer tampoco le gustaba su trabajo.
–Es un hombre muy generoso que pone su vida en peligro para ayudar a los demás y le encanta lo que hace. ¿Qué haríamos los demás sin personas así? En la prehistoria, sería el hombre que salía a cazar para el resto de la tribu –bromeó.
–Siempre me he preguntado cómo algunas personas pueden ser tan valientes y generosas. Ayer debería haber sido su día libre, pero tuvo que acudir al incendio del almacén de muebles. Es un trabajo tan peligroso…
–Tengo entendido que se ayudan unos a otros.
–Aun así, podría morir. Uno de ellos murió ayer.
Su madre dejó escapar un largo suspiro.
–¿Qué piensas hacer?
–No tengo intención de volver a verlo.
–¿Le dijiste eso antes o después de que te besara?
Andrea se puso colorada.
–Antes.
–Ah, entonces es que le gusta vivir peligrosamente –bromeó su madre.
–Mamá…
–Ojalá pudiese ayudarte con tu dilema, hija mía. Pero si de verdad no quieres volver a verlo, podrías perderte una gran historia de amor.
–No si rompo con él ahora –replicó Andrea.
Ella no podría darle una familia. Rick le había dicho que Tina y él habían pensado darle un hermanito a Tessa.

–¿Estás segura?

–Me voy a casa, mamá. Tengo que limpiar y hacer la colada antes de mañana. Espero que Rex y tú lo paséis bien esta noche. Mañana te llamaré para que me lo cuentes todo.

En cuanto llegó a casa se puso a limpiar y ordenar hasta que cayó agotada, pero pasó la noche dando vueltas en la cama, pensando en Rick.

Por la mañana, el tiempo había mejorado y la tienda estaba llena de clientes, pero le sorprendió que uno de ellos fuese el bombero al que había conocido en el hospital. Antes de irse dijo que iría a verla, pero no se lo había tomado en serio.

–¿Te acuerdas de mí? Soy Chase Hayward, del hospital. ¿Cómo está el inválido?

Era un hombre atractivo, pero tenía una actitud agresiva que no le había gustado en el hospital y le gustaba menos en su tienda.

–Imagino que recuperándose –respondió–. Te presento a mi madre, la señora Bernard. Mamá, Chase es uno de los bomberos que fue al hospital a ver al padre de Tessa.

–Ah, encantada.

Chase la miró de arriba abajo.

–Ahora entiendo de dónde ha sacado Andrea su belleza.

Su madre esbozó una sonrisa.

–Muchas gracias. Perdona un momento, tengo que ir a la trastienda.

Andrea se aclaró la garganta, deseando que no la hubiera dejado sola con aquel hombre.

–¿Estás buscando algo especial? Tenemos Cascanueces y cajas de música.

–No he venido a comprar nada. Solo quería preguntarte si quieres cenar conmigo esta noche… a menos que el capitán Jenner y tú seáis pareja, claro.

Aquel sería el último hombre con el que le gustaría salir a cenar, pero no sabía cómo rechazarlo diplomáticamente.

–Soy amiga de la hija del capitán Jenner y no he salido con ningún hombre desde que mi marido falleció. Me quedé viuda hace poco más de un año y sigo echando mucho de menos a mi marido.

Aunque era la verdad, el dolor se había atenuado desde que conoció a Rick.

–Ah, vaya, no lo sabía. Lo siento mucho.

Andrea no tenía nada más que decirle.

–Yo también. Si me perdonas, tengo unos clientes esperando.

Su madre se acercó a ella entonces con expresión seria.

–Te llaman por teléfono, cariño.

Andrea intuyó que era Rick y, aunque intentó disimular, estaba sin aliento cuando respondió al teléfono.

–¿Sí?

–No sé si te pillo en mal momento, pero esto no podía esperar.

–¿Qué ocurre?

–Ayer te fuiste tan rápido que no pudimos hablar.

–Sí, bueno…

–Después de irte, Tessa me dijo que le gustaría que te hubieses quedado para leerle más cuentos. Creo que está empezando a acostumbrarse a ti.

–Es una niña encantadora, pero ya te he dicho lo que pienso.

–No cuelgues, por favor. Tu madre me ha dicho que Chase Hayward está en la tienda.

–Sí, así es.

–¿Sigue ahí?

–No lo sé.

–¿Qué quería?

No tenía sentido mentirle.

–Ha dicho que no quería comprar nada, solo quería invitarme a cenar.

–¿Y tú qué has respondido? –le preguntó Rick con voz ronca.

–Que echo de menos a mi marido. ¿Por qué?

–Hazme un favor y ven a casa en cuanto puedas. Esto es importante.

–Rick…

–Hazlo, por favor –insistió él antes de colgar.

Sorprendida por la llamada, Andrea le pidió a su madre que se quedase sola en la tienda un momento.

–Parece que es algo urgente, pero volveré en cuanto pueda.

–Ve y no te preocupes por mí, yo me encargo de todo.

Andrea tomó su abrigo y salió al callejón. No podía imaginar por qué Rick quería verla con tanta urgencia, pero estaba segura de que tenía algo que ver con Chase Hayward. Mientras iba hacia su casa recordó la escena en el hospital y el extraño comportamiento de Chase. No parecía que le importase mucho el estado de Rick. No actuaba como sus otros colegas ni se había despedido de él cariñosamente.

Para su sorpresa, Rick estaba esperándola en la puerta, sus largas y poderosas piernas envueltas en un pantalón vaquero.

–Gracias por venir –murmuró, mientras la ayudaba a salir del coche.

–Parecía muy urgente.

–Sé que te he asustado, pero tenía que hacerlo para llamar tu atención –Rick la tomó del brazo para entrar en la casa.

–¿Dónde está Tessa?

–Sharon ha ido a buscarla al colegio. Vamos a la cocina.

–Parece que hoy te encuentras mucho mejor.

–Estoy totalmente recuperado –de repente, Rick la tomó entre sus brazos para darle un largo y apasionado beso. A pesar de todo lo que se había dicho a sí misma, ella se lo devolvió y estaba sin aliento cuando por fin se apartaron–. Tenía que hacer esto antes de hablar de Chase Hayward.

De modo que no había imaginado la tensión entre ellos en el hospital…

–No pensarás que estoy interesada en él, ¿verdad? No me interesa en absoluto. Para empezar, no me gusta su actitud hacia mí.

–Hay muchas más cosas que tú no sabes –el brillo de deseo en los ojos de Rick había desaparecido, reemplazado por un brillo de seriedad–. Siéntate, por favor.

–¿No sois amigos?

–Todo lo contrario. Llegamos al departamento casi al mismo tiempo y trabajamos en el mismo cuartel durante tres años. Él lo veía todo como una competición y después de su divorcio fue aún peor. Cuando me ascendieron a capitán y me trasladaron de cuartel, fue un alivio para mí. Siempre se mostró hostil conmigo, pero solo cuando no había nadie alrededor. Según Arney, tenía celos de mí porque me ascendieron antes que a él y me trasladaron al cuartel del centro de Providence.

–¿Por qué iba a importarle eso?

–Porque mi cuartel se encarga de los incendios más peligrosos. Es una cuestión de orgullo para él.

Esas palabras le encogieron el corazón. Rick acababa de darle otra razón para alejarse de él.

–Ya veo, debió de ser un golpe para su ego.

–Fue el único bombero que no acudió al funeral de mi mujer y, como dijo Benton, eso lo delató.

–Entonces no entiendo por qué fue a verte al hospital el otro día.

–Yo me hacía la misma pregunta, pero creo que ahora sé la respuesta. ¿Cuánto tiempo ha estado en tu tienda?

–No lo sé, unos minutos, pero tal vez siga allí.

–Llama a tu madre y pregúntale si ha encontrado alguna excusa para entrar en la trastienda. Ponla en altavoz.

Rick debía de tener buenas razones para pedírselo, Andrea estaba segura. Y eso la asustó.

–Ha estado husmeando por la tienda unos cinco minutos mientras yo atendía a otros clientes, pero luego se ha ido.

–Rick quiere saber si ha entrado en la trastienda.

–No, claro que no. ¿Por qué iba a entrar en la trastienda?

–Gracias, mamá. Te lo explicaré después.

Andrea miró a Rick después de cortar la comunicación.

–Dime lo que estás pensando. Evidentemente, aquí pasa algo raro.

–No lo sé, pero no quiero que Chase vuelva a molestarte.

–Después de lo que le dije estoy segura de que no volverá por allí.

–Perdona un momento, tengo que hacer una llamada. No te muevas.

Antes de salir de la cocina, Rick le dio un largo y ansioso beso que la dejó temblando, pero mientras esperaba Tessa entró corriendo por la puerta del garaje, con Sharon tras ella.

–¡Hola, Andrea!

Menudo cambio, pensó ella.

–Hola.

–¿Dónde está mi papá?

–Hablando por teléfono en la otra habitación.

–¿Sigue en la cama?

–No, ya no.

–Me alegro. Quiero que se ponga bien enseguida.

–Yo también. ¿Qué tal el colegio?

–Rodney Carr ha vomitado en la mesa de la profesora. Se comió dos perritos calientes para cenar y todos hemos salido corriendo al pasillo porque olía muy mal.

–Vaya, qué horrible.

–Su mamá tuvo que ir a buscarlo. La señorita Riley dice que es la gripe o algo así. Y que si empieza a dolernos el estómago no debemos ir al colegio.

Asombrada por la cantidad de información, Andrea tuvo que sonreír.

–¿A ti te gustan los perritos calientes?

–¡Ya no! –exclamó la niña.

Andrea intentó contener la risa.

–Pero seguro que tienes hambre –intervino la señora Milne.

–Sí. ¿Qué tenemos para cenar?

–Había pensado hacer tacos de pollo.

–A mi papá y a mí nos encantan. Bueno, mi papá come de todo.

–Eso está muy bien –dijo Andrea–. He leído en algún sitio que los bomberos necesitan mucha energía para hacer su trabajo.

Sharon puso los ojos en blanco.

–Afortunadamente para mí. Mi marido era muy exigente con la comida, no le gustaba nada.

–Mi padre es igual –admitió Andrea.

–Tessa, ve a buscar a tu papa y lávate las manos.

–Ya voy.

Unos segundos después, Andrea oyó voces en el pasillo y, al escuchar la carcajada de Rick, supo que Tessa acababa de contarle lo que había pasado en el colegio. Y después de verlo tan serio y preocupado unos minutos antes, esa risa feliz era una revelación.

Capítulo 6

Rick entró con Tessa a la cocina y llamó a Andrea desde la puerta.

–Ven un momento, Benton acaba de llegar. Estaremos en el cuarto de estar hasta la hora de la cena, Sharon.

Ella asintió con la cabeza.

–Tessa va a ayudarme a rallar queso.

–Date prisa, papá.

–No tardaremos mucho –le prometió él.

Cuando salieron al pasillo, Rick le dio un beso en los labios.

–Oye…

–Estoy deseando que nos quedemos a solas, pero Benton quiere hablar contigo.

Andrea parpadeó, sorprendida.

–¿Por qué?

–Prefiero que te lo cuente él. Mientras venías hacia aquí lo llamé por teléfono para hablarle de Chase y me dijo que vendría enseguida.

–Ah, muy bien. ¿Pero por qué quiere hablar conmigo?

–Él te lo dirá.

Rick cerró la puerta del salón mientras se saludaban y Andrea se dejó caer sobre el sofá, un poco preocupada.

–Como Rick te ha dicho, alguien está provocando esos incendios en el centro de la ciudad y sospechamos que Chase Hayward podría ser el responsable.

Un gemido escapó de su garganta.

–¿Y crees que mi tienda podría ser su próximo objetivo?

–Estoy seguro –respondió Rick.

Benton asintió con la cabeza.

–He hablado con tu madre y está muy preocupada.

–No sabía que hubieras hablado con ella.

–Tenía que hacerlo.

–¿Por qué crees que Hayward quiere hacernos daño?

–Se alegró al saber que Rick había resultado herido en el

incendio. Por eso fue al hospital, para inspeccionar los daños. Eso es lo que hacen los pirómanos. Pero no ha conseguido cargárselo y me temo que no tiene intención de parar hasta que lo consiga.

Andrea se llevó una mano al corazón.

–Qué horror.

–Hoy ha estado examinando tu local e imagino que habrá descubierto que vives en el piso de arriba. Y si te ha seguido, habrá visto tu coche frente a la casa de Rick.

Él la sintió temblar, aunque no estaban tocándose.

–¿Crees que podría haberme seguido?

–Estoy seguro. Quiere vengarse de Rick y ha decidido utilizarte a ti para conseguirlo.

–Pero eso es terrible. ¿Cómo puede ser bombero un hombre que está loco?

Rick apretó su brazo.

–No es habitual, pero lo importante es que nada va a pasaros ni a ti ni a tu madre, te lo juro.

–Lo sé.

–Hemos hablado con una de las empresas que te lleva mercancía –siguió Benton– y vamos a tenderle una trampa. Con tu ayuda, podremos atraparlo.

–Me gustaría ayudar –les aseguró ella–. No voy a dejar que ese hombre destroce mi negocio o ningún otro.

–Amén –murmuró Rick.

–Naturalmente, podría intentarlo esta noche y, por supuesto, tú no estarás allí. Pero si decide esperar hasta mañana, este es el plan: tu madre y tú iréis juntas a trabajar. Uno de mis hombres aparecerá con el uniforme de la empresa de transporte, pero una vez dentro se quitará el uniforme y te lo pondrás tú. No puedes mostrar tu pelo, así que debes llevar una gorra. Luego volverás al camión y el conductor te llevará a casa de tu madre. La policía estará vigilándola, no te preocupes.

Rick apretó los labios. Hayward tenía que elegir precisamente ese momento para vengarse. Era terrible que la tienda de Andrea y tal vez su vida estuviesen en peligro por culpa de ese maníaco.

–Si no atacase mañana –siguió Benton–, uno de nuestros hombres se esconderá en tu apartamento el tiempo que haga falta hasta que capturemos a Hayward. Mientras tanto, tú te quedarás en casa de tu madre y seguiréis trabajando como de costumbre. ¿Crees que podrás hacerlo?

–Espero que sí.

–Muy bien –Benton se levantó–. Siento que te veas mezclada en este feo asunto, pero espero que todo termine pronto.

–Quédate, Andrea –susurró Rick antes de acompañarlo a la puerta. Cuando volvió, la encontró con la cara enterrada entre las manos y se puso en cuclillas para cubrirlas con las suyas.

–Sé que todo esto te da miedo y lo entiendo.

Ella suspiró, apartando las manos de su cara.

–Debo admitir que no me gusta que mi madre corra peligro. Si algo le pasase… no sé qué haría.

Rick le dio un beso en la húmeda mejilla.

–Te prometo que no le pasará nada. Ni a ti ni a ella.

–Te creo, pero ese hombre quiere hacerte daño… es horrible. Es una pesadilla, algo que no se me había ocurrido jamás.

–¿Qué quieres decir?

Andrea secó sus lágrimas y se incorporó. Su pelo, que caía en ondas alrededor de sus hombros, parecía de oro. Y esos brillantes ojos azules, el rostro ovalado, la apasionada curva de su boca…

Nunca se cansaría de mirarla, pensó, en toda su vida.

–No sé por dónde empezar.

Él sacudió la cabeza.

–¿Qué tal si eres sincera y me dices lo que pasa? Entiendo que estuviste muy enamorada de tu marido…

–Sí.

–También yo estuve muy enamorado de mi mujer y conocerte ha sido una sorpresa para mí. Estoy sintiendo algo que no había esperado sentir nunca más y creo que a ti te pasa lo mismo.

–Así es –murmuró ella–. Creo que es demasiado pronto para experimentar algo tan profundo.

–¿La razón por la que quieres apartarte de mí es que te sientes culpable?

–No, no es eso. Como tú, estoy abrumada por estos sentimientos que creí habían muerto con Gunter, pero tú tienes una hija y no quiero hacerle daño por nada del mundo. Es demasiado importante.

–¿Por qué ibas a hacerle daño a Tessa?

–Si seguimos viéndonos nos encariñaremos la una con la otra y eso no puede pasar.

–En otras palabras, que no quieres volver a verme.

–No puedo hacerlo, Rick.

Él respiró profundamente, intentando encontrar paciencia.

–¿Por qué no?
–Por tu profesión.
Rick se levantó de un salto.
–¿Esa es la verdadera razón?
Andrea sacudió la cabeza, haciendo que el pelo rubio acariciase sus mejillas.
–Es la más importante.
–Entonces, ¿hay otras razones?
–Digamos que tu profesión es la más importante. No podría mantener una relación con un hombre que arriesga su vida todos los días. No soy como tu difunta esposa, soy mucho más cobarde.
–Eso es una excusa –dijo él–. Hay algo que no quieres contarme. ¿Por qué no, Andrea?
–¿Por qué no me explicas tú por qué arriesgas tu vida todos los días? ¿También vas a decirme que vienes de una familia de bomberos, como Susie?
–No, no es eso. Uno de mis abuelos era profesor universitario, el otro trabajaba en un periódico. Mi padre es ingeniero químico y trabaja en una refinería en Cranston, donde yo crecí. Y mi hermano mayor es dentista.
–¿Entonces?
–Yo empecé a estudiar una ingeniería en la universidad, pero me temo que no ponía el corazón en ello. Durante el último año lo dejé y me hice bombero. Sabía que sería una desilusión para mi familia, así que nunca hablé de ello, pero desde los diez años he querido ser lo que soy.
–¿Por qué? ¿Qué pasó cuando tenías diez años?
–Yo estaba en casa de un vecino mío, Denny, un día de verano por la tarde. Estábamos jugando con mi perro, Shep, enseñándole a hacer trucos. Su madre estaba abajo, en la cocina, haciendo la cena. Después nos enteramos de que la freidora se había incendiado… pero entonces solo sabíamos que estábamos envueltos en un humo negro. No podíamos respirar y no podíamos encontrar el camino hasta la escalera porque no se veía nada.
Andrea se cubrió la boca, horrorizada.
–Dios mío…
–Abrimos las ventanas para salir por allí, pero no podíamos agarrarnos a nada. Yo escuché la sirena de los camiones de bomberos y empecé a gritar pidiendo ayuda, pero el humo era tan espeso que pensé que íbamos a morir. No podía ver a Denny ni a mi

perro y lo único que recuerdo es que alguien me agarró y me bajó por una escalera.

–Gracias a Dios… –Andrea lo abrazó con tal fuerza que estuvo a punto de dejarlo sin respiración.

–Yo le dije al bombero que mi amigo y mi perro seguían en el piso de arriba y, por fin, consiguió bajarlos, inconscientes los dos. Por suerte, les pusieron una mascarilla de oxígeno y les salvaron la vida. La madre de Denny estaba histérica hasta que encontró a su hijo sano y salvo…

–Me lo imagino.

–Unos días después, las dos familias fueron al cuartel de bomberos para dar las gracias y para entonces Denny y yo ya habíamos decidido que los bomberos eran dioses y que queríamos ser como ellos. Es así de sencillo.

–Lo entiendo –dijo Andrea, con voz temblorosa–. ¿También Denny es bombero?

–No, él se alistó en el ejército.

–En cualquier caso, los dos os dedicáis a salvar vidas, pero qué terrible que tuvierais que pasar por una experiencia así.

–Fue horrible. Tuve pesadillas durante años, hasta que me hice bombero. Ya no las tengo.

–Me alegro mucho –murmuró Andrea–. Perdóname por no entender tu trabajo, no quería juzgarte. Lo que haces es heroico, salvas vidas todos los días. Salvaste la galería de arte y evitaste que las demás tiendas de la calle se quemasen. Eres maravilloso.

–Si eso es lo que piensas, te lo preguntaré otra vez: ¿desearías que no nos hubiéramos conocido?

–Sí.

–No puedes decirlo en serio.

–Es la verdad. Admito que siento una gran atracción por ti, pero no podemos mantener una relación –insistió Andrea, con voz temblorosa–. En una semana has estado en el hospital y podrías haber muerto como tu compañero… y es culpa de Chase. Un hombre murió en ese incendio, un padre de familia. Y aunque detengan a Chase, tú tendrás que seguir apagando incendios todos los días, arriesgando tu vida. Podrías morir y… y yo no quiero estar ahí cuando eso ocurra.

Rick apretó los dientes.

–¿Buscaste la ayuda de un psicólogo cuando Gunter murió?

Andrea se apartó, nerviosa.

–No.

–¿Y has pensado alguna vez que esos miedos tuyos podrían tener que ver con su repentina muerte?

–Imagino que la muerte de mi marido tiene algo que ver, claro, pero es mucho más que eso.

–Entonces, ayúdame a entenderlo.

Andrea se abrazó a sí misma.

–No, es mejor que no.

–Estamos hablando de nuestras vidas, de nuestra felicidad. Acabo de conocer a una mujer increíble que se aleja de mí por razones incomprensibles. Ayúdame a entenderlo, por favor.

Ella exhaló un largo suspiro.

–Mi padre vivía para cazar, solo le importaba eso. Si no estaba trabajando, estaba cazando con su amigo Frank. Apenas lo veíamos y yo me ponía enferma cada vez que lo veía salir de casa con el rifle. Yo sabía que muchos cazadores morían por accidente y le supliqué que no lo hiciera, pero él se limitaba a darme una palmadita en la espalda, diciendo que me portase bien con mi madre. Cada vez que se iba, yo rezaba y rezaba para que no le pasase nada…

–Andrea…

–Pero un día mis miedos se hicieron realidad –siguió ella–. Alguien les disparó por accidente. Frank murió y mi padre recibió una herida en el brazo. Nunca había estado tanto tiempo en casa, pero no fue un momento feliz para mi madre ni para mí porque fue entonces cuando empezó a beber.

Rick hizo una mueca, imaginando su angustia.

–¿Por qué?

–Lloraba por su amigo. Era como si hubiese querido a Frank más de lo que nos quería a nosotras y en cuanto se recuperó volvió a cazar. Cada vez que salía por la puerta, mi corazón se rompía un poco más, pero mis ruegos no servían de nada. Cuando llegué a la adolescencia me di cuenta de que mi padre no nos quería tanto como amaba la caza. Se encargaba de pagar las facturas, pero era un egoísta que nunca pensaba en nosotras. Mi madre hizo lo que debía hacer cuando pidió el divorcio. La tienda era su consuelo y vivimos en paz cuando mi padre se marchó. La única razón por la que fue a visitarme el otro día es que necesitaba un sitio donde dormir y no quería gastarse dinero en un hotel –Andrea suspiró–. A su tercera mujer tampoco le gusta que cace, pero a él le da igual.

¿Sabes qué me ha regalado por Navidad? Otro spray para osos.

Lo que estaba escuchando ponía a Rick enfermo.

–Qué generoso –murmuró, irónico.

–Cuando conocí a Gunter me enamoré locamente de él. Él no hacía un trabajo peligroso, no practicaba deportes de riesgo… yo pensé que nuestro matrimonio sería ideal porque siempre estaría a mi lado, volvería a casa al final del día y tendríamos la familia que habíamos planeado tener. Pero también él murió –dijo Andrea, con la voz rota.

Rick la abrazó durante largo rato. No quería soltarla, pero ella se apartó para secarse los ojos.

–No quiero estar eternamente preocupada. Conocerte me ha demostrado que podría sentirme atraída hacia otro hombre y quizá algún día encuentre a uno que sea tan especial como tú, pero no tendrá un trabajo peligroso, eso seguro. Me maravilla que Tessa se lo tome tan bien. Tal vez ser hija de un bombero ha hecho que se acostumbre. Además, ella sabe que es lo primero en tu corazón y que la quieres con toda tu alma. Está en una edad en la que necesita una madre, pero no puedo dejar que se encariñe conmigo, así que, aunque me gustaría echarme en tus brazos y sentirme viva otra vez, sé que la próxima vez que tuvieras que apagar un incendio como el del otro día para mí sería una pesadilla. Y, sencillamente, no puedo hacerlo.

–Tiene que haber alguna manera de que esto funcione, Andrea.

Rick no podía concebir la idea de no estar con ella. Después de saber lo de su padre, lo único que quería era amarla, protegerla.

Ella negó con la cabeza.

–Tú sabes que no. Admite que después de haber sentido esta chispa conmigo sabes que conocerás a otra mujer que te hará feliz de nuevo. Ella te querrá sin miedo a tu profesión y querrá a Tessa. Y, sobre todo, podrá darte más hijos.

Rick intentó procesar todo lo que estaba diciendo, pero algo no cuadraba.

–No te entiendo, Andrea.

–Eres un hombre maravilloso, Rick Jenner. Valiente y honrado.

–Por favor, no me conviertas en algo que no soy.

Ella rio con tristeza.

–Tengo que intentar olvidarte, pero podría ser imposible. En cualquier caso, tengo que hacerlo y lo haré en cuanto hayáis detenido a Chase. Me voy, tú tienes que descansar. Dile a Tessa que

mi madre me necesita y que he tenido que marcharme. Tu hija lo entenderá.

Rick la siguió hasta la puerta y la vio alejarse en el coche. Podría haber ido tras ella, pero sabía que no era el momento. Había algo que no le contaba, estaba seguro. Tenía que darle tiempo, pero no iba a dejar que se fuera de su vida.

Horas más tarde, después de meter a Tessa en la cama, se tumbó en la suya, esperando que Benton lo llamase para decirle que había un visitante nocturno en la tienda Hansel y Gretel, pero la llamada no llegó. De modo que Chase debía de tener otra cosa en mente.

Durante el resto de la noche Rick luchó contra sus pensamientos, preguntándose cuál sería su siguiente paso.

Chase lo había odiado durante años. Que hubiese ido a la tienda de Andrea para pedirle una cita era algo premeditado, una especie de cebo. Seguramente la estaría siguiendo.

El instinto le decía que quería hacerle daño por su relación con él. Tal vez no pensara incendiar la tienda, pero esa noche habría tenido una oportunidad perfecta porque estaba en el hospital cuando el médico dijo que él no podría trabajar en unos días.

Claro que, sabiendo eso, Chase probablemente tuviera en mente algo mucho más diabólico. Y el miedo a lo que podría estar planeando hacía que un sudor frío le recorriese la espalda.

Apenas eran las seis de la mañana, pero llamó a Benton para hablarle de sus sospechas. Después de trazar un plan, se puso unas botas y un anorak y dejó un mensaje a Sharon diciendo que tenía que irse temprano a trabajar.

De una forma o de otra iba a atrapar a Chase, solo era una cuestión de tiempo. Le había prometido a Andrea que la protegería y no respiraría tranquilo hasta que ese canalla estuviera en la cárcel.

El instinto hizo que fuese a casa de la señora Bernard, pero aparcó a dos manzanas, frente a un centro comercial. Armado con una pistola y unos prismáticos, observó los jardines de alrededor y se subió a un árbol para vigilar sin ser detectado.

Tras una noche en vela, Andrea y su madre salieron de casa a las nueve, en el coche de su madre. Andrea había dejado el suyo en el

garaje y, como iba a ponerse un uniforme más tarde, llevaba unos simples vaqueros y un jersey fino que podría ponerse debajo sin ningún problema.

Sabía que si Chase Hayward hubiera intentado entrar en la tienda por la noche, Rick se lo habría notificado y se alegraba de que no hubiera intentado incendiar su negocio.

Antes de llegar a la tienda pararon en una cafetería para comprar bollos y café y, mientras desayunaban, Andrea miró a su madre.

–Si te pasara algo… –no pudo terminar la frase–. Eres la persona más valiente que conozco, mamá. Yo estoy histérica, pero tú estás tan tranquila. ¿Cómo lo haces?

–Por dentro estoy tan nerviosa como tú, hija. Pensar que ese hombre quiere hacerle daño a Rick a través de ti… es increíble.

–Los celos de Chase son enfermizos, pero la policía y el departamento de bomberos están al tanto y seguro que lo detendrán.

–Eso espero.

–Rick arriesga su vida todos los días y ahora tiene que preocuparse de que alguien quiera hacerle daño por venganza. Y, además, ese hombre ha puesto nuestras vidas y nuestra tienda en peligro. Es horrible.

–Estamos protegidas, cariño, pero nadie está a salvo de las cosas feas de este mundo.

–Lo sé, pero esto debe de ser terrible para él. No sé cómo lo soporta –Andrea se levantó de la silla–. ¿Y si muriese?

Su madre se levantó para abrazarla.

–Sé que estás recordando ese momento horrible del accidente, cariño. Algo así te marca de por vida, pero recuerda que no estás en esa situación y que Rick está vivo.

–Lo intento –dijo Andrea, intentando controlar las lágrimas–. Háblame de Rex.

–Esta noche vamos a cenar y al ballet.

–Eso ya me lo has dicho. Lo que quiero saber es qué sientes por él.

Su madre esbozó una sonrisa.

–Me gusta mucho, tanto que también hemos quedado mañana.

–¿Y el sábado por la noche?

–También.

–Me alegro mucho por ti, mamá.

–También te pasará a ti algún día, cariño.

Minuto a minuto, el barrio empezó a cobrar vida. La gente salía de casa para ir a trabajar, otros sacaban al perro, los niños iban al colegio. A las ocho y media, Rick empezó a notar que había más tráfico: coches, varias furgonetas, un camión de mudanzas.

Se incorporó un poco al ver que Andrea y su madre salían de la casa y su corazón dio un vuelco al ver un primer plano de la mujer que había puesto su vida patas arriba en una semana. Esa mañana llevaba un anorak y pantalones vaqueros, su pelo rubio brillando bajo los primeros rayos del sol.

Cuando desaparecieron al final de la calle, pensó que Chase aparecería entonces si esa era su intención. Pero si se equivocaba, tendría que recurrir al plan B y seguirlo hasta que lo pillase en algún renuncio.

Diez minutos después, Rick decidió que se habían equivocado y estaba a punto de bajar del árbol cuando una furgoneta se detuvo frente a la casa de la señora Bernard.

En la puerta había un logo que decía *Garaje Bailey's*.

De ella salió un hombre con uniforme de trabajo y una gorra azul que prácticamente ocultaba su cara, pero Rick lo reconoció de inmediato.

«Ya te tengo, Hayward».

Era un sociópata, un caso de libro, alguien sin remordimientos ni conciencia y con serios delirios de grandeza.

Mientras él abría la puerta del garaje, Rick bajó del árbol y corrió por la calle para saltar la verja. En silencio, se aproximó a la puerta del garaje.

Chase estaba inclinado sobre la ventanilla del coche de Andrea. Con toda seguridad estaba colocando un artefacto explosivo que mataría a la persona que arrancase el automóvil.

Había dejado abierta la puerta del garaje para poder salir corriendo después de cumplir con su maligno cometido, pero él se encargaría de que no pudiera escapar.

Rick se lanzó sobre él y rodeó su cuello con un brazo, apretando hasta que Chase se vio obligado a soltar el artefacto. Un segundo después, oyó una explosión y se sintió envuelto por una llamarada. No fue consciente de nada más hasta que el garaje se llenó de policías y lo llevaron a una ambulancia, con los médicos

comprobando sus constantes vitales.

Benton fue al hospital con él.

–Buen trabajo. Has atrapado al pirómano que, además, se ha llevado la peor parte. Gracias a Dios a ti solo te ha chamuscado un poco el pelo.

–¿Y Chase?

–Yo diría que se ha quemado un tercio del cuerpo, incluyendo las manos. Si hubiera estado dentro del coche no quedaría nada de él.

Gracias a Dios no podría volver a intentar hacerle daño a Andrea…

Las campanitas de la puerta interrumpieron la conversación entre Andrea y su madre.

–Yo voy a atender al cliente mientras tú esperas la furgoneta. ¿Sigues nerviosa?

–Estoy más furiosa que otra cosa. Quiero que metan a Chase en la cárcel lo antes posible.

Andrea se quedó sorprendida al ver que el hombre que había entrado en la tienda era Benton. Su corazón se aceleró… algo debía de haber ido mal.

–¿Qué ha pasado? ¿Rick está bien?

–Está bien, no te preocupes. Nuestro pirómano ha cometido un error garrafal.

–¿Quieres decir que ya lo habéis detenido?

–Está en el hospital, bajo vigilancia policial. Entró en el garaje de tu madre cuando os fuisteis a trabajar esta mañana y estaba colocando un artefacto explosivo en tu coche cuando Rick lo sorprendió. En la lucha, el artefacto explotó y Chase tiene quemaduras en un tercio de su cuerpo.

Andrea no podía respirar.

–¡Pero Rick debería estar en casa descansando! ¿Cómo podía estar en casa de mi madre?

–Dejaré que él te lo explique cuando le den el alta del hospital.

–¿También él está en el hospital? Dios mío, ¿se encuentra bien?

–Solo está allí para que lo examinen y para informar a la policía. Tranquila, está bien.

Los ojos de Andrea se llenaron de lágrimas.

–¿En serio? Quiero que me digas la verdad, Benton.

–Se ha chamuscado un poco el pelo y las pestañas, pero está bien, te lo prometo.

–Pero debería estar en la cama recuperándose.

–Digamos que hizo caso de su instinto y descubrió lo que Chase estaba tramando antes de que fuese demasiado tarde. Rick nunca se equivoca y recibirá una medalla por esto. Te ha salvado la vida, Andrea.

–Podría haber muerto.

–Pero está vivo. Y entre tú y yo, me alegra que todo haya terminado así. No quiero ni imaginar lo que podría haber pasado si Rick no hubiese intuido que Chase iría a casa de tu madre.

Había puesto en peligro su vida para salvar la suya. Era increíble.

–Dios mío…

–No sabemos cuántos incendios habría provocado hasta que lo hubiese detenido la policía –siguió Benton–. Siempre he dicho que Rick sería un investigador estupendo, pero no me hace caso. Una pena, porque tiene un instinto excepcional.

–¿Puedo ir a visitarlo? –le preguntó Andrea, temblando.

–Ahora mismo no puedo decirte en qué hospital está porque la policía nos ha pedido discreción, pero él te llamará más tarde. Tu madre y tú podéis iros a casa cuando queráis, pero no podréis usar el garaje.

–¿Ha habido muchos daños?

Benton negó con la cabeza.

–La estructura de la casa sigue firme, solo se trata de un trabajo de pintura. En cuanto a tu coche… imagino que tu compañía de seguros te dará otro hasta que el tuyo esté reparado.

–¿Y Tessa, sabe algo?

–No tiene ni idea. Mi mujer irá a buscarla al colegio por la tarde, no te preocupes.

Benton parecía absolutamente tranquilo. Seguramente porque siempre había sido bombero.

–Ojalá pudiese tranquilizarme.

El hombre puso una mano sobre su hombro.

–La amenaza ha pasado y Rick está bien. Lo he visto con mis propios ojos.

–¿De verdad?

–Fui al hospital con él en la ambulancia, de modo que no hay nada que temer. Yo no te mentiría, Andrea. Se pondrá en contacto

contigo en cuanto pueda. Todos estamos aliviados de que tu tienda y tú estéis a salvo.

–Eres muy amable, Benton. Te agradezco todo lo que has hecho –Andrea miró a su madre, que se acercó para darle un abrazo.

–Cariño, ya ha pasado todo. Gracias a Dios, Rick ha podido detener a ese canalla.

–Sin embargo, se atreve con todo. No le importa morir…

–Pues claro que le importa, pero es su trabajo.

–Podría haber muerto esta mañana, mamá.

–Tú podrías haber muerto si Rick no hubiese intervenido.

–No quiero hablar de ello –Andrea sacudió la cabeza, angustiada–. Volvamos al trabajo. Tenemos muchas cosas que hacer.

Rick estaba tomando una taza de café en la cocina del loft cuando oyó los pasos de Andrea en la escalera. Benton debía de haberle contado lo que había pasado y, para no alarmarla, Rick se acercó a la puerta.

Pero tal vez su visita sorpresa no hubiera sido tan buena idea, porque en cuanto clavó en él sus ojos azules se quedó sin color en la cara. Rick sabía de sus miedos y por eso había ido allí en cuanto le dieron el alta del hospital, aunque tal vez se hubiera equivocado.

–Tranquila, Andrea. Estoy bien.

Temiendo que se desmayase, la tomó en brazos para llevarla al dormitorio y la dejó sobre la cama.

–Pensé que estabas… en el hospital –susurró Andrea.

Rick se inclinó hacia ella para apartar el flequillo de su frente.

–Solo he ido allí para que me examinaran, pero estoy bien.

Era tan bella, tan excitante que buscó su boca y la besó hasta que Andrea le echó los brazos al cuello sin poder evitarlo.

Cuando se apartaron para respirar, ella le acarició la cara.

–Benton me dijo que te habías chamuscado el pelo y las pestañas, pero no estás tan mal como había imaginado.

Rick le besó la palma de la mano.

–Me alegra saberlo. ¿Crees que Tessa se dará cuenta?

–Tu hija se da cuenta de todo. Las niñas quieren mucho a sus padres –los ojos de Andrea se llenaron de lágrimas–. Gracias a Dios estás bien.

Él inclinó la cabeza para besarla de nuevo.

–Lo mismo digo.

–¿Cómo sabías lo que iba a hacer Chase?

–Porque en lugar de arrastrarte hasta mi cama anoche, que era lo que de verdad quería hacer, usé toda mi energía para concentrarme en la retorcida mente de Chase. Yendo a tu tienda había dejado claro que tú eras su objetivo y sabía que yo estaba en casa recuperándome, de modo que era el mejor momento para atacarte. A los pirómanos les encanta incendiar coches.

Andrea apretó su mano.

–Me has salvado la vida –murmuró con voz temblorosa–. ¿Cómo puedo pagarte por eso?

Rick estudió la boca que había estado devorando un segundo antes.

Allí era donde quería quedarse el resto de su vida.

–Dejando de preocuparte. Me han dicho que no tengo que volver a trabajar hasta el jueves, así que voy a tomarme unas minivacaciones. ¿Crees que en el hotel Gingerbread tendrán habitación para nosotros?

Andrea se sentó en la cama, sorprendida.

–Tiene muchas habitaciones, pero no puedo ir allí contigo.

–¿Por qué no? Tessa puede perderse un día de colegio.

–Pero…

–Tenemos que celebrar que Chase ya no puede hacernos daño. Venga, anímate. Pararemos en el camino para comer y volveremos mañana. Sé que no querías volver a verme, pero no creo que pasar un día con Tessa y conmigo te haga un daño irreparable.

Andrea saltó de la cama.

–Te agradezco mucho lo que has hecho, pero no quiero volver a pasar por esa experiencia otra vez. No puedo hacerlo.

Había algo que seguía sin contarle, Rick estaba seguro.

–En fin, solo era una idea. Veo que el miedo te paraliza y yo te he puesto en un aprieto sin quererlo. Lo siento, Andrea. Te deseo unas felices navidades y un buen viaje.

–¿Qué viaje?

–El que vas a hacer al sur de España después de Navidad. Me han dicho que es un sitio precioso en esta época del año.

–¿Mi madre te lo ha contado?

–La oí hablando por teléfono con tu cuñada cuando entré en la tienda. Mis parientes vendrán a casa en Navidad y Tessa estará rodeada de primos. Te prometo que será feliz vengas o no con

nosotros al hotel Gingerbread. Tú decides, Andrea.

Que no respondiera de inmediato lo dejó asustado, pero él no iba a rendirse. Había tomado una decisión y seguiría adelante.

«Vete de aquí, Jenner».

–Adiós, Andrea. Te llamaré por teléfono más tarde y espero que para entonces hayas tomado una decisión.

Cuando bajó a la tienda, su madre estaba atendiendo a un cliente.

–Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo, señora Bernard.

Ella lo miró, sorprendida.

–Lo mismo digo, capitán Jenner. Ya le he dicho antes que no sé cómo expresarle mi gratitud por lo que ha hecho. Estamos en deuda con usted.

–No, por favor. Es mi trabajo.

Una vez en la calle, Rick subió a su coche y se dirigió a casa de Benton para buscar a su hija. La necesitaba. En aquel momento no quería estar a solas con sus pensamientos.

Andrea no quería saber nada de él. Había pensado que la convencería, pero nada era suficiente.

Seguramente había alguna razón para que su familia la invitase a ir a España. Tal vez quisieran presentarle a alguien, un europeo cuyo trabajo no fuese peligroso y que contase con la aprobación de la familia Fleming. Alguien seguro.

Rick apretó el volante con fuerza. Ningún hombre sería inmune a su belleza. Los chicos del cuartel no paraban de hablar de ella…

Cuando llegó a casa de Benton encontró a los niños comiendo en la cocina y, después de darle las gracias a Deanna, ayudó a Tessa a subir al coche.

–¿Por qué no tengo que ir mañana al colegio, papá?

–Porque te echo de menos y quiero que estés en casa conmigo.

–Yo te echo de menos todo el tiempo.

–¿Ah, sí?

–Cada vez que te vas me da miedo que no vuelvas.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el pecho. Era lo mismo que había sentido Andrea con su padre.

Cuando llegaron a casa, Rick la llevó al cuarto de estar y la sentó a su lado en el sofá.

–Tessa, ¿si te hago una pregunta me dirás la verdad?

–Yo siempre digo la verdad, papá –respondió la niña, levantando una mano para tocar su cara–. ¿Qué te ha pasado? Tienes el pelo

raro.

–Me he acercado demasiado a una vela, cariño. Pero no pasa nada, volverá a crecer.

–Julie me dijo que habías apagado un incendio muy grande y tuviste que ir al hospital. Yo tenía miedo de que no volvieras… como mamá –los ojos de su hija se llenaron de lágrimas.

Diantres. Seguramente la hija de Benton había escuchado la conversación entre sus padres y, naturalmente, se lo había contado a Tessa.

–Como ves, estoy bien.

–No es verdad, tus pestañas también están raras. Ojalá no tuvieras que apagar fuegos, papá. El padre de Julie ya no tiene que hacerlo. Dice que siempre está en casa trabajando.

Tessa nunca le había hablado de sus miedos.

–¿Te preocupa mi trabajo, cariño? Ya sabes que nunca me pasa nada.

De repente, Tessa se levantó del sofá y salió corriendo. Un segundo después, alarmado, Rick la encontró en su dormitorio, tumbada boca abajo en la cama, llorando.

–Tessa, cariño, mírame.

–No quiero.

–¿Por qué?

–No quiero que te enfades conmigo.

Rick se puso de rodillas a su lado.

–No me he enfadado, nunca me enfadaré contigo. Te quiero mucho.

–¿Me lo prometes?

Con el corazón encogido, Rick respondió:

–¿Es que no lo sabes?

Tessa se echó en sus brazos.

–Por favor, papá, no te mueras tú también –logró decir, entre sollozos.

Estuvieron abrazados durante largo rato, hasta que Tessa dejó de llorar. Pero entonces sonó el teléfono.

–No contestes, papá. ¡No vayas a apagar otro fuego!

La ansiedad que había en su voz lo asustó. Nunca se había portado así y él…

¿Cómo no se había dado cuenta? Aunque a Tina no le gustaba su trabajo, nunca había dejado que se convirtiera en un problema, pero la muerte de su madre había hecho resurgir los miedos de la

niña.

–No voy a ir a ningún sitio, cariño –Rick sacó el móvil del bolsillo y se le aceleró el corazón al ver el nombre de Andrea en la pantalla.

Fuera lo que fuera, no quería hablar delante de Tessa porque estaba demasiado disgustada, de modo que dejó que saltase el buzón de voz.

–No es nada importante –mintió–. ¿Qué te gustaría hacer? Te dejo elegir.

Más animada, la niña saltó de la cama.

–¿Podemos ir a la tienda de Andrea a mirar los muñecos?

El corazón de Rick dio un vuelco. Todos los caminos llevaban a Andrea y su hija acababa de darle una excusa perfecta para descubrir por qué lo había llamado.

Y él pensando dejarla en paz unos días para que reflexionase antes de tomar una decisión…

–¿Por qué no la llamamos para preguntar si va a estar en la tienda?

Capítulo 7

–Gracias, iré a buscarlo más tarde.

Andrea cortó la comunicación con la aseguradora y salió del dormitorio para volver a la tienda, pero mientras bajaba por la escalera sonó su móvil y vio el nombre de Rick en la pantalla.

–¿Rick?

Habían pasado diez minutos desde que lo llamó y cuando no respondió temió que estuviera enfadado.

Tomando su silencio por una negativa, Rick había salido del loft sin decir nada y Andrea quería morirse. ¡Acababa de salvarle la vida y ella lo había dejado ir sin decir una palabra!

–¿Estás bien?

«Ahora estoy bien».

–Sí, estoy bien. Gracias por devolverme la llamada.

–¿Qué ocurre?

Andrea se apoyó en la barandilla de la escalera.

–He estado pensando en lo que has dicho… sé que Tessa es feliz contigo y con tu familia, así que estar conmigo un día no será el fin del mundo para ella. Como le has dicho, tú y yo somos amigos. Y tenías razón sobre algo más: después de haber estado a punto de perderte esta mañana, deberíamos celebrarlo. Si sigues queriendo ir a Barrow's Cove, me encantaría ir contigo.

–Si lo dices solo porque te sientes en deuda conmigo, prefiero no volver a verte –respondió él.

–Quiero estar contigo –admitió Andrea, en voz baja. Rick nunca sabría cuánto.

–Eso es todo lo que necesitaba escuchar. Tessa y yo llegaremos a la tienda en media hora.

La emoción estuvo a punto de hacer que tirase el móvil.

–Toca el claxon cuando llegues y saldré corriendo.

Después de cortar la comunicación, Andrea corrió escaleras abajo para contárselo a su madre, que decidió cerrar la tienda por un día e irse a casa. Al parecer, Rex iba a inspeccionar los daños en el garaje y después tenía intención de invitarla a cenar.

Una vez arriba de nuevo, Andrea volvió a llamar a la aseguradora para decirles que iría a buscar el coche al día siguiente y luego guardó algo de ropa en una bolsa de viaje.

Por impulso, llamó al hotel Gingerbread y habló con Carol, que se mostró encantada por la visita y aseguró que tendría un par de habitaciones preparadas para ellos. Cuando le preguntó quién era el hombre, Andrea respondió que era un amigo y Carol no hizo más preguntas.

Media hora más tarde sonó un claxon en el callejón y, después de tomar unas galletas de nueces que había hecho su madre, Andrea corrió a la puerta. Rick salió del coche y sus ojos se encontraron durante un segundo. La había perdonado, pero Andrea sabía que su comportamiento, sus dudas, podrían destruir los sentimientos que albergaba por ella.

–Andrea…

–¡Tessa! ¿Cómo estás, cariño?

–Me alegro de que vengas con nosotros de viaje.

–Yo también. Es divertido perderse un día de colegio, ¿verdad?

La niña rio, contenta.

–Mi papá dice que vamos al lago donde él solía ir a hacer esquí acuático.

–Yo también iba allí de pequeña y lo pasaba de maravilla, pero ahora hace demasiado frío para nadar o hacer esquí acuático. Hace años había un sitio donde alquilaban trineos para dar paseos alrededor del lago sobre la nieve. Tal vez podríamos hacerlo antes de cenar.

–¿Un trineo como el de Santa Claus?

Rick esbozó una sonrisa y Andrea se la devolvió.

–Exactamente.

–¿Con renos y todo?

Él soltó una carcajada.

–Creo que son caballos, cariño.

–Comeremos nubes tostadas y veremos a los animalillos del bosque. Hay muchos en el jardín del hotel.

–¿De verdad?

–Mi familia solía llevarme al hotel Gingerbread de pequeña y allí conocí a mis mejores amigas. Iremos a dar un paseo mientras tu padre se echa la siesta, ¿te parece?

–Tiene que descansar –dijo Tessa, poniéndose seria–. ¿Sabes que se ha quemado el pelo en el incendio?

–¿Ah, sí? –Andrea fingió no saber nada.

–Y las pestañas también.

–A mí me sigue pareciendo muy guapo –murmuró, intentando esconder su emoción.

Herido, con el pelo chamuscado, sin afeitar y agotado, Rick Jenner seguía siendo el hombre más atractivo que había visto en toda su vida.

Él esbozó una sonrisa.

–Muchas gracias.

Sin nieve en la carretera, pronto llegaron a las afueras de Barrow's Cove y Rick detuvo el coche en un restaurante.

–Me apetece un plato de chile con carne. ¿Qué os parece?

Andrea asintió con la cabeza.

–A mí también.

–Yo quiero una hamburguesa y un helado de chocolate –dijo Tessa.

Una hora después estaban en la carretera de nuevo. Era la segunda vez en una semana que iba al hotel Gingerbread, pero estar con Tessa y Rick era tan diferente, tan emocionante, que casi tenía que pellizcarse para comprobar que era real.

Poco después llegaron al camino que llevaba al hotel. Allí no había quitanieves y el suelo estaba cubierto por un manto blanco. Tessa miraba de un lado a otro, feliz, mientras su padre detenía el coche frente al porche.

–¿Es una casa encantada?

Rick y Andrea soltaron una carcajada, pero viendo el viejo edificio desde el punto de vista de un niño era comprensible que esa fuera su conclusión.

–No, cariño, es un sitio lleno de recuerdos felices. La propietaria ya no puede encargarse sola del hotel y está intentando venderlo, por eso tiene un aspecto un poco triste. Pero por dentro es muy acogedor, ya lo verás.

Rick sacó del maletero las bolsas de viaje y subieron los escalones del porche. Para alborozo de Tessa, la golden retriever de Carol apareció corriendo y empezó a olisquearla.

–Se llama Harper, es muy simpática –dijo Andrea.

Carol salió del hotel en ese momento y le dio un abrazo.

–¡Qué alegría volver a verte tan pronto!

–Lo mismo digo. Carol Parsons, te presento a dos personas muy importantes para mí: Rick Jenner y su hija, Tessa.

La mujer sonrió y estrechó la mano de Rick.
–Encantada.
–Lo mismo digo.
–Sois mis primeros clientes del día. Bienvenidos al hotel Gingerbread.
–De pequeña, este me parecía un sitio mágico –dijo Andrea.
–Espero que a Tessa le guste.
La niña miró a Carol con los ojos brillantes.
–Santa Claus me va a traer un muñeco precioso.
–¿Ah, sí? Seguro que te lo mereces, cariño. Bueno, acompañadme, ya tengo las habitaciones preparadas.
–Vamos, papá.
Mientras Tessa subía por las viejas escaleras con Carol y Harper, Andrea tomó su bolsa de viaje y Rick se encargó de las demás.
–Te he puesto en la habitación rosa y a los Jenner enfrente, en la habitación lila.
En todas las habitaciones había una cama doble con dosel y los colchones eran tan blandos que de niña solía quedarse dormida en cuanto ponía la cabeza sobre la almohada.
Tessa miró la habitación, encantada.
–¿Tú dormías aquí de pequeña, Andrea?
–Con mis amigas, Casey, Melissa y Emily. Dormíamos juntas casi todas las noches, en el suelo, en sacos de dormir.
–No creo que durmieran mucho –bromeó Carol–. Estaban toda la noche charlando.
–¡Vamos a dar un paseo en trineo! –exclamó Tessa entonces.
Carol miró a Andrea.
–Si te refieres a Sterling’s, ya no alquilan trineos. Es una pena, pero son malos tiempos para todos.
–Ah, vaya, cuánto lo siento. Pero de todas formas vamos a pasarlo muy bien, ¿verdad, Tessa?
La niña asintió con la cabeza, mirando a Harper. Evidentemente, era feliz estando allí con su padre y nada más le importaba, lo cual era una suerte.
–Poneos cómodos. Si necesitáis algo, estaré en la cocina. Acabo de hacer pastel de café, por cierto.
–Qué bien.
–Si tenéis hambre por la noche, podéis bajar y tomar lo que queráis de la nevera, como Andrea solía hacer de pequeña.
–Es usted maravillosa, señora Parsons –dijo Rick.

–Llámame Carol, por favor.

Andrea la abrazó.

–Eres un ángel.

–Ojalá lo fuera.

Cuando desapareció, Andrea tomó a Tessa de la mano.

–Seguro que tu papá tiene sueño. ¿Dejamos que duerma un rato mientras tú y yo vamos a dar un paseo?

–Sí, tú vete a la cama, papá. Necesitas descansar.

Rick no protestó. Después de lo que había pasado los últimos días, necesitaba descansar más que nada.

–Gracias –murmuró.

Andrea lo vio tan agotado que pensó que podría necesitar algo más que un par de horas de sueño y sugirió un largo paseo por el lago. Por suerte, Tessa estaba dispuesta a todo.

Al final, Rick no se despertó hasta la mañana siguiente. Después de su paseo con Harper, Andrea y Tessa cenaron con Carol en la cocina, hablando de sus planes para la fiesta de Emily y Cole. Luego se sentaron un rato en el salón y tomaron chocolate caliente mientras quemaban nubes en la chimenea.

Carol sacó un viejo puzzle en el que estuvieron trabajando las tres hasta que llegó la hora de irse a la cama y Andrea y Tessa durmieron en la misma habitación para no despertar a su padre.

Rick despertó a las cinco de la mañana y cuando giró la cabeza vio que la cama de Tessa estaba vacía. De nuevo, había dormido doce horas, algo absolutamente inaudito para él.

Incapaz de seguir en la cama, decidió afeitarse y darse una ducha. El largo e ininterrumpido sueño lo hacía sentir como un hombre nuevo y si no supiera que Tessa estaba en la habitación de Andrea iría a hacerle el amor a la maravillosa mujer que le había robado el corazón hasta que el sol empezase a entrar por las ventanas.

Como no podía hacerlo, decidió aceptar la oferta de Carol de saquear la cocina antes de dar un paseo por la nieve. Tenía muchas cosas que pensar sobre su vida y sobre adónde quería ir a partir de aquel momento.

Pero había algo que estaba perfectamente claro: no podía imaginar su vida sin Andrea. La idea de que se fuera a España después de Navidad le resultaba insoportable.

Eran las siete y media cuando volvió al hotel. Después de quitarse las botas y el anorak se dirigió a la habitación de Andrea y entró de puntillas.

Las dos personas a las que más quería en el mundo estaban durmiendo plácidamente y se inclinó sobre la cama.

–¿Andrea? –susurró.

Ella abrió los ojos, esos ojos azules tan bonitos, y lo miró con expresión alarmada.

–¿Ocurre algo? ¿Tessa está bien?

Lo emocionaba su preocupación por su hija. No podría haberse enamorado de una mujer que no quisiera a Tessa y sabía que Andrea la quería.

Rick puso un dedo sobre sus labios.

–Sigue dormida, pero tengo que hablar contigo a solas. Ven a mi habitación, por favor.

–Pero…

–Esto es importante. Dejaremos la puerta abierta y, si se despierta, enseguida sabrá dónde estamos.

–Pero ya estás vestido.

–Me he despertado a las cinco de la mañana. He dormido como un lirón.

Andrea suspiró.

–Tengo que vestirme.

–Te espero en mi habitación –Rick le dio un beso en el cuello antes de salir y esperó mirando el lago por la ventana de su habitación hasta que se reunió con él. En vaqueros y con un jersey de color ciruela estaba preciosa–. Ven aquí.

–Me da miedo.

–No me extraña, me gustaría comerte.

–Rick…

Andrea tuvo que disimular una sonrisa.

–Parece que te encuentras mejor.

–Me siento como un hombre nuevo.

–Ojalá doce horas de sueño hicieran lo mismo por mí.

–Francamente, no han sido las doce horas de sueño, aunque agradezco que hayas cuidado de Tessa.

–Es una delicia de niña. En realidad, ella ha cuidado de mí.

–Un día serás una madre estupenda. Me imagino a tus hijos vestidos con trajes tiroleses… –había estado a punto de decir «nuestros hijos», pero se contuvo–. No es ningún secreto que a Tessa

le gustas más cada día.

–A mí me pasa igual.

–¿Qué puedo hacer para que no te vayas a España?

Tal vez fuera un truco de la luz, pero le pareció que Andrea había palidecido un poco.

–¿Por qué lo preguntas?

–Pensé que la razón era evidente.

Ella se agarró al respaldo de la silla.

–Ya te dije que este viaje era nuestra despedida.

–No puedo aceptar eso. Lo último que quiero es que te marches de Providence –Rick se acercó un poco más–. Si fuese por mí, pasaríamos juntos todo el día, sin separarnos nunca.

Andrea levantó la barbilla.

–Salvo cuando estás apagando fuegos o recuperándote en el hospital o durmiendo doce horas porque estás agotado antes de volver a arriesgarte a morir otra vez.

–Yo no…

–Me importas mucho, Rick, y me importa lo que te pase. De hecho, no encuentro palabras para expresar lo que siento por ti.

–Pues entonces, demuéstramelo –le suplicó él mientras buscaba su boca. Necesitaba aquel beso más que respirar.

–Rick… –Andrea le devolvió el beso con una pasión que lo volvía loco.

Tiró de ella hacia la cama, desesperado, y cayeron sobre el colchón, jadeando.

–Te quiero en mi vida, Andrea. ¿No te das cuenta de que me he enamorado de ti? –Rick tomó su cara entre las manos–. Admite que tú también estás enamorada de mí.

Un gemido escapó de sus labios.

–No me atrevo.

–Porque estás enamorada. No seas cruel, no me dejes fuera de tu vida, no podría soportarlo –afirmó.

Ella se apartó entonces.

–Pero yo no puedo vivir muerta de miedo otra vez, como cuando era niña.

–No tendrás que hacerlo.

–¿Qué quieres decir con eso?

Rick le dio un suave beso en los labios.

–He tomado una decisión que os alegrará a Tessa y a ti.

Andrea frunció el ceño.

–No te entiendo.

–Ayer tuve una seria charla con mi hija y me di cuenta de muchas cosas. Dijiste que vería enseguida que tenía el pelo chamuscado y así fue –Rick exhaló un suspiro–. Me confesó que vivía muerta de miedo por mi trabajo… y te oí en ella, Andrea.

–Oh, no…

–Fue una revelación que me dejó desolado. Temí que un día me acusara de haber arruinado su infancia como tu padre arruinó la tuya, de querer a mi trabajo más que a ella.

Andrea acarició su cara.

–Tessa nunca haría eso porque sabe cuánto la quieres. Le dedicas cada segundo de tu vida cuando no estás trabajando, pero mi padre no era así. A él no le gustaba estar en casa y nunca mostró interés por mí. Por favor, no te compares con él.

Amándola por decir eso, Rick besó sus labios antes de incorporarse.

–Tal vez el cariño que siento por ella no sea suficiente. No he pensado en otra cosa desde que me confesó sus miedos.

–¿Tessa te ha pedido que dejes tu trabajo?

–No con esas palabras. Lo que me ha dicho es: «Por favor, no te mueras, papá».

Andrea le echó los brazos al cuello.

–Ha debido de ser terrible para ti.

Rick le acarició la espalda.

–Sí, lo fue. Siempre pensé que Tina era sincera conmigo, pero seguramente sentía lo mismo. Nos conocimos en una cita a ciegas antes de que me hiciese bombero. Ella sabía que quería serlo, pero creo que en el fondo también odiaba mi profesión y creo que Tessa ha heredado ese odio. Durante todo este tiempo ha intentado disimular… hasta ayer.

–Pobrecita.

–Mientras estaba dando un paseo por el lago he tenido una revelación –siguió Rick–. Durante este último año, Benton me ha pedido varias veces que trabaje en el departamento de investigación de incendios.

–Ah, claro, ya lo entiendo.

–¿Qué quieres decir?

–Ayer me dijo que serías un investigador estupendo porque tienes un instinto excepcional para ese tipo de trabajo. ¿Significa eso que dejarías de apagar incendios?

A Rick no debería sorprenderle que hubiera un brillo de ilusión en sus ojos.

–Así es. Seguiría haciendo un trabajo que me encanta, pero en un aspecto diferente.

–¿Y qué harías exactamente?

–Todos los incendios son investigados para conocer las causas y en muchos casos se descubre que han sido provocados maliciosamente para encubrir un delito o para conseguir el dinero del seguro. Yo inspeccionaría incendios una vez que hubieran sido extinguidos. Si es un incendio provocado y no un accidente, mi trabajo sería averiguar dónde empezó y qué se usó para provocarlo.

–Entonces no pondrías tu vida en peligro.

–No, en absoluto. Mi trabajo consistiría en reunir pruebas y comunicarlas a la policía mientras hago informes y testifico en los tribunales.

–Seguirías ayudando a la gente.

–Sí –Rick volvió a besarla.

–Pero no sería como apagar incendios, algo que siempre has querido hacer –dijo Andrea.

–No.

–¿No sería difícil para ti dejar tu trabajo? Sé por qué lo haces y tal vez sea pedir demasiado.

–No cuando a cambio voy a hacerte feliz a ti y a mi hija. Eso significa para mí mucho más que cualquier otra cosa.

Andrea inclinó la cabeza.

–¿Cuándo vas a decírselo a Tessa?

–Después de hablar con Benton.

–A tus superiores no les gustará quedarse sin ti.

–Pero así otro bombero tendrá la oportunidad de ocupar mi puesto y hacer lo que le gusta de verdad.

–¿Cuándo hablarás con Benton?

–Le llamaré hoy mismo. Sé que Tessa necesita conocer esa decisión lo antes posible para dejar de preocuparse.

–Esa noticia cambiará su vida.

–¿Y la tuya? –Rick le acarició el pelo–. Quiero saber lo que sientes.

Andrea saltó de la cama.

–Mis sentimientos no deberían importar. No quiero ser una de las razones por las que tomas en consideración dar ese paso tan importante. Ya me siento responsable ahora y eso me asusta.

Rick frunció el ceño mientras se levantaba para colocarse a su lado.

–¿Qué ocurre? Sé que hay algo que no me cuentas.

–Si no nos hubiéramos conocido, si yo no te hubiera hablado del miedo que sentía por mi padre cuando era niña, ¿habrías tomado esa decisión? Tal vez una simple terapia ayudaría a Tessa a entender tu trabajo.

Esa reacción era lo último que esperaba y, perplejo, Rick se pasó una mano por el cuello.

–Pensé que sentíamos lo mismo el uno por el otro, pero temo haberme equivocado. No te entiendo, Andrea. Acabo de decirte que estoy dispuesto a cambiar de trabajo y veo que no sirve de nada.

–No es en mí en quien debes pensar para tomar esa decisión.

Él sacudió la cabeza,entristecido.

–Veo que no estás preparada para una relación. Yo lloré a Tina durante mucho tiempo, incluso antes de que muriese, desde que le diagnosticaron la enfermedad. Tú perdiste a tu marido en un accidente y sigues de luto porque todo ocurrió en un segundo. Yo tuve tiempo de acostumbrarme a la idea, tú no.

–Rick…

–He intentado hacer que esto funcione, pero tú no estás preparada, tal vez no lo estés nunca.

Andrea dejó escapar un suspiro.

–Si no sintiera algo por ti, ¿crees que habría ido al hospital a verte?

–Sé que te sientes atraída por mí. Echas de menos a tu marido y querías sentirte viva de nuevo después de tanto sufrimiento, pero es evidente que aún no estás preparada para pasar página.

–Rick, por favor, escúchame.

–No es culpa tuya sino mía por desearlo tanto. Se me pasará, pero es mejor que no alarguemos esta situación que no lleva a ningún sitio.

–Conocerás a otras mujeres…

–Por favor, ahórrame el discurso –la interrumpió él–. No quiero hablar de esa mujer ficticia que aparecerá en mi vida y lo perfectos que seremos el uno para el otro. Eso ya me lo han dicho mil veces mi familia y mis amigos, pero no quiero que tú, precisamente tú, me lo digas.

Rick pasó a su lado para ir a la habitación a despertar a su hija y Andrea fue tras él.

–Te estás equivocando.

–No me equivoco. De ser así dirías lo que yo quiero escuchar.

–Pero yo…

–Sé que vas a hacer ese viaje a España para alejarte de mí, por eso te vas. Debería haber imaginado que algo tan maravilloso era demasiado bueno para ser verdad.

Cuando se dio la vuelta vio a Tessa en la puerta de la habitación, mirándolo con los ojos muy abiertos.

–¿Qué ocurre, papá?

–Nada, cariño. Solo estábamos hablando –respondió él, inclinándose para darle un beso.

–Pero has dicho que Andrea se iba.

«La verdad, Jenner».

–No, hoy no. Pero dentro de unos días se irá de vacaciones con la familia de su marido.

–¿Cuándo te vas, Andrea?

–Después de Navidad –respondió Rick por ella–. Venga, vamos a vestirte. Después de desayunar iremos a ver las esculturas de hielo que hacen en el patio de la universidad. Me han dicho que tienen esos personajes de Disney que tanto te gustan.

Pero la niña no estaba escuchándolo.

–No quiero que Andrea se vaya.

–Lo siento, cariño –Rick la llevó al interior de la habitación–. Nosotros estaremos con los abuelos y tus primos Lizzy y Jake.

La niña lo miraba con los labios temblorosos, a punto de echarse a llorar.

–Pero yo no quiero que se vaya.

–Escúchame, cielo: Andrea ha sido nuestra amiga y lo hemos pasado muy bien, pero echa de menos a la familia de su marido y esta es su oportunidad de visitarlos.

–¿Y si no vuelve nunca?

La pregunta hizo que Rick se quedase sin oxígeno.

–Pues claro que volverá. Trabaja en la tienda con su madre, ¿recuerdas? Debemos alegrarnos porque va a pasar el día con nosotros. Mañana ella volverá a la tienda y tú al colegio, así que vamos a aprovechar el tiempo.

–Yo no quiero ir al colegio.

–No llores, cariño, por favor –Rick la ayudó a vestirse y guardó sus cosas en la bolsa de viaje–. Si me das un beso te contaré un secreto –dijo luego, tomándola en brazos.

La niña le dio un beso en la mejilla, con los ojos empañados.

–¿Qué secreto?

–Ya no voy a ser bombero.

Tessa lo miró en silencio durante largo rato.

–¿Ah, no?

–Cuando volvamos a casa voy a decirle a Benton que quiero trabajar en el equipo de investigación de incendios. No tendré que ir en el camión ni apagar incendios y tú no tendrás que preocuparte por mí. Pero no puedes contárselo a nadie, ni siquiera a Julie.

Las lágrimas de angustia se convirtieron en lágrimas de felicidad. Tessa le echó los bracitos al cuello y apretó con tal fuerza que apenas podía respirar.

–¿Puedo contárselo a Andrea?

–Ella ya lo sabe –contestó Rick, aunque por alguna razón incomprensible esa decisión no parecía significar nada.

Andrea se ofreció a conducir, pero Rick decía estar descansado, de modo que no insistió. Tessa iba haciendo multitud de preguntas sobre su viaje a España hasta que él, angustiado, puso la radio en una emisora de canciones navideñas.

Fueron a la universidad para ver las asombrosas esculturas de hielo, que hicieron las delicias de Tessa, y más tarde pararon para comer en un restaurante. Varias horas después estaban de vuelta en la tienda. Cuando Rick aparcó en el callejón, Andrea bajó del coche y abrió la puerta trasera para despedirse de Tessa.

–Espero que lo hayas pasado tan bien como yo.

–Lo he pasado muy bien.

–Pensaré en ya sabes qué el día de Navidad.

Por el espejo retrovisor Rick podía ver los ojos verdes de su hija. No lloraba. Estaba siendo valiente y se sentía orgulloso de ella. En cuanto a él mismo… estaba muriéndose por dentro.

–¿Prometes que Santa Claus me traerá el muñeco?

–Por supuesto que sí. Bueno, que lo pases muy bien, cariño –Andrea se inclinó para darle un beso en la mejilla–. Ah, se me olvidaba –dijo luego, metiendo una mano en el bolso–. Mi madre ha hecho estas galletas para ti y para tu papá. Están muy ricas.

–Gracias.

–Feliz Navidad, cielo.

Cuando salió del coche, Rick le dio su bolsa de viaje y cometió el

error de abrazarla por última vez. ¿Cómo iba a vivir sin sentir el calor de su cuerpo?

Andrea sacó las llaves de la tienda y se volvió hacia él, pero no podía mirarlo a los ojos.

–Gracias por todo. Por salvar mi vida y…

–Ha sido un placer. Que lo pases bien en España.

Capítulo 8

Varios días después, Andrea llamó a su cuñada por teléfono.

«Por favor, contesta».

–¿Marie?

–¡Andrea, cuánto me alegro de escuchar tu voz! Estoy deseando que vengas con nosotros a España para que podamos hablar largo y tendido.

Andrea apretó el teléfono, angustiada.

–Por eso llamo, Marie. Yo… no puedo ir.

–¿Por qué? ¿Qué ocurre?

–Espero que no te disgustes, pero he conocido a un hombre.

–Ya era hora –dijo Marie, sin la menor vacilación–. Espero que me digas que te has enamorado.

Los ojos de Andrea se llenaron de lágrimas.

–Sí, estoy locamente enamorada.

–He rezado mucho para que conocieses a alguien. Cuéntamelo todo.

–Se llama Rick Jenner y es bombero. Perdió a su mujer hace un año y tiene una hija, Tessa, que me ha robado el corazón, pero hay un gran problema.

–¿Te ha pedido que te cases con él?

–No, pero sé que me quiere. Incluso está dispuesto a dejar de ser bombero para que Tessa y yo no tengamos que preocuparnos, pero he decidido romper con él.

–¿Por qué? No te entiendo. ¿No dices que estás enamorada?

–Sí, pero él no sabe que no puedo tener hijos –contestó.

–Habla con él y explícale lo que te pasó en el accidente.

–No me atrevo, Marie.

–¿Por qué? ¿Crees que va a rechazarte por no poder tener hijos?

–Sé que su mujer y él pensaban darle un hermanito a Tessa.

–¿Pero no te das cuenta de que le estás negando su derecho a decidir?

–Mi madre me ha dicho algo parecido.

«Si de verdad no quieres volver a verlo, podrías perderte una

gran historia de amor».

–¿Y si Rick no pudiera tener hijos? ¿Cómo reaccionarías tú?

–Pero esa no es la realidad, Marie. Él quiere formar una familia y merece conocer a una mujer que pueda dársela.

–Escúchame, Andrea: puede que tuviese esos planes, pero su mujer murió. Tú también tenías planes con Gunter y no pudisteis hacerlos realidad. Así es la vida. Si los dos queréis tener hijos, siempre podéis adoptar. Al menos dale la oportunidad de decidir si quiere o no.

–Pero…

–¿De verdad temes que te rechace? No es tu padre, Andrea.

–¿Qué quieres decir?

–Gunter me contó el daño que te hizo tu padre y veo que no estaba equivocado. Temes que Rick no te quiera lo suficiente, como ocurrió con tu padre.

Andrea cerró los ojos. Marie había dado en el clavo, ese era su gran miedo.

–No sé qué hacer.

–Inténtalo, cariño. Si no lo haces, pasarás el resto de tu vida rechazando a todos los hombres que te quieran y al final te quedarás sola. ¿Eso es lo que quieres? Gunter te diría lo mismo y tú lo sabes.

Marie tenía tanta razón que Andrea no encontraba palabras.

–Gracias por ser tan buena amiga. Te querré para siempre por esto.

–Y yo a ti, cielo.

–Cuídate, Marie. Prometo llamar para contarte… lo que sea.

–Estaré esperando esa llamada.

Después de cortar la comunicación, Andrea empezó a ensayar qué iba a decirle a Rick. Tenía que hacer esa llamada, la más importante de su vida.

Pero ¿y si Rick no quería hablar con ella?

Se armó de valor, pero cuando llamó a su casa y Sharon le dijo que Rick había salido se le encogió el corazón.

–No te preocupes, le daré tu mensaje.

–Gracias, Sharon.

Cuando Rick salió del cuartel, tras recibir una fiesta de despedida, Benton lo estaba esperando en la entrada.

–¿Listo para marcharte? Vamos a seguir la fiesta en mi casa.

Rick miró a su mejor amigo.

–Claro.

–Tessa es feliz.

Era feliz a medias. Después de perder a su madre, había perdido a alguien importante para ella otra vez.

–¿Qué se siente al ser un hombre libre?

–Dime que trabajaré contigo y te responderé.

–¿Es que tenías alguna duda? –Benton apretó su hombro–. Bienvenido al lado oscuro.

Ese era el término irónico que aplicaban al escuadrón de investigación, que husmeaba entre las cenizas para averiguar qué había provocado un incendio.

–Gracias.

–Voy a hacer que pongan una placa con tu nombre en la puerta de tu nuevo despacho –dijo Benton entonces–. Pero no tienes que empezar hasta el dos de enero.

–Te debo muchas cosas. No sé por dónde empezar a darte las gracias.

–No te pongas sentimental. Creo recordar que hace cinco años, poco antes de que entrase en el cuerpo de investigadores, tú me salvaste la vida. Deanna aún llora muchas noches pensando en ello. Creo que te quiere a ti más que a mí.

–Qué tonto eres.

–Solo quería recordarte que yo te debo una desde hace años.

Como no tenía que empezar a trabajar hasta enero, Rick había decidido pasar las vacaciones en Cranston, con su familia. Tessa y él se alojarían en casa de sus padres mientras Sharon iba a visitar a su hermano.

Esa noche, cuando Tessa estuviera en la cama, metería todos los regalos en el coche. Por la mañana irían a casa de los padres de Tina y pasarían unas horas con ellos antes de ir a Cranston. Con cuatro primos de la edad de su hija, Tessa tendría toda una semana para pasarlo en grande. Con un poco de suerte, en ese tiempo se animaría y se olvidaría de Andrea.

Aunque él no podría hacerlo.

Frente a la casa de Benton había al menos una docena de coches aparcados y cuando se acercó vio una pancarta colgando del tejado: *¡Enhorabuena por el ascenso, investigador Jenner!*

Rick sintió que le escocían los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo

para calmarse mientras salía del coche para tomar a Tessa en brazos.

Los hijos de Benton salieron de la casa en ese momento, seguidos de sus padres y algunos compañeros, que lo felicitaron por el ascenso.

–¿Ya no vas a apagar más fuegos, papá? –le preguntó Tessa.

–No, nunca más, cariño.

En el interior de la casa recibió más felicitaciones y palmaditas en la espalda de otros compañeros, gente con la que había trabajado durante años y por la que sentía un gran afecto. La celebración duró hasta las diez, cuando vio que a Tessa empezaban a cerrársele los ojitos.

Como tenían que ir a Cranston por la mañana, decidió que era el momento de marcharse. Aún tenían mucho que hacer antes de irse a dormir.

Después de darle las gracias a los anfitriones y despedirse de todos los demás, tomó a Tessa en brazos para llevarla al coche.

Por una vez, la niña se quedó dormida en cuanto puso la cabeza sobre la almohada. Saber que nunca volvería a tener que apagar un incendio parecía haberla tranquilizado, pero durante la fiesta había mencionado en un par de ocasiones que desearía que Andrea estuviese con ellos.

Tessa no paraba de hablar de Andrea y él no dejaba de pensar en ella, pero no había nada que hacer.

Mientras guardaba los regalos en el maletero del coche exhaló un suspiro. Todo el mundo adoraba a su hija, pero aquella era una cantidad indecente de regalos y tendría que hacer algo al respecto.

Unos minutos después, bajó al sótano para buscar los que había escondido allí y los colocó en el asiento trasero del coche, tapados con unas mantas. Solo quedaba la caja de Andrea, el muñeco de trapo con la mecedora, que llevó a la cocina. Esperaba que cupiese en el asiento trasero con el resto de los regalos. Si no, tendría que abrir la caja y no quería hacerlo porque le recordaba su aparición en el cuartel con ese traje rojo… era una visión que no olvidaría nunca.

Mientras pensaba en ella, vio una nota que Sharon había dejado en la cocina y se quedó sin respiración.

Con manos temblorosas, tomó el móvil y marcó el número.

–¿Andrea?

–¿Rick?

–Acabo de leer el mensaje de Sharon.

–Perdona que te haya llamado. Si no quieres hablar conmigo, lo entenderé. No volveré a molestarte nunca, te lo juro.

–¿Dónde estás?

–En casa.

Rick apretó el teléfono.

–¿Qué ocurre?

–Si es un mal momento, por favor, dímelo. No quiero que Tessa sepa que he llamado.

–Está en la cama desde hace media hora –la interrumpió él, aún incrédulo.

–Necesito hablar contigo.

El corazón de Rick estaba haciendo el ejercicio de su vida.

–¿Estás en casa de tu madre o en la tienda?

–En la tienda.

–Iría ahora mismo, pero Sharon se ha ido a casa de su hermano a pasar las navidades.

–¿Dónde vas a pasarlas tú?

–Mañana nos vamos a Cranston, a casa de mis padres.

–Entonces es mal momento. Podemos hablar cuando vuelvas. Imagino que a tu familia le hará mucha ilusión que pases las navidades allí… –el temblor en su voz le decía todo lo que tenía que saber.

–No quiero esperar diez días para verte. ¿Por qué no vienes tú ahora mismo?

–Necesitas dormir, Rick.

–Ya no estás hablando con el capitán Jenner, que acaba de hacer un turno de doce horas y necesita otras doce para recuperarse.

–¿Qué quieres decir?

–¿Tú qué crees?

–Entonces, ¿de verdad has dejado tu trabajo?

Rick respiró profundamente.

–A partir de hoy, soy oficialmente miembro del equipo de investigación de siniestros de Providence. Benton ya ha encargado una placa con mi nombre para la puerta del despacho.

–¿En serio?

–A partir de ahora trabajaré varios turnos de diez horas durante una semana y luego tendré dos semanas libres para hacer el trabajo de oficina.

–Oh, Rick… –el gemido de Andrea le encogió el corazón–. Tessa

debe de estar dando saltos de alegría.

–Así es –asintió Rick. Al menos en ese aspecto, su hija estaba contenta. En cuanto a él mismo, sería una bomba de relojería hasta que Andrea dijese lo que quería que dijese–. ¿Puedes venir a mi casa?

–¿No estás a punto de irte a la cama? Sé que es muy tarde.

–¿De verdad crees que podría dormir después de haber escuchado tu voz y sabiendo que estás en casa?

–¿Qué estabas haciendo cuando he llamado?

–Metiendo los regalos de Tessa en el coche, pero no sé qué hacer con tu caja. Puede que no quepa, deberías venir a ayudarme.

–Si estás seguro…

Rick se quedó sin aliento.

–¿Por qué no vienes y lo averiguas?

–Yo… Muy bien, iré ahora mismo –Andrea parecía nerviosa.

–Por cierto, tu coche ya está reparado y listo para que vayas a buscarlo cuando más te convenga.

–Esa es una buena noticia, gracias.

–De nada. Conduce con cuidado.

–No tienes que recordármelo –la voz de Andrea sonaba inusualmente temblorosa.

Rick, que lo había dicho automáticamente, recordó entonces que su marido había muerto en un accidente de coche.

–Lo siento.

–No pasa nada. Nos vemos dentro de un rato.

Rick estaba esperándola cuando Andrea detuvo el coche en la entrada de la casa. A la luz del porche podía ver que llevaba un jersey azul marino y pantalones vaqueros. Su alta y poderosa figura era un asalto a sus sentidos. Parecía como si hubieran pasado años desde la última vez que se vieron y el anhelo de estar entre sus brazos otra vez era tan poderoso que no sabía qué hacer para controlarlo.

Cuando dio un paso hacia ella, Andrea pensó que era el hombre más maravilloso del mundo. Temía lo que tenía que decirle, pero como Marie le había aconsejado, necesitaba escuchar su respuesta. Si no lo hacía, permanecería en suspenso durante toda su vida, incapaz de seguir adelante.

Salió del coche antes de que él pudiese ayudarla y en cuanto

entraron en la casa se quitó el abrigo y lo dejó sobre un sillón del cuarto de estar.

Esa noche había decidido ponerse un traje especial, el más bonito de su armario: una chaqueta de punto color aguamarina con mangas hasta el codo y falda del mismo color.

Rick cerró la puerta y se acercó a ella, con las manos en los bolsillos del pantalón.

–¿Sabes que tu pelo brilla como el oro? Eres fabulosa, Andrea.

–Tú también estás muy bien. Pareces más descansado que nunca.

Él inclinó a un lado la cabeza.

–Imagino que tienes algo que decirme, así que hazlo de una vez. No puedo soportar el suspense.

Parecía estar haciendo un esfuerzo para contenerse y Andrea sintió un escalofrío.

–Será mejor que nos sentemos –murmuró, dejándose caer sobre uno de los sillones.

Él la estudió en silencio durante unos segundos antes de sentarse en el brazo del sofá.

–Después de decir que no querías volver a verme, espero que sea importante.

–Es muy importante.

«Dilo de una vez, Andrea».

Era muy tarde y no era justo mantenerlo despierto, pero tenía que hacer un esfuerzo para encontrar las palabras.

–Tengo que hablarte del accidente de Gunter.

Rick enarcó una ceja.

–¿Seguro que quieres hablar de eso?

–Tengo que hacerlo –dijo ella–. Mi marido no iba solo en el coche.

–¿Murió alguien más en el accidente?

–No, pero yo iba en el coche con él.

–Ah, no lo sabía. Lo siento.

–Yo no recuerdo nada, pero me dijeron que otro coche chocó de frente contra el nuestro. Aparentemente, la policía pensó que también yo había muerto porque estaba empotrada contra el salpicadero.

–Andrea…

–Cuando desperté en el hospital, pensé que estaba soñando. Tenía puesta una mascarilla de oxígeno y estaba conectada a un montón de aparatos, pero no entendía por qué. La familia de Gunter

estaba en la habitación, pero sus padres no podían decir nada. Fue Marie, su hermana, quien me dijo que habíamos tenido un accidente y Gunter había muerto. Al principio yo no podía entenderlo y no lo hice hasta que llegó mi madre. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba despierta, de que aquello no era un sueño sino una terrible realidad –Andrea tragó saliva–. Unos días después, cuando por fin pude caminar, mi madre me dijo que el accidente me había provocado heridas internas.

Era el momento de contarle la verdad, aquello que tanto temía.

–Me dijo que me habían operado y que nunca podría tener hijos. Ese golpe, además del de haber perdido a mi marido, fue como una sentencia de muerte para mí.

Desolado, Rick la abrazó, acariciando su pelo.

–Lo siento mucho.

–¿Quieres creer que mi padre tardó varias semanas en llamarme?

–Qué imbécil.

–Me dijo que, al contrario que Frank, yo estaba viva y debía seguir adelante como si no hubiera pasado nada. En ese momento lo odié, pero seguramente fue el único buen consejo que me ha dado en toda mi vida.

–Andrea… –susurró Rick antes de besarle la cara y el pelo.

–En realidad, mi padre tenía razón. Seguía viva y decidí reformar el loft y mudarme allí. Mis amigos iban a visitarme, empecé a salir… y todo iba bien hasta el día que te vi al otro lado del escaparate, con Tessa en brazos. Tu hija era una versión adorable del hijo que tanto había deseado tener con Gunter… y tú eras tan dulce con ella. Vi a ese hombre alto y atractivo disfrutando de un día de compras con su hija y no podía dejar de mirarte.

Rick le acarició el hombro.

–Yo tampoco. Esa mañana estaba deprimido, pero el escaparate de tu tienda me recordó tiempos mejores. Cuando vi a esa bella mujer rubia mirándome a través del cristal me quedé transfigurado. Sentía una atracción tan fuerte que me enfadé conmigo mismo. Era la primera vez que me pasaba algo así desde la muerte de Tina.

–Mis sentimientos por ti empezaron a crecer a pesar de mis patéticos intentos de olvidarte –siguió Andrea–. Aunque en realidad, te perseguía. Me avergüenzo de mí misma cada vez que lo pienso.

–¿Te avergüenzas?

–Bueno, un poco. Ir al cuartel… En fin, era muy obvio, ¿no?

–Estamos igual. El día de la inspección envié a José a la tienda, pero al final tuve que ir en persona con la excusa del humo. La verdad es que me enamoré de ti, Andrea Fleming, y mi hija también.

–Ay, Rick…

–¿Eso significa que vas a casarte conmigo? Quiero que seas mi esposa más que nada en el mundo.

Andrea se apartó, mirándolo con cara de sorpresa.

–¿No has oído lo que acabo de contarte?

–Lo he oído todo –respondió él.

–Pero yo no podría darte un hijo. Nunca.

–¿Estás diciendo que no podríamos tener vida sexual?

Andrea se puso colorada.

–No, no digo eso. Pero tuvieron que quitarme el útero.

–No lo necesitamos. Podré hacerte el amor mañana, tarde y noche sin preocuparme de que te quedes embarazada. Me parece estupendo.

Ella rio a pesar de la seriedad de la situación.

–Cariño…

–Ah, estaba esperando que me llamaras así. Cada vez que se lo decías a Tessa me ponía celoso. Y, hablando de Tessa, ya tenemos una hija. Ella te quiere, Andrea.

–Lo sé, pero…

–En cuanto a tener más hijos, podríamos adoptar. De ese modo, Tessa no crecería siendo una niña caprichosa y consentida. Conozco a una persona que trabaja en una agencia de adopción y podría ayudarnos cuando llegue el momento.

–Hablo en serio, Rick.

–Yo también. ¿Pensabas que no te querría por no poder darme hijos?

Andrea apartó la mirada.

–No sabía lo que dirías.

–Es contigo con quien quiero pasar el resto de mi vida –en los ojos de Rick había un brillo de deseo–. Y aún hay muchas cosas que tú no sabes de mí. Ven aquí –dijo luego, tumbándola en el sofá–. ¿Qué tal un saludo cariñoso para un hombre que se muere de amor por ti?

El tiempo voló mientras se dejaban llevar por el deseo que sentían el uno por el otro.

–Admite que tu cuñada pensaba presentarte a algún hombre en

España –dijo Rick después, sin dejar de besarla.

–Eso es absurdo –respondió Andrea–. No hay ningún otro hombre ni puede haberlo.

–Gracias a Dios. Y ahora que te tengo exactamente donde quiero, necesito hacerte el amor, pero no en un sitio donde Tessa pueda aparecer de repente. ¿Vas a casarte conmigo?

–¡Sí!

–Estupendo –Rick volvió a besarla–. Ahora que nos hemos quitado eso de encima, espero que sea lo antes posible. Me dan igual las convenciones sociales, me casaría contigo esta misma noche si pudiera.

–Yo también, pero pensé que nunca ibas a pedírmelo. Necesitaba oírlo porque así ninguna otra mujer tendrá oportunidad de robarte. Eres mío y solo mío.

–Yo no quiero a ninguna otra mujer –dijo él, con una sonrisa que derretía su corazón–. Santa Claus me ha traído lo que había pedido por Navidad. Dame tu boca, Andrea. Es la vida para mí, tú me das la vida.

Capítulo 9

Rick despertó a las seis de la mañana, con Andrea tumbada sobre él, la cabeza enterrada en su cuello. Con su regreso, había recibido su regalo de Navidad con antelación.

Sonriendo, Rick estudió las preciosas facciones y las marcas que su incipiente barba había dejado en la suave piel del rostro femenino. Le encantaba su pelo, como un halo dorado sobre la almohada, y mientras la miraba se le ocurrió una idea.

Apartándose de ella, se acercó a la chimenea y colocó papeles de periódico bajo los leños antes de prenderlos con una cerilla. Unos segundos después, un alegre fuego calentaba el cuarto de estar.

Antes de que Tessa entrase como una tromba, Rick fue a la cocina a buscar el regalo de Andrea y lo colocó en el cuarto de estar, delante del árbol. La caja llamaría la atención en cualquier momento, pero más aún siendo el único regalo.

Después fue a su dormitorio y sacó de la mesilla dos cajitas que guardó en el bolsillo del pantalón antes de entrar de puntillas en la habitación de Tessa. Aquello iba a ser muy divertido. Lo más divertido que habían hecho desde antes de que a Tina le diagnosticasen la terrible enfermedad.

Incapaz de seguir esperando, se sentó en la cama y le dio a su hija un beso en la mejilla. Tessa abrió los ojitos…

–¡Papá!

–Buenos días, cariño.

La niña se sentó en la cama, un par de rizos rubios tapando sus ojos.

–¿Es hora de irnos a Cranston?

–No, aún no. He venido para decirte que anoche tuvimos una visita muy especial que entró por la chimenea.

Tessa abrió los ojos como platos.

–¡Pero aún no es Navidad!

–No, pero Santa Claus se ha enterado de que no estaríamos aquí el día de Navidad y ha venido antes para traer tus regalos.

–¿Mi muñeco?

–No lo sé. Tendrás que abrir los regalos para averiguarlo.

La niña saltó de la cama y corrió al cuarto de estar.

–¿Cómo ha metido una caja tan grande por la chimenea?

Tan emocionada estaba que no había visto a Andrea en el sofá.

Rick esbozó una sonrisa.

–Santa Claus tiene sus trucos.

Por el rabillo del ojo vio que Andrea se incorporaba, apartando el despeinado cabello rubio de su cara; sus ojos azules brillantes como joyas. Cuando intercambiaron una mirada Rick se llevó un dedo a los labios y ella sonrió, esperando.

–Venga, abre el regalo.

Tessa quitó la cinta y empezó a rasgar el papel, pero tardó un minuto en conseguirlo porque le temblaban las manos de emoción.

–No puedo quitar la tapa, papá.

–Yo te ayudaré.

Haciéndole un guiño a Andrea, Rick se inclinó para quitar la tapa de la caja. Los dos regalos estaban envueltos en papel verde y rojo, con una cinta dorada. Andrea se había esforzado mucho, pensó, mientras sacaba uno de los regalos y lo dejaba sobre la alfombra, viendo a Tessa dar saltos de alegría.

–Venga, ahora puedes abrirlo.

La niña rasgó el papel y allí estaba la mecedora de madera hecha a mano que habían visto en el escaparate.

–¡Saca el otro regalo, papá! ¡Date prisa!

Riendo, Rick obedeció y Tessa rasgó el papel con manitas temblorosas.

–¡Me ha traído mi muñeco! –estaba tan contenta que sus ojos se llenaron de lágrimas–. Andrea prometió que me lo traería y aquí está.

Cuando miró a la mujer que había llevado tanta felicidad a su casa, vio que sus ojos estaban empañados. Juntos observaron a la niña sentarse en la mecedora y apretar el muñeco contra su corazón como si fuera un bebé.

–Santa Claus te ha traído otro regalo, cariño –dijo Rick entonces.

–¿Qué es?

–¿Recuerdas lo que pediste anoche, que Andrea no se fuera?

–Sí.

–¿Por qué no miras hacia el sofá?

Tessa se levantó, sin soltar su tesoro.

–¡Andrea! ¡Has vuelto!

–Sí, cariño.

La niña corrió para echarse en brazos de Andrea y rápidamente, antes de ponerse a llorar de emoción, Rick sacó el móvil para hacerles una fotografía abrazándose como madre e hija. Y poco tiempo después, eso serían.

–Voy a buscar el cuento –Tessa salió corriendo y volvió unos segundos después–. Aquí está.

–¿Quieres que lo leamos?

–Sí.

–Entonces, siéntate en la mecedora y abrázalo fuerte.

Rick siguió haciendo fotografías de las dos mientras Andrea leía y cuando terminó Tessa corrió hacia él para abrazarlo con todas su fuerzas.

–Gracias, papá.

–Yo también tengo regalos –dijo Rick entonces–. Uno para ti y otro para Andrea –añadió, sacando las dos cajitas del bolsillo–. No he envuelto el tuyo porque siempre ha sido para ti, pero tenía que esperar el momento perfecto para dártelo.

La niña lo reconoció inmediatamente.

–¡Es el anillo de mamá!

–Se lo di cuando le pedí que se casara conmigo y decidimos que un día te lo daríamos a ti para que recordases ese momento. Lo guardaremos en el cajón de mi mesilla y podrás ponértelo cuando quieras.

Tessa lo sacó de la caja.

–Te quiero mucho, papá.

–Yo también te quiero, cariño.

–¿Qué regalo tienes para Andrea?

–No lo sé. ¿Quieres que lo veamos?

–Sí, date prisa.

Sonriendo, Rick se acercó a la mujer de la que estaba enamorado, que lo miraba con los ojos llenos de amor. Cuando rasgó el papel y abrió la cajita de terciopelo, Andrea dejó escapar una exclamación.

–¡Es precioso!

–El diamante es del color de tus ojos. Lo compré hace unos días porque no pensaba dejarte escapar –Rick tomó su mano para ponerle el anillo antes de mirar a Tessa–. ¿Sabes lo que esto significa, cariño?

Su hija no dudó un segundo antes de preguntar:

–¿Ya le has pedido que se case contigo?

Rick soltó una carcajada.

–Lo ha hecho –respondió Andrea por él, sus ojos más azules que el diamante montado en la banda de oro–. Y yo le he dicho que sí.

–Eso significa que Andrea va a ser mi mujer y tu nueva mamá.

El rostro de Tessa se iluminó.

–¿Va a vivir con nosotros para siempre?

–Esa es la idea –Rick se inclinó para besar a Andrea en los labios delante de su hija–. Te quiero –le dijo con voz ronca.

Ella le echó los brazos al cuello.

–Te quiero tanto que me duele. Y ya no tengo miedo porque me has convertido en una mujer nueva. Voy a amarte mientras viva porque Tessa y tú sois mi vida y esto es solo el principio.